

# Economía política y cultura

La batalla de la comunicación  
en la América Latina del siglo XXI

César Bolaño







# **Economía política y cultura**

Bolaño, César

Economía política y cultura. La batalla de la comunicación en la América Latina del siglo XXI / César Bolaño.

- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; Quito: CIESPAL, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Beatriz Elena Fonseca Muñoz.

ISBN 978-987-813-947-0

1. Economía. 2. Comunicación. 3. Cultura Popular. I.

Fonseca Muñoz, Beatriz Elena, trad. II. Título.

CDD 384

Corrección de estilo: Ciespal

Diseño de portada: Dominique Cortondo Arias

# **Economía política y cultura.**

La batalla de la comunicación en la América  
Latina del siglo XXI

**César Bolaño**

**Beatriz Elena Fonseca Muñoz**

(Traducción)



**CLACSO**

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales  
Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

**CLACSO Secretaría Ejecutiva**

**Karina Batthyány** - Directora Ejecutiva

**María Fernanda Pampín** - Directora de Publicaciones

**Equipo Editorial**

**Lucas Sablich** - Coordinador Editorial

**Solange Victory y Marcela Alemandi** - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

**CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE**

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital desde cualquier lugar del mundo ingresando a [libreria.clacso.org](http://libreria.clacso.org)

*Economía política y cultura. La batalla de la comunicación en la América Latina del siglo XXI*

(Quito: Ciespal / Buenos Aires: CLACSO,  
diciembre de 2024)

ISBN: 978-987-813-947-0



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

**CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales**

**Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Suecia

Sverige

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

A Ione, mi prosa y mi poesía.





# Índice

<b>Presentación</b> .....	13
<b>Prólogo</b> .....	17
<b>Introducción</b> .....	31
Cultura y desarrollo.....	35
Comunicación, cultura y capitalismo .....	45
Industria cultural y las industrias culturales en el siglo XX: el caso de la TV brasileña.....	55
Colonización del tiempo libre, trabajo cultural y hegemonía.....	63
Trabajo intelectual, revoluciones industriales y subsunción.....	73
Reestructuración productiva y la actual reconfiguración del factor subjeto.....	85
Subsunción del trabajo intelectual y la superación del capitalismo .....	97
Internet y el nuevo cambio estructural de la esfera pública .....	107

<b>Conclusión.</b> La batalla de la comunicación y los desafíos de la izquierda latinoamericana .....	117
<b>Apéndice</b> .....	125
Medios hegemónicos, medios sociales, políticas de comunicación y ruptura política en Brasil (2013-2018)	
<b>Bibliografía</b> .....	155
Sobre el autor.....	163





## Presentación

Este trabajo fue escrito inicialmente para el concurso de ensayos Haydee Santamaría, promovido en 2016 por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en conmemoración de sus 50 años y por la Casa de Las Américas, en la modalidad “Dilemas de la izquierda y de las fuerzas progresistas en América Latina”. Una versión reducida del mismo ha sido publicada, en portugués, por CLACSO en 2018.<sup>1</sup> Este libro reproduce prácticamente sin modificaciones, excepto por un par de pequeñísimos ajustes, la mayor parte del texto original. El carácter de ensayo teórico-histórico con el objetivo de aclarar aspectos de orden estructural del tiempo presente elimina la necesidad de actualización. Sin embargo, el recurso al ejemplo brasileño, y teniendo en cuenta los cambios radicales por los que pasó el país en los pocos años que se siguieron - tornándolo un caso paradigmático de *lawfare*, palabra de moda para definir las nuevas formas de ruptura de la normalidad democrática, que se puede más llanamente definir como golpe jurídico-mediático-legislativo me llevaron a agregar, en forma de apéndice, a título de actualización, un análisis de la reciente transición política en Brasil, desde los movimientos sociales de 2013 hasta las elecciones de 2018.

<sup>1</sup> Bolaño, César; Arostegui, Mely; Morguenfeld, Julio; Lopez, Luis; Quiroz, Magdiel. *Cuba: el legado revolucionario y los dilemas de la izquierda y las fuerzas progresistas en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, 2018. In: [https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/libro\\_detalle.php?id\\_libro=1504&pageNum\\_rs\\_libros=1&totalRows\\_rs\\_libros=824](https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/libro_detalle.php?id_libro=1504&pageNum_rs_libros=1&totalRows_rs_libros=824)  
Acceso en 3/10/2019.

Esto incluye las estrategias de algunos de los diferentes actores: élites, clase media, movimientos sociales, agentes políticos y especialmente la estructura de mediación social: medios hegemónicos y medios sociales, articulados al activismo político de una parte crucial del sistema nacional de justicia. Además, un pequeño apartado al final del ensayo original - en que retorno al caso brasileño y a la cuestión de la articulación entre agentes nacionales e internacionales, que dan coherencia al sistema global de la cultura, en el plano de los grandes sistemas de comunicación, para ejemplificar como él evoluciona hoy, reforzando los mecanismos de manipulación<sup>2</sup> que se valen de la producción de ficción, de la información periodística y de las formas controladas de interacción tecnológicamente mediada, constituyéndose así, a nivel global, un poderoso sistema de control social - ha sido trasladado, por motivos estéticos, para el apéndice.

La referida actualización sigue buscando una explicación básicamente estructural de los cambios ocurridos en el período 2013-2018 y no va más allá de las elecciones presidenciales, sin entrar al análisis propiamente coyuntural, lo que exigiría un esfuerzo de investigación extenso, en un momento de mudanzas profundas, muy radicales, en un ambiente, además, extremadamente conflictivo. Así, por ejemplo, no volveré al tema de la educación superior en el gobierno actual, de extrema derecha, que está tratando de jugar ahí su gran partido (aunque no cuente con el entusiasmo, pero tampoco con la oposición, de los otros sectores de derecha y centro-derecha de la coalición gubernamental), pues no hay como describir la lucha, desde el campo de batalla, mientras se pelea.

<sup>2</sup> Vale esclarecer desde ya que, cuando hablo de control o manipulación, no se trata de determinismo económico o de desconocimiento de la autonomía de la recepción, como podrían pensar algunos, sino, al contrario, de entender la realidad del capitalismo, tal como lo conocemos hoy, en su totalidad, sin lo cual no será posible realizar un análisis realista y consecuente de los desafíos que el pensamiento crítico enfrentará, en las próximas décadas, en la América Latina.

De todas formas, aunque una adecuada evaluación de los cambios estructurales producidos por los gobiernos de derecha solo podrá ser adecuadamente realizada cuando tengamos la necesaria distancia histórica, la tendencia general, que trataré de explicitar, es clara. Para quedar en el ejemplo de la educación, es evidente que la crítica de los docentes a la “contra-reforma” educacional, que mencionaré en el texto, se refiere a una tendencia de ampliación de las formas de gestión y de financiación de tipo neoliberal en la educación superior, incluso en el sector público, durante los gobiernos del Partido de los Trabajadores, lo que es completamente distinto del intento coordinado de pura y simple destrucción de la Universidad pública, con el objetivo de reducirla al máximo y de privatizar todo lo que sea posible, como se puede deducir del proyecto FUTURE-SE, del Ministerio de Educación, contra el cual la comunidad académica nacional se está movilizandando en este momento.<sup>3</sup>

Agradezco, una vez más, el estímulo recibido de CLACSO y de la Casa de Las Américas y el apoyo que siempre he tenido de mis colegas del Departamento de Economía de la Universidad Federal de Sergipe.

Aracaju, octubre de 2019.

<sup>3</sup> Se trata de un proyecto de ley que ya ha fomentado varios análisis críticos de parte de los docentes, rectores, estudiantes y trabajadores técnicos y administrativos de las universidades brasileñas. Hago una única referencia: ANDES-Sindicato Nacional – Nota técnica de la Asesoría Jurídica de 1/8/2019.





# Prólogo

*Hilda Saladrigas Medina*

El libro *Economía política y cultura. La batalla de la comunicación en la América Latina del siglo XXI* del profesor e investigador brasileño César Ricardo Siqueira Bolaño, que aquí prologamos para su edición en español en CIESPAL llega a nuestras manos en un contexto lleno de múltiples debates sobre la comunicación social y sus diferentes aristas. Donde los medios “equivocadamente llamados de comunicación”, sobre todo aquellos que soportados en internet como “medio de medios” de transmisión de pulsaciones, devenidos datos privados/públicos, información/desinformación, entretenimiento/alienación, de alojamiento de redes tecnológicas de servicios infocomunicativos mediadas por algoritmos “ingenuamente denominadas redes sociales”, se roban el protagonismo.

Lógico comportamiento, tanto por los beneficios como por los perjuicios que aporta a nuestras complejas sociedades y contextos históricos, culturales y económicos globales y locales, pero que no siempre tienen acierto en los enfoques que van desde los extremos positivos- negativos hasta la neutralidad más cómoda; o los asuntos tratados, que van desde lo sociotécnico hasta lo simbólico cultural, pasando por lo político a veces despolitizado y lo regulativo/desregulado, la mediación o no del Estado y el Mercado. Esta última

necesitada de más hondura en lo económico y lo ideológico que le subyace.

Oportuno resulta, entonces, un texto que tiene por temática central la Economía Política, Cultura y la Batalla de la Comunicación en la América Latina del Siglo XXI; y cuyo objetivo en palabras de su autor en la *Introducción* es “pensar los desafíos con los que se enfrentan las fuerzas progresistas en América Latina en una coyuntura regional marcada por el reflujo de los experimentos democráticos que marcaron la primera década del siglo XXI, tomando el tema de la comunicación como clave fundamental para el análisis de los grandes movimientos de orden estructural del capitalismo iniciados en las últimas décadas del anterior y sus consecuencias sobre el factor subjetivo”. A la vez nos alerta respecto a “la necesidad de una transformación profunda en la propia concepción general del problema de la comunicación”, toda vez que su menosprecio ha costado mucho en la región en general, y particularmente a las fuerzas que están llamadas a transformar el mapa socioeconómico y político de lo que ha sido el traspasio geopolítico de los Estados Unidos; su plataforma experimental natural, biológica, tecnológica, militar, económica, política y simbólica; su proveedor de materias primas esenciales, incluidas las audiencias y consumidores; de mano de obra barata y desechable; su mercado cautivo de bienes y servicios de todo tipo, incluyendo los culturales y simbólicos que ofrecen sueños a cambio de pesadillas.

A la sazón, cualquier análisis sobre el tema es bienvenido, en tanto aporte al esclarecimiento del pensar, hacer y re- pensar la comunicación con sus más disimiles formas prácticas asentadas e instrumentalizadas por el sistema capitalista que ha hecho de ellas refinadas herramientas de su hegemonía económica, política, militar, cultural y simbólica.

Desde el primer capítulo *Cultura y desarrollo* trasciende la idea de asociar ambos fenómenos cuando en la literatura al uso, la mayor parte de las veces uno y otro aparecen analizados por separado, y cuando menos desligados sus demostrados vínculos. Hacerlo a partir

de lo planteado en el plano teórico por el destacado economista y filósofo brasileño Celso Furtado, para quien la cultura (material y espiritual) guarda relación con la economía política y la teoría del desarrollo y del subdesarrollo es un acierto, al hacer notar la existencia de una cultura dependiente de los centros de poder, como el desarrollo mismo que vivió y aún vive el continente. Significativo subrayar que el desarrollo no puede ser solo visto y concebido desde lo material, ni viceversa; o sea el desarrollo espiritual tampoco puede ser pensado al margen del desarrollo material. Su relación es dialéctica y para nada simplificada. De ahí la necesidad de comprender la idea de Marx, en cita del autor que consideraba “la existencia de una ideología dominante (...) no debería significar la pérdida total de autonomía cultural por las otras clases, o sea, la colonización ideológica de estas”; en el entendido de la necesidad histórica de la autonomía cultural de la clase trabajadora para la realización de un proyecto de transformación radical de la sociedad bajo su hegemonía como clase.

Validas, entonces, estas alertas que re- leídas para nuestro continente significa defender las raíces autóctonas de su cultura e identidad en el sentido más amplio del término, y así evitar a toda costa divisiones que laceran sus bases populares que se debaten desde hace siglos por defender sus identidades múltiples y mestizas.

En el segundo capítulo, *Comunicación, cultura y capitalismo*, más allá del reconocimiento coherente y muy escaso al papel de V. I Lenin, - no siempre bien leído y menos adecuadamente interpretado, cuando aludía y hacia práctico un periodismo revolucionario y cambiante, conectado con la clase trabajadora-, se tocan aspectos importantes. Entre otros, el papel de los grandes medios de comunicación de masas (prensa incluida) y las industrias culturales como mediadores sociales, donde sus hacedores (técnicos y profesionales: periodistas, publicistas, artistas e intelectuales, entre otras especialidades) son trabajadores asalariados (por el presupuesto público o privado) como sucede en el resto de otras disimiles empresas e industrias públicas y privadas capitalistas, cuyo trabajo queda subsumido

(subordinado), -en términos marxianos-, al capital monopolista y al Estado capitalista; y con ello, carente de la tan anunciada autonomía (libertad) creativa, expresiva y opinática, según la especialidad comunicativa que se ejerza, toda vez que, con mucho grado de complejidad según contextos, tamaños y tipos de acciones comunicativas, se termina trabajando para la producción de una mercancía- audiencia- consumidora negociable en el mercado capitalista a escala internacional.

Todo ello extendido al espacio digital (también denominado ciberespacio) que internet (TCP/IP y WWW) ha facilitado para la expansión y robustecimiento de las tradicionales y nuevas formas expresivas de las industrias culturales y creativas, ahora digitales-hipermediales para el cual se adoptó el concepto prosumidor acuñado por Alvin Toffler (1972), con tantas lecturas como intencionalidades encierra. En un positivo falso, la combinación posible de producir para consumir y viceversa, así como la horizontalidad de los procesos comunicativos, vistos como más dialógicos y participativos. En un negativo verdadero, el escamoteo parcial y/o total de talento, capacidad creativa, producción tangible e intangible de alto valor agregado y simbólica por muy poco o nada, así como la adquisición y manipulación inescrupulosa de datos e informaciones personales que se torna mercancía rentable en nuevos mercados.

A la vez, se recalca algo pocas veces tratado en textos de comunicación social, y menos en los dedicados a la producción de conocimiento, tocante a la generación de saberes que hacen los medios e industrias culturales, reconocidas estructuras económicas. En palabras del autor: “es un conocimiento extraído de la clase trabajadora, articulado al producido por los intelectuales que, en el siglo XX, forman también parte de la clase trabajadora asalariada, empleada por el capital o por el Estado capitalista”.

El tercer capítulo, *Industria cultural y las industrias culturales en el siglo XX: el caso de la TV brasileña*, más allá de que realiza un análisis situado en el contexto brasileño con mucho rigor, se pueden entresacar comportamientos que pudieran ser comunes a

otras industrias culturales latinoamericanas, y particularmente la televisiva, como reconoce el autor, si nos planteáramos los necesarios estudios comparados; muy citados pero difíciles de materializar por disímiles razones y que continúan siendo una asignatura pendiente, cuando más un trabajo colectivo y colaborativo que nuestro continente se merece en estos temas. Resaltar en este apartado como se expresan las conocidas relaciones sistémicas (teóricas y prácticas) en el comportamiento mediático televisivo en el sentido de identificación y articulación de los elementos superestructurales, estructurales e infraestructurales, así como su objetivación en distintos marcos geográficos, a saber, lo nacional, estadual, local de un medio en particular, y de este con el resto de los medios caracterizados por el mismo modo de actuar, independientemente de tipos de propiedad, ubicación y alcance geográfico (condición de complejidad). También “relaciona los principales factores de cambio con que se enfrentan los principales agentes del mercado brasileño de televisión, en particular la líder, Red Globo de Televisión”, en voz del autor.

El cuarto capítulo, *Colonización del tiempo libre, trabajo cultural y hegemonía* es un llamado de atención al modo en que, en la actualidad, el tiempo libre del trabajador es dominado, entre otros por el resultado del trabajo cultural que capitalizado (subsumido) se realiza, no tanto para la satisfacción espiritual del sujeto al que va dirigido, sino para venderle productos simbólicos (series, telenovelas, filmes, comics, literatura ficcional de pobre calidad intelectual, videos, música, video juegos, espectáculos, entre otros) con narrativas de parábola (ficcional) en términos de Martín Serrano (1998), en tanto su función es orientar la interacción hacia la satisfacción de metas socialmente aceptables, cuyo valor económico e ideológico ha cristalizado en el consumo. El trabajo cultural que da forma a estos productos/ servicios- mercancías es realizado por artistas, intelectuales, entre otros, que venden su fuerza de trabajo a las empresas e industrias culturales y creativas re- productoras de una cultura hegemónica occidental- norteamericana en modos

de hacer orgánicos institucionalmente (concebir- producir-distribuir-vender) y sus narrativas resultantes, de las cuales es difícil sustraerse con espíritu crítico como audiencia- consumidora, y por tanto mercancía.

En el quinto capítulo, *Trabajo intelectual, revoluciones industriales y subsunción* se realiza un breve análisis del papel del intelectual en la sociedad capitalista de posguerra a partir de los planteamientos formulados por el filósofo francés Michel Foucault para volver a la meditación por el sugerida sobre “la problemática de la separación entre trabajo manual e intelectual”. Para lo cual el autor del presente libro considera que y le cito “es preciso retomar a Marx y entender el significado de la subsunción del trabajo en el capital para la transformación de los procesos de trabajo en procesos de valorización y la constitución del modo de producción capitalista para, inmediatamente, volver al problema de la subsunción del trabajo intelectual”, y caracterizar la Tercera Revolución Industrial, término al cual el autor le ha ofrecido una definición en otros trabajos publicados con anterioridad.

Ello implica una explicación en términos y análisis formulados por Marx y otros autores más contemporáneos sobre el desarrollo, expansión y diversificación del trabajo intelectual y sus “trabajadores” clasificados por la sociología como “clase media”. Un término conveniente para crear la ilusión de ascenso en la escala social impuesta por el capitalismo, cuya cúspide resulta la burguesía cada vez más minoritaria, cuanto más rica en su capital financiero acumulado, a la cual le conviene continuar explotando, no solamente a los obreros y campesinos, sino también a este otro grupo social que le impulsa y amplía su capital, con su conocimiento especializado y profesional, también subsumido.

Nuestro contexto latinoamericano tiene que sacar lecciones en torno a estas realidades y reflexiones sobre ellas, para hacer frente a las falsas ilusiones si, -conviviendo en la globalización de la información y los intercambios internacionales que permiten las contrastaciones y comparaciones-, se considera que mejoras

en las condiciones laborales, salariales e incentivos de aquellos que pertenecen a este grupo social, por la naturaleza de su trabajo, no asumen que su labor intelectual tiene otros fines más humanistas y menos comerciales, por tanto más colectivos que individualistas, más solidarios que egoístas, lo cual no significa igualitarismo, sino equidad. Ello es una batalla muy fuerte para este segmento social, “campo intelectual” en términos de Pierre Bourdieu, que tiene que reconocerse más orgánico a su sociedad, pero también más consciente de sus problemas y comprometidos con ellos.

El sexto capítulo, *Reestructuración productiva y la actual reconfiguración del factor subjetivo* resulta una explicación, en palabras del autor, y lo cito, “de la transformación del viejo intelectual al servicio del poder en empleado de determinado capital individual (no solo en el campo de la cultura y de la comunicación, además), con un ojo puesto en la clase, otro en la empresa”. Imprescindible esclarecimiento de una dura realidad que vive el intelectual, la mayor parte de las veces ignorada, pues ya ha sido naturalizada por el sistema y su propia e individual manera de apropiación de la misma. Valida alerta que se nos hace con una mirada crítica, nada apocalíptica, pero sí raigal y bien fundamentada que persigue, en mi modesta opinión, un llamado a trascender ese sentido común del hacer nuestras actividades profesionales muy ligadas al trabajo cultural con todo el peso económico e ideológico que tiene, de manera que se gane conciencia de las formas sutiles de explotación que el capitalismo emplea, mismas que persisten, incluso, en apuestas políticas progresistas, dañando con ello sus mejores intenciones de transformación, las que a la postre resultan saboteadas y frustradas.

Para la realidad latinoamericana considero importante este capítulo pues en algunas áreas del campo intelectual-cultural, en términos de Bourdieu, se torna muy difícil sustraerse del sistema de relaciones que a nivel global y nacional se imponen y con las que constantemente interactuamos. Me refiero a parámetros e indicadores de calidad que obligan a su cumplimiento, en pos de una inclusión necesaria para productos, servicios y actividades



profesionales (incluidos sus protagonistas como sujetos colectivos e individuales). No obstante, y como parte de posibles males necesarios, es trascendente asumirlos con conciencia de ello, lo cual hace menos nocivo sus efectos y nos prepara mejor para una verdadera contrahegemonía cultural, intelectual, científica y profesional que incluye la comunicación social, la gestión de la información, del conocimiento y los avances tecnológicos, especialmente para nuestro campo, las tecnologías de la información, la comunicación y las telecomunicaciones.

El séptimo capítulo, *Subsunción del trabajo intelectual y la superación del capitalismo* profundiza y aclara aun más la posición del intelectual en los tiempos neoliberales que vive el mundo, pero particularmente América Latina en torno a la subsunción de su trabajo por el capitalismo financiero y sus políticas de estado neoliberales, las que resultan voraces defensoras del mercado como única alternativa de existencia y desarrollo, y el consumo como su actuar más lógico. Ante estas circunstancias bien explicadas desde el pensamiento marxista, el autor convida abiertamente a los intelectuales a ponerse al lado de la clase trabajadora explotada material y subjetivamente por esta modalidad de capitalismo que le ha arrebatado sus conquistas y sus narrativas históricas, en el entendido de que el como sujeto social, ya también lo es. Así lo visualiza más cercano a un obrar codo con codo, con esos trabajadores y campesinos con conocimientos empíricos, a la vez que necesitados de conocimientos teóricos que impulsen una práctica verdaderamente transformadora de sus condiciones de existencia y en busca del verdadero comunismo solidario opuesto al individualismo, falsamente libertario.

En el contexto latinoamericano existen sobradas prácticas del trabajo cultural que objetivan esa unidad de intelectuales y artistas con trabajadores y campesinos, -que viene dada muchas veces por las raíces de los primeros, su origen, a la vez que se realizan trabajos enriquecedores para los saberes y prácticas culturales de todos, pero lo cierto es que son insuficientes para los cambios que se necesitan y sobresalen, para mal, las brechas construidas con el discurso de

la diferencia, del elitismo nocivo que aún nos cala, lacerando lo que persiste de pueblo en nuestras raíces.

En el octavo capítulo, *Internet y el nuevo cambio estructural de la esfera pública* se formula una reflexión crítica sobre internet, sus bondades y perversidades desde el punto de vista comunicativo y cultural como fenómeno que introduce importantes cambios en la mediación social y su estructuración. Distingue este ejercicio deliberativo el sustento económico- político marxista que lo explica con la agudeza y profundidad que exige su complejidad y las tan manidas formas en que, bien se le ha alabado (integrados), bien se le ha maldecido (apocalípticos). Con el autor coincidimos cuando asevera, y cito: “El resultado más importante, sin embargo, es la constitución, a nivel global, de un espacio de interacción social, comúnmente llamado ciberespacio, para el cual toda forma de comunicación (interpersonal, masiva, pública, privada) converge. Esa convergencia, o sea, la constitución de una inmensa plataforma técnica por la cual tienden a pasar todas las comunicaciones humanas, es lo fundamental. La apariencia democratizante y todas las potencialidades envueltas están subordinadas a la funcionalidad mayor, de control social que el nuevo sistema facilita. El carácter totalitario de este queda encubierto por su lógica mercantil, de concurrencia, aparente...”.

Es importante apuntar que estas consideraciones del autor no dejan de reconocer el fuerte golpe que hace el uso de internet a “la autonomía cultural de la clase trabajadora, para lo que disputa la lógica hegemónica de la diversidad, que solo el mercado unifica (...) y que retiene toda comunicación, toda información que por ella pasa, tornándola accesible, en los límites de las condiciones técnicas y económicas de cada uno, a los agentes con poder económico que concurren por el control de corazones y mentes, con objetivos publicitarios, propagandísticos o de pura y simple vigilancia”; a la vez que advierte la posibilidad y necesidad del “uso consecuente de la red con objetivos contra hegemónicos”, con el debido conocimiento

de “los límites estructurales que definen la agencia individual y colectiva” en tal espacio.

Estos análisis sustanciales resultan sustanciales por el equilibrio y sensatez con que se aborda el tema de internet, sus utopías y certezas, de modo que sean de utilidad para aquilatar a lo que nos enfrentamos como ciudadanos y sociedades latinoamericanas en el acelerado, pero necesario proceso de informatización de la sociedad y transformación digital, en el cual se debe actuar con pasos firmes, rápidos, bien documentados, pero sin ingenuidad ideológica, política y económica en sentido general, y particularmente en lo referido a la comunicación social, el trabajo cultural y educativo. No por gusto en la actualidad se mueven a nivel de organismos internacionales como la UNESCO, o en bloques comunitarios de países como la Unión Europea, iniciativas que abogan por la necesaria regulación del espacio digital y las actuaciones de los principales actores que en ella tienen incidencias; desde los Estados, las Plataformas digitales transfronterizas (grandes empresas y corporaciones), las pequeñas empresas de servicios (nacionales y multinacionales), la sociedad civil, la academia y hasta la ciudadanía aun poco alfabetizada. Todos en general con desigual compromiso y niveles de responsabilidad por lo que allí acontece; actualmente con más daños que beneficios a la convivencia social y cultural, si bien en extremo redituable económica y simbólicamente para unos pocos.

En su conclusión, “la batalla de la comunicación y los desafíos de la izquierda latinoamericana”, si bien el autor declara que esta no es válida para Cuba, en nuestra modesta opinión hay cuestiones que sí nos resulta necesario tener en cuenta, toda vez que de una forma u otra, nuestra trayectoria no ha estado exenta de errores provocados por factores externos, que también han incidido en los diferentes países de América Latina, e internos por disimiles razones, entre otras, en mi opinión por un alejamiento, -ya salvado-, de las mejores experiencias latinoamericanas de resistencia anti hegemónica en el terreno simbólico, cuya incidencia ha sido mucho más directa en sus pueblos y culturas.

Así, nos parece oportuno reconocer que en este apartado aparecen elementos de análisis que pueden servir como referentes para nuestras actuales y venideras prácticas comunicativas y culturales como sociedades. Por ejemplo, compartir la aseveración del autor en torno a que “La acción de periodistas y comunicadores de todo tipo, de productores culturales, asistentes sociales y otros trabajadores intelectuales, es fundamental para la realización de ese tipo de comunicación cuyo objetivo es fortalecer la identidad de clase, promoviendo la unidad en la construcción, no de un programa o de una estrategia solamente, sino de una alternativa completa, contra hegemónica, para el sistema global de cultura, combinado con formas de democracia participativa y de acción directa por parte de los trabajadores organizados en la base. La función primordial de un partido de izquierda, identificado con los intereses de la clase trabajadora, que eventualmente llegue al poder debe ser el empoderamiento de la clase y de sus organizaciones autónomas”.

Asimismo, es válido el llamado atento a la “épica batalla” en palabras del autor, que se debe librar por la regulación de y en internet, medio- espacio supranacional al que no le bastan las normativas nacionales, si bien hay que establecerlas, a la vez que se trabaje por impulsar proyectos regionales y/o globales de “unificación de todas las luchas sectoriales, basada en criterios de reconocimiento y solidaridad, por oposición a los criterios, necesariamente excluyentes, de la solución puramente mercantil que los poderes globales nos pretenden imponer” en el ciberespacio.

El *apéndice* también enriquecedor del texto y el análisis que el mismo formula expone experiencias que no se pueden ignorar cuando los medios de comunicación, su hacer, producción de contenidos y distribución están en manos de empresas privadas, oligopólicas.

No extraña el valor de la obra que aquí prologamos para el continente en el sentido de hacer lecturas fertilizadas. Fue realizada con un fin ya citado, y para un contexto particular: el concurso ensayos Haydee Santamaría, promovido en 2016 por el Consejo

Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en conmemoración de sus 50 años y por la Casa de Las Américas, en la modalidad “dilemas de la izquierda y de las fuerzas progresistas en América Latina”, donde además resultó premiado con el primer lugar, y que como podrán disfrutar los lectores fue posteriormente enriquecido por su autor siempre con el espíritu de dignificar el pensamiento y accionar de una comunicación social que tiene que ser más humanista, inclusiva y transgresora de lo que para ella reserva el capitalismo imperial. Es un ensayo que sintetiza muchas de las ideas de su autor sobre comunicación. Es un trabajo inédito en castellano y que solo tiene una versión reducida en portugués, que salió en un libro colectivo de CLACSO, referente al premio. De esta edición se espera una socialización mayor de sus contenidos en los países de lengua española, pero también en Brasil.

Su autor César Ricardo Siqueira Bolaños (Brasil 1956) es reconocido como el fundador del campo de la Economía Política de la Comunicación y de la Cultura (EPC) en Brasil, tanto por su primer libro (Mercado Brasileño de Televisión, publicado en Brasil en 1988, con una segunda edición actualizada en 2004 y que tiene también una versión en castellano por la editorial El Río Suená, de Buenos Aires, en 2013), como por la labor organizativa que ha realizado: fundador del grupo de Economía Política de la Sociedad Brasileña de Estudios Interdisciplinarios de la Comunicación (Intercom); de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC) entidad de la que, posteriormente, fue presidente; de la Revista EPTIC, especializada en el tema, en 1999 (de la que es director hasta la actualidad); fundador y primer presidente de la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (ULEPICC).

Su obra científica aparece, además en un segundo libro, Industria cultural, información y capitalismo, publicado en Brasil en el 2000, en España, por Gedisa, en el 2013 y en Inglaterra, por Pallgrave MacMillan, en el 2015, resultando ser el más conocido. Se trata de una teoría marxista de la comunicación original, producida en

América Latina. Otros dos libros importantes que solo están en idioma portugués son *Campo Aberto: para a crítica da epistemologia da comunicação* (2015) y *O conceito de cultura em Celso Furtado* (2015). Actualmente trabaja en la producción de un libro sobre “trabajo, comunicación y la crítica de la economía política”, que consolida y amplía una serie de reflexiones realizadas sobre el tema en los últimos 20 años.

Agradezco al colega y amigo César la oportunidad de presentar su obra traducida por otra cubana, la DrC. Beatriz Fonseca Muñoz, ambas admiradoras de toda su obra comprometida sin altisonancias, pero sólida científica e intelectualmente. Particularmente la presente, premiada por sus valores académicos e ideológicos, que ofrece pistas en pos de salvar nuestras identidades e independencia de la hegemonía capitalista imperial. Texto digno de leer y analizar por estudiantes universitarios, profesores, investigadores y profesionales especializados o no en comunicación, en tiempos de su gran protagonismo como proceso/sistema/práctica de gran complejidad, mediado y mediador de la economía, la política, la tecnología, la cultura, la sociedad. Teoría y reflexiones útiles para los países de habla hispana en América Latina y otras geografías mundiales.

Ahora resta leer, debatir, comprender, consensuar, asumir, transformar...



## Introducción

El objetivo de este libro es pensar los desafíos con los que se enfrentan las fuerzas progresistas en América Latina en una coyuntura regional marcada por el reflujo de los experimentos democráticos que marcaron la primera década del siglo XXI, tomando el tema de la comunicación como clave fundamental para el análisis de los grandes movimientos de orden estructural del capitalismo iniciados en las últimas décadas del anterior y sus consecuencias sobre el factor subjetivo.

Es cierto que en varios de nuestros países fueron promulgadas “leyes de medios” democráticas e inclusive, en ciertos casos, fueron realizadas transformaciones, nada despreciables, en la estructura de los sistemas de comunicación de masas; aunque sin alterar la lógica del conjunto. La necesidad de una transformación profunda en la propia concepción general del problema de la comunicación fue ampliamente menospreciada, prevaleciendo, en el mejor de los casos, la idea de reforzar el papel del Estado en la regulación y, eventualmente, en la operación de los grandes medios de comunicación de masas. En el peor de los casos, como en Brasil, muy poco fue hecho en el sentido de la democratización de los medios, preservándose básicamente la estructura heredada del período militar.

La academia latinoamericana y el movimiento social por la democratización de la comunicación ha acompañado el proceso desde el inicio, participando muchas veces activamente en la formulación de propuestas y no faltan análisis de calidad al respecto, pero está



aún por producirse un balance general, con el debido distanciamiento crítico, de todas las experiencias vinculadas a los gobiernos que se dicen populares o de izquierda, que estuvieron en el poder o todavía están, en buena parte del continente (Bizberge y Goldstein, 2014). No pretendo en este texto extenderme en ese sentido, lo que exigiría un esfuerzo en la investigación, de síntesis de la producción bibliográfica a nivel internacional y de un análisis empírico de mayor ímpetu, abarcando el estudio de las transformaciones en los sistemas de regulación y en los mercados en cada caso nacional.

Al contrario, la síntesis que trataré de presentar a continuación, se refiere a un marco teórico-histórico, producido por el autor a lo largo de los años, para la comprensión del problema en toda su extensión - lo cual podrá, eventualmente, servir de base para un estudio transversal y colectivo, como el sugerido en el párrafo anterior - considerándolo en términos de una economía política capaz de englobar un elaborado concepto de cultura, como hace Celso Furtado del modo quizás más completo en términos interdisciplinarios, en el interior de ese amplio campo intelectual que es el estructuralismo histórico latinoamericano, articulando, sobre la base de la economía política, una teoría del desarrollo y del subdesarrollo fuertemente marcada por un concepto antropológico de cultura, influenciado por autores importantes de los campos de la sociología, de la ciencia política, de la filosofía y, evidentemente, de los diferentes ámbitos y corrientes de la ciencia económica con los cuales dialoga, inclusive, la teoría de la información.

Me apoyo en él, por tanto, en la presentación de la cuestión de fondo, en la primera parte, vinculando la problemática de la cultura a la del desarrollo, para avanzar, a partir de ahí, en la segunda parte, en el análisis de la relación cultura/comunicación, refiriéndome tanto al debate sobre la prensa en Lenin y en Adelmo Genro Filho, considerado fundador de los estudios de periodismo en Brasil, como a la cuestión de la Industria Cultural en el siglo XX, respecto a la cual analizaré, en la tercera parte, a título de ejemplo, el mercado brasileño de televisión, siguiendo, en la cuarta parte, con

la importante cuestión del tiempo libre y de su colonización en el capitalismo avanzado.

Las tres partes siguientes, en esa misma línea de revisión conceptual, volverán al problema más general de la configuración del factor subjetivo, cuya relación con la cuestión de la comunicación y de la cultura es directa, pero no obvia. Se trata de un intervalo necesario para entender la problemática de los dilemas actuales de las izquierdas y del pensamiento crítico, pues se refiere a procesos que se encuentran en la esencia de las transformaciones por las que pasa el capitalismo en el día de hoy. Así, la parte quinta está dedicada a dos temas - la función del intelectual y la subsunción del trabajo en Marx - que se articularán, en la sexta parte, donde se presenta un aspecto central de la actual reestructuración productiva, como es el de la subsunción del trabajo intelectual y sus consecuencias de orden económico, político y sociológico, con impactos sobre las perspectivas de transformación social, en un momento en que el modo de producción se torna cada vez más informático y comunicacional, lo que será discutido en la séptima parte.

Seguidamente, retomo y me centro en la comunicación, al considerar el surgimiento y la expansión de internet, otro aspecto fundamental de la reestructuración productiva que impacta, como se verá en la octava parte, en la organización de la esfera pública y en los sistemas de mediación social y legitimación, cruciales para entender la encrucijada en que se encuentran las izquierdas latinoamericanas y, no solo ellas, frente a una crisis estructural global con las características actuales. La tendencia actual es la modificación de la articulación - explicada en la segunda parte - de todo el sistema global de cultura a través de la acción del Estado y, especialmente, de un sector particular del capital industrial, controlador de la Industria Cultural y de los grandes medios de comunicación de masas, que adquiere una posición estratégica fundamental en la estructura de poder nacional y global a lo largo del siglo XX, especialmente en la pos-guerra.

En la conclusión, haré algunas consideraciones generales sobre la batalla de la comunicación y los desafíos de la izquierda latinoamericana, partiendo de la idea general del texto que es crucial, en esta etapa histórica, retomar la iniciativa en la construcción de las utopías orientadoras de la acción, mirando al futuro. Las izquierdas en el poder en América Latina, tal vez hayan estado demasiado tiempo preocupadas con los medios, en detrimento de las mediaciones, para usar la fórmula célebre de Jesús Martín Barbero (Barbero, 1987). El error de los estudios culturales no reside en esa formulación, sino, al contrario, en el academicismo de los estudios de recepción que, con las herramientas del antropólogo, visitan las audiencias para extraer, de cada investigación, las mismas simples conclusiones: que estas tienen también sus estrategias, que pueden hacer lecturas de los medios diferentes de aquellas que los emisores pretendieron, sin considerar que los propios antropólogos son trabajadores intelectuales que realizan una función de mediación al servicio de una estructura de poder, como es, por ejemplo, la Universidad.

La cuestión que se coloca aquí, al contrario, es aquella sobre la construcción de otras posibles mediaciones, que garantizan la autonomía cultural que la clase trabajadora - profundamente transformada por la reestructuración productiva y el neoliberalismo - necesita para generar utopías movilizadoras, capaces de hacer frente a las ideologías posmodernistas y liberales que tratan de dirigir para el mercado todas las energías creativas de la sociedad. Al contrario, representa mejor la perspectiva aquí defendida, de creación de nuevas formas de mediación social, la postura, por ejemplo, de los actores y actrices que siguen las propuestas del Teatro del Oprimido, transfiriendo a la platea las herramientas de comunicación de que disponen. A través de su trabajo, ellos transforman la realidad y se transforman a sí mismos, por la interacción con el público, que recibe y ofrece conocimiento.

## Cultura y desarrollo

La clave para la comprensión del problema puede ser buscada inicialmente en David Harvey, quien insiste en un aspecto importante para distinguir al imperialismo norteamericano de los imperialismos nacionales europeos que se desmoronarían a raíz de la II Guerra Mundial (Harvey, 2003). La integración social, a nivel nacional, que en el viejo imperialismo se daba sobre la base de un racismo científico que confería a la metrópolis una misión histórica civilizadora, pauta en la ideología del progreso, ahora sujeta a la nueva estructura hegemónica internacional, bajo el dominio de los Estados Unidos, dependerá de la inclusión de las masas a modelos de consumo sofisticados, propios de aquello que quedó conocido en la literatura, especialmente francesa, como modo de regulación taylorista-fordista (Boyer, 1986).

Furtado, de su parte, deja clara la semejanza entre la ideología del progreso del siglo XIX y aquella del desarrollo, en la medida en que ambas colocan la organización social del centro como superior y ejemplar, justificando la dominación en nombre de una misión histórica auto imputada y tácitamente reconocida por las élites criollas latinoamericanas, ya aculturadas por la modernización capitalista resultante de la difusión de la Civilización Industrial a partir de su núcleo original, Inglaterra (Furtado, 1978). Un aspecto importante de la cuestión es la tendencia, expresa ya en la “fuerza expansiva del primer núcleo industrial (...) a unificar la civilización industrial en todo el mundo” (Furtado, 1997), que adquiere enorme impulso con la expansión de los conglomerados norteamericanos,

primero, japoneses y europeos, luego, a lo largo del período expansivo de la posguerra.

Octavio Rodríguez tuvo el mérito de señalar e insistir, por primera vez, en la importancia del concepto de cultura en Furtado, observando la existencia de tres ámbitos en que se presenta: material y espiritual, siendo este último dividido en dos planos: político-institucional y cultural en sentido estricto (Rodríguez, 2009). Es importante exponer la cuestión en esa secuencia. Furtado compara la separación entre los conceptos de cultura material y cultura espiritual, de la antropología, con aquella, marxista, de las relaciones entre base y superestructura, que él considera una “audaz simplificación”, que permite la construcción de un modelo dialéctico inédito, simple y operacional, de “extraordinaria eficacia como instrumento explicativo de los procesos históricos” (Furtado, 1964).

El autor señala, por tanto, un rasgo común entre las dos perspectivas, marxista y antropológica, citadas en el párrafo anterior, pero critica más adelante el concepto antropológico de transformación social, al cual opone la siguiente definición de desarrollo:

La idea de desarrollo surge como una hipótesis ordenadora del proceso histórico - como ‘síntesis de varias determinaciones, unidad de la multiplicidad’, en la expresión de Marx - a partir de la cual es posible realizar un esfuerzo eficaz de identificación de relaciones entre factores y de selección de esos factores con vistas a la reconstrucción de ese proceso a través de un modelo analítico. (Furtado, 1964)

El límite del modelo de Marx, a su vez, estaría dado por el alto nivel de abstracción en que es formulado, lo que le restaría efectividad como “instrumento de orientación política [y] el objetivo de la ciencia es producir guías para la acción práctica” (Furtado, 1964).

La relación de Furtado con Marx es tema complejo (Bolaño, 2015). El marco teórico aquí adoptado sigue la pista de Furtado en

la definición de una teoría social capaz de explicar los dilemas del subdesarrollo latinoamericano, interpretando su contribución bajo los lentes del marxismo. Se trata, por cierto, de una entre otras posibles apropiaciones de Furtado, pues se debe reconocer que el propio autor indica esa posibilidad, cuando presenta sus críticas al “modelo de Marx”, en la *Teoría y Política de Desarrollo Económico*, gran síntesis de su pensamiento económico, incorporando reflexiones producidas desde 1955 hasta la primera edición de 1967 y la edición revisada de 1974. En esa obra fundamental, que Mallorquin considera uno de los “libros de texto del estructuralismo” (Mallorquin, 2015), Furtado explica, en los siguientes términos, la herencia marxista de la escuela latinoamericana.

Los estructuralistas retomaron la tradición del pensamiento marxista, en la medida en que este último colocó en primer plano el análisis de las estructuras sociales como medio de comprender el comportamiento de las variables económicas (Furtado, 1983).

En el caso de Marx, Isaac Rubin, considerará como su gran innovación, en términos metodológicos, no el “método de la abstracción [que] es común a Marx y a muchos de sus predecesores, inclusive Ricardo. Pero fue Marx quien introdujo un método sociológico en la economía política” (Rubin, 1980). En Furtado, se trata de la búsqueda de una interdisciplinariedad que, en *Prefacio a la nueva economía política*, asumirá la forma de un proyecto de construcción de una ciencia social global, a partir del concepto clásico (y marxista) de excedente (Furtado, 1977). En ambos, se trata de explicar los factores extra económicos que determinan la economía en su esencia.

Es en la cultura, en particular, en su relación con la economía política y la teoría del desarrollo y del subdesarrollo, que se sitúa la contribución de Furtado que interesa recuperar aquí. Retomemos entonces el tercer plano de clasificación de Rodríguez, hace poco mencionado, para recordar la defensa de la política y de la creatividad política hecha por Furtado. El fenómeno, insistentemente apuntado

por él, de la transmutación de medios en fines implica una paradoja: una irracionalidad intrínseca a la extensión de la racionalidad instrumental, marca de la Civilización Industrial capitalista. Como diría Marcuse, esa “impetuosa racionalidad, que impele la eficiencia y el crecimiento es irracional en sí misma” (Marcuse, 2015).

Así, si “la creatividad con libertad corresponde a un acto de afirmación personal que vincula moralmente quien crea a su obra”, tanto en la ciencia como en la técnica, la actividad creadora se descaracterizó, “lo que explica el estado de desgarramiento moral de muchos científicos contemporáneos”, constituyéndose la incapacidad de entender la propia creación, “la manifestación más dramática [de la] alienación en el sentido de pérdida de identidad” (Furtado, 1978). Una reversión de esa tendencia implicaría una “revolución cognitiva” que restaurase “el saber como un fin en sí mismo”, lo que significa “restablecer la superioridad de la sabiduría sobre el conocimiento” (Furtado, 1978). La propia producción estética se verá afectada por una creciente vinculación a las imposiciones del mercado y de la publicidad.

Es preciso, por otro lado, observar las “grandes oleadas de idolatría” que marcaron al siglo XX y que representan el reverso del racionalismo, desorientando a los sujetos que tienden a sobrevalorar la seguridad, volviéndose dóciles al Estado, abdicando del “único espacio en el que la civilización industrial desarrolló auténtica actividad creadora, que es la política” (Furtado, 1978).

Es importante recordar que esas reflexiones fueron hechas por Furtado en sus trabajos de los años 1970, como profesor de la Sorbona, en un momento de enorme efervescencia de los movimientos sociales, marcados entonces, en todo el mundo y muy especialmente en Francia, por el impacto de una juventud radicalizada, cuestionadora de viejos dogmas de la enérgica pero envejecida clase obrera que constituyera el sostén de la resistencia al fascismo y de la construcción del socialismo real, de un lado, y del Estado de bienestar social, de otro. La división que se establece entonces en el interior del pensamiento de izquierda permanece

hasta el día de hoy, pues es fruto de una transformación profunda, de orden sociológico, en la estructura de clases del capitalismo avanzado, a la cual retornaré más adelante.

Pero volvamos al punto. Más que de creatividad institucional en el sentido desarrollista - parte importante, por cierto, del pensamiento y de la acción política de Furtado, especialmente en su fase cepalina - se trata, en el último fragmento citado, de una defensa de la acción política directa. Así, se refiere al movimiento ludista “de las minas de carbón, de la metalurgia, de la industria textil, de la construcción naval” del norte de Inglaterra, destruido por feroz represión, defendiendo su rechazo radical de las formas de vida creadas por la Revolución Industrial, al contrario del movimiento obrero originario de Londres, “donde predominaba la pequeña industria y el artesano”, que no formulaba “una crítica global al sistema, limitándose a reivindicar mejoras en las condiciones de vida de la clase trabajadora” (Furtado, 1978).

Al contrario, como los ludistas, Furtado defiende la construcción de un sistema de cultura alternativo. En el panorama de las grandes luchas sociales de los años 70, el autor, criticando de forma radical tanto la ideología del progreso como la ideología soviética del socialismo científico, adopta como paradigma, el emergente movimiento ecologista, en los siguientes términos:

Al introducir en la política la iniciativa de las asociaciones directas, él reivindica para el hombre la pluridimensionalidad como actor político. Esa parece ser la última oportunidad de contener la invasión del poder burocrático: reinyectar la conciencia de los fines concernientes al todo social en las motivaciones políticas del ciudadano. (Furtado, 1978)

En esa línea, defenderá también al movimiento feminista, al movimiento negro, pero el punto central de la argumentación es siempre la autonomía, presentada, en ese momento, como una cuestión crucial para el movimiento obrero y el pensamiento marxista. Vale citar más extensamente:



La idea formulada por Marx, según la cual un proceso crecientemente violento de lucha de clases, en el marco de la economía política, operaría como factor decisivo en la creación de una nueva sociedad, para ser válida requiere, como condición *sine qua non*, que las clases pertinentes estén en condiciones de generar visiones independientes de mundo. En otras palabras: la existencia de una ideología dominante (...) no debería significar la pérdida total de autonomía cultural por las otras clases, o sea, la colonización ideológica de estas. (Furtado, 1978).

Ahí está una parte significativa de la respuesta al dilema enfrentado hoy por las izquierdas latinoamericanas, o sea, el de la necesaria autonomía cultural de la clase trabajadora para la realización de un proyecto de transformación radical de la sociedad bajo su hegemonía. La batalla de la comunicación no podrá ser adecuadamente enfrentada sin una profunda comprensión del significado de ese problema, menospreciado por los gobiernos nombrados populares que dejan el poder hoy en varios países de América Latina.

No obstante, la importancia de la reflexión, hasta cierto punto sorprendente, sobre las condiciones objetivas necesarias para la victoria de una transformación radical de la sociedad bajo el gobierno de la clase obrera, la problemática de la autonomía cultural es más frecuentemente tratada por el autor en los términos de una teoría de la dependencia, elemento fundamental de su teoría del subdesarrollo. Carlos Mallorquin es muy convincente al aludir la anterior reflexión furtadiana sobre la dependencia y su influencia sobre las teorías de Gunder Frank y de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, entre otros (Mallorquin, 2005). También es importante considerar que la de Furtado es una teoría de la dependencia cultural - como tuve la oportunidad de mostrar y como el propio autor explica en más de una ocasión (Bolaño, 2015)- a la cual no se aplican las justas críticas, como la de Ingrid Sarti, (Sarti, 1979), que se hacen a las teorías de la dependencia cultural derivadas de las teorías de la dependencia más conocidas.

El caso brasileño es un ejemplo al respecto. La difusión de la Civilización Industrial, a partir de su núcleo originario, en Inglaterra, se tradujo aquí - como en otras partes de la periferia y en América Latina de forma paradigmática -, como consecuencia de la división internacional del trabajo que ocasiona expansión urbana y modernización del consumo, civil y militar, bajo el mando de las élites tradicionales que se convierten en clientes de las burguesías industriales del centro, especialmente de Inglaterra, al contrario de lo que ocurrió en Europa - donde la expansión del sistema industrial lleva rápidamente al agotamiento del excedente estructural de mano de obra original, de modo que las nuevas tecnologías, introducidas en el plano de los procesos productivos, para atender a las necesidades de producción, tendrán un carácter capital intensivo - en una modernización a través del consumo, que no altera, en general, el sistema productivo ni las precarias condiciones de vida de las masas trabajadoras.

La fascinación de las élites blancas latinoamericanas por los nuevos bienes industriales venidos del centro y su pronta adhesión a la nueva división internacional del trabajo se explica, con certeza, por las ventajas comparativas obtenidas en un inicio - que, sin embargo, luego se agotan, dando lugar a un recurrente deterioro de los términos de intercambio - pero principalmente por el hecho de que, al contrario de lo que ocurriera con las otras matrices de la cultura brasileña, la europea siempre mantuvo una fluida relación con la metrópoli. La difusión de la modernidad capitalista promoverá, en esas condiciones, en el siglo XIX, un “divorcio entre élite y pueblo”, rompiendo la unidad cultural que representaba, en la época colonial, el catolicismo y la cultura barroca (Furtado, 1984). Así, las matrices culturales indígena y africana, desprestigiadas, consideradas inferiores, primitivas, podrán, paradójicamente, desarrollarse con importante autonomía, en toda su riqueza, en las periferias, favelas, en los interiores, palenques, en los locales de culto, grupos de capoeira...

Aunque sea esa la cultura popular que utilizará la burguesía industrial para construir su hegemonía a partir de los años 20 y 30 del siglo pasado, la verdad es que la identificación con ella por parte de las clases medias y altas siempre será limitada y problemática, como quedará patente en el período reciente, a partir de las grandes movilizaciones a favor del *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff, en las calles y principalmente en los *sites* de redes sociales en Internet, donde se manifiesta de forma transparente aquel rasgo distintivo de la cultura brasileña, que se trató de encubrir a lo largo de décadas, a través del mito de la democracia racial, desenmascarado por grandes intelectuales críticos brasileños, como Florestan Fernandes o Abdias Nascimento.

La industrialización periférica por la que pasaremos, resultado del estrangulamiento externo provocado por la crisis de 1929 y las dos guerras mundiales, siguiendo la línea de la sustitución de importaciones, acabará por consolidar, a su vez, aquella dependencia de origen cultural, transformándola en dependencia tecnológica, insertada en el núcleo de esta estructura industrial así construida. Brasil, de este modo, como los demás países de América Latina, acabará por insertarse de aquella forma subordinada, antes referida, en el proceso de unificación de la cultura material del capitalismo globalizado bajo el dominio de los Estados Unidos de América en el largo período expansivo del posguerra.

La globalización, además, tornará cada vez más difícil una solución alternativa, pero Furtado, animado por la redemocratización, depositaba aún, en los años 1980, grandes esperanzas en el potencial transformador que una alianza entre la clase media y el pueblo podría representar en el Brasil, no sin explicar los riesgos implicados, atemperando el optimismo de la voluntad con el pesimismo de la razón. Veamos, para concluir este punto, como la cuestión es puesta en la última de las *Siete tesis sobre la cultura brasileña* (Furtado, 2012):

El descubrimiento, casual o buscado, del país real por las élites es ciertamente el rasgo más relevante del proceso cultural brasileño en

el siglo [XX] (...). Con la urbanización, la presencia del pueblo se hace más visible y su creatividad cultural más difícil de ser escamoteada. La emergencia, en la segunda mitad del siglo, de una clase media de peso creciente introduce nuevos elementos en la ecuación del proceso cultural. La clase media se forma en el marco de la modernización dependiente, todavía mediatizada por la industria local, pero está demasiado próxima del pueblo para poder asumir la posición bovarista de las antiguas élites. Por otro lado, la influencia que ejerce la cultura de clase media en la masa popular interfiere en la creatividad de esta. Su encuentro con el pueblo es también la descaracterización de este. (Furtado, 2012).

Partiendo de esa suposición sobre la compleja relación entre clase media y pueblo, la lectura de Furtado de la realidad brasileña de mediados de los años 1980 es presentada así:

En síntesis, en este final del siglo XX, el proceso cultural brasileño se presenta como la resultante de múltiples factores, debiéndose señalar por su relevancia, la fuerte actuación de la industria de la cultura como instrumento de modernización dependiente, la incipiente autonomía creativa de una clase media en que existen raíces populares todavía frescas y la fuerza reactiva de una masa popular amenazada de descaracterización cultural. La clase media se constituye en el *locus* privilegiado de creación cultural, interactuando entre la modernización dependiente y la búsqueda de una identidad que solamente puede venir de las raíces populares. La concentración de la renta no es sino la letra de la modernización dependiente. Por tanto, una nueva síntesis cultural, que recoja la fuerza creativa del pueblo, presupone la profundización del proceso de democratización y la reducción de la heterogeneidad social. (Furtado, 2012).

Ya tuve la oportunidad de analizar con cierto cuidado, en otro trabajo (Bolaño, 2015), el significado de la citada relación entre clase media y pueblo en Furtado. Aquí interesa solo enfatizar el papel de modernización dependiente que el autor imputa a la Industria Cultural, en un momento en que “la producción de bienes culturales se transforma en un ciclópico negocio y una de las leyes que rigen

ese negocio es la uniformización de los modelos de comportamiento, base de la creación de los grandes mercados” (Furtado, 2012).

Llegamos, con esto, al principio de la crítica de la comunicación, que trataré de desarrollar más adelante. El propio Furtado no lo hace, aun así, ninguna duda debe existir sobre la claridad que tenía respecto al problema que hoy se presenta como el gran desafío que las izquierdas brasileñas y latinoamericanas deberán enfrentar en el futuro próximo. Antes de desarrollar el punto, es preciso proseguir en la enunciación de la cuestión cultural desde la perspectiva que venimos siguiendo, incorporando ahora una segunda clave de lectura.

## Comunicación, cultura y capitalismo

Es importante retomar, de inicio, el problema de la autonomía cultural de la clase trabajadora. Eric Hobsbawm, en *Mundos del trabajo*, muestra que, en la Inglaterra del siglo XIX (Hobsbawm, 1987), la oposición de la clase obrera al régimen burgués se expresaba no solamente en el plano estrictamente político de la lucha de clases, sino en aquellos más profundos de la identidad de una clase culturalmente homogénea, orgullosa de su modo de vida, de sus hábitos alimentarios, del tipo de práctica lúdica/deportiva a que se dedicaba, presentándose, en fin, como contra hegemónica en el nivel más amplio del sistema global de cultura.

La oposición entre cultura ruidita y cultura popular se presenta, así, como contradicción profunda entre dos visiones de mundo claramente distintas, en el momento en que la clase obrera se coloca como portadora de un proyecto de organización general de la cultura alternativa. Y esto también en el plano estrictamente intelectual, como dejan claro las formas de producción y difusión del pensamiento socialista, comunista, anarquista, sindicalista. Aquí interesa citar la función organizativa, teorizada por Lenin, que la prensa obrera cumplió en la Revolución Rusa de 1917, incluyendo desde la producción de textos en cada fábrica hasta su reunión para la producción del periódico y la distribución clandestina a lo largo de un territorio tan amplio, envolviendo millares de manos de trabajadores anónimos formando una extensa red de comunicación popular alternativa, totalmente autónoma, que se

esforzaba por mantener la mayor invisibilidad frente a la represión policial zarista (Lenin, 1978).

Así, se organizaba la inteligencia colectiva proletaria en la Rusia de los primeros años del siglo XX, un océano cultural en el que el revolucionario bolchevique podía nadar como pez. Nótese que la tarea urgente propuesta por Lenin vinculando organización partidaria y creación de un periódico político para toda Rusia, implica superar los “métodos artesanales”, como explicara ya en 1899, en el artículo *Un problema vital*, incluido en la misma compilación citada en la nota anterior, en los siguientes términos: “el problema consiste en decidir si vale la pena continuar con métodos ‘artesanales’ el trabajo que ya se realiza, o se debe organizar como trabajo de un solo partido y reflejarlo en un órgano de prensa común” (Lenin, 1901).

Adelmo Genro Filho reconoce que “la tesis de Lenin sobre la necesidad del periódico partidista como ‘organizador colectivo’, con funciones de análisis crítico, lucha ideológica, propaganda y agitación es, todavía en el presente, insuperable en sus fundamentos” (Genro, 1987), pero añade que “hay una tarea más amplia del periodismo tipificado en los diarios, que debe ser pensada en su especificidad” (Genro, 1987). Y concluye:

Aunque el periodismo exprese y reproduzca la visión burguesa del mundo, él posee características propias en cuanto forma del conocimiento social y supera, por su potencialidad histórica concretamente situada, la mera funcionalidad al sistema capitalista. (Genro, 1987)

Más adelante, criticando la idea de Mattelart, de “dar la palabra al pueblo”, apunta que esto significaría

mucho más que ofrecer el micrófono o la máquina de escribir al pueblo (...) se trata fundamentalmente de crear las mediaciones y los canales adecuados para que los contenidos sociales (el plural aquí es indispensable), que antes eran despreciados en la comunicación, pasen a tener hegemonía en el proceso. Lo que es diferente de manipular el medio de comunicación directamente. Esos ‘canales’ y

esas ‘mediaciones’ constituyen precisamente el patrimonio técnico-científico, que envuelve desde la electrónica hasta las técnicas y (en alguna medida) las artes periodísticas. Subestimar esos factores en la sociedad contemporánea es como pensar que el artesano podrá sustituir la industria moderna o entonces que, en esta última, los trabajadores podrán prescindir de los ingenieros y técnicos. (Genro, 1987).

La crítica a Mattelart se presenta aquí como crítica a un proyecto de “periodismo artesanal” contra el periodismo industrial moderno, considerado una forma particular de conocimiento de la realidad. Nótese que la crítica a la práctica llamada artesanal tiene un sentido bien diferente de aquella del fragmento de Lenin citado. Aquí se trata de la defensa de un tipo particular de producción cultural, considerado moderno y eficiente. Así:

La preocupación central de Mattelart es con los medios artesanales de comunicación, pues ellos ven a la cultura producida por los medios de comunicación de masas - en un proceso revolucionario o de construcción del socialismo - como la salida de todo un proceso, cuyo sentido sería definido en las actividades culturales elementales llevadas a cabo de modo artesanal por el pueblo. Por ello, es una ilusión creer que los modernos medios de comunicación de masas puedan, de hecho, funcionar tan solamente como la punta final de la cadena de producción de la cultura. En realidad ocurre lo opuesto: los medios de comunicación de masas son, hoy, en cualquier sociedad, los verdaderos ‘monitores de sentido’ de los procesos como un todo, los aparatos que presiden el conjunto de la producción cultural e informativa, ofreciendo motivos, estilos, temas, géneros, pautas y nuevos rumbos. (Genro, 1987)

Así, diferente de la construcción colectiva por la clase obrera y sus intelectuales de un medio de comunicación unificado que reflejase y apoyase la propia organización de la clase, como en el proyecto de Lenin - que influenció fuertemente, además, la reflexión de Mattelart en el período de su producción, la que Zarowsky se refiere como el



“laboratorio chileno”- (Zarowsky, 2013), Genro coloca en primer plano una función de los medios de comunicación de masas.

Y en eso no dependen del capitalismo. Es evidente que esa orquestación hecha por los medios de comunicación de masas, sobre el conjunto de la comunicación y de la cultura, no funciona nunca como una imposición, una relación pura y simple de manipulación. Hay una dialéctica entre el centro y cada una de sus partes (...) conduciendo a la producción y reproducción de la cultura y de la información, en la cual el papel de las clases, de los grupos organizados y de los individuos es siempre irreductible. Pero el centro, el núcleo del poder que califica el proceso en su conjunto y le ofrece los rumbos es constituido por los medios de comunicación de masas. (Genro, 1987)

Es cierto que la función de mediación es el elemento clave para entender a la Industria Cultural y los grandes medios de comunicación de masas. El problema es la autonomía que Genro parece imputar a una institución, la gran prensa tomada en abstracto, identificando *Pravda*, o *Granma*, el *New York Times*, *O Globo* o cualquier otro, entendido el conjunto como una nueva forma de producción especializada de conocimiento y de mediación social, sin considerar, salvo excepcionalmente, el hecho de que se trata de empresas en que el trabajo de los periodistas, entre otros, es subsumido.

El concepto marxiano de subsunción del trabajo es absolutamente crucial para calificar aquel de mediación social, que caracteriza y legitima la Comunicación como campo de estudio académico, como ya apunté en diferentes ocasiones. Con el surgimiento de los grandes medios de comunicación de masas, en el siglo XX, el periodista, como otros trabajadores intelectuales, pasa a cumplir su función mediadora, no más como el intelectual independiente del siglo XIX, sino como trabajador asalariado al servicio de un capital individual particular, por lo cual se encuentra en una posición estratégica en la estructura social, al servicio del gran capital monopolista y del Estado capitalista.

La cooperación al interior de los procesos de trabajo que envuelven a los periodistas, en las grandes redacciones, por ejemplo, no se distingue de aquélla que se realiza en el interior de cualesquiera de otros procesos de trabajo en lo que se refiere a su forma social, sino solo en su contenido material específico que les califica para la realización de la función de mediación y que define los límites a la subsunción. Estos últimos deberían constituir el objeto privilegiado de análisis de los estudios de periodismo, los cuales, sin embargo, pese haber desarrollado métodos y categorías importantes para la comprensión de las rutinas productivas, o sea, de las especificidades de los procesos de trabajo particulares, se resienten de la falta de una comprensión más adecuada de la economía política de los medios. No llegan, en particular, a descubrir la función ideológica de mitos, como el de la objetividad periodística, o de la libertad de expresión, adoptándolos, al contrario, como principios éticos que calificarían la profesión, apartados de la lucha de clases.

Así, los constreñimientos, imposibles de negar, serán entendidos como condiciones objetivas a ser enfrentadas a través de la creatividad. Ahora, cuanto más industrializada la producción, al contrario de lo que piensa Genro, mayor la capacidad de control y de subordinación del trabajo al capital. Así, si la prensa de masas del siglo XX representa una nueva forma de producción de conocimiento, como quiere el autor, se trata, por un lado, de un conocimiento al servicio de la empresa periodística, de acuerdo con sus estrategias empresariales, incluyendo las más variadas técnicas de manipulación publicitaria y de construcción de audiencias y, por otro, al servicio de la propaganda y del control social.

Los límites a la subsunción del trabajo periodístico no se refieren en esencia al genio o al coraje individual, sino a las especificidades de su función mediadora. El capital lucha contra la autonomía relativa que de allí deriva, estructurando rutinas, procesos y sobretodo jerarquías que se reflejan en diferencias de salario, así como también se vale de la ideología profesional constituida como parte fundamental del pensamiento liberal en el siglo XVIII y XIX. La obra

de Marx trató justamente de desenmascarar el trípode conceptual de la ideología liberal de la igualdad, libertad y propiedad, en que se incluye la libertad de expresión, limitada por los factores de exclusión que caracterizan la esfera pública burguesa clásica, como bien apunta Habermas en su trabajo clásico sobre el tema y que podemos traducir, en nuestros términos, por poder económico y conocimiento (Habermas, 1984).

No se debe olvidar, además, que el conocimiento producido en el interior de la empresa capitalista – y esto no es diferente en el caso de las industrias culturales y de la comunicación – es un conocimiento extraído de la clase trabajadora, articulado al conocimiento producido por los intelectuales que, en el siglo XX, forman ellos también parte de la clase trabajadora asalariada, empleada por el capital o por el Estado capitalista. Si es posible encontrar formas de resistencia y grados de libertad en el interior de la producción cultural hegemónica, es justamente en la dupla contradicción capital-trabajo/economía-cultura que ellos residen. (Bolaño, 2013).

Pero no es en el texto que esas contradicciones pueden resolverse en favor de un proyecto social alternativo. El periodista debe entender que los límites impuestos a su función de mediación sobrevienen de su condición de trabajador y que la solución pasa por una acción colectiva que trasciende el plano meramente sindical vinculándolo al conjunto de la clase trabajadora y a su servicio, lo que no puede ser hecho de forma consecuente en el interior de los llamados medios hegemónicos. En ese sentido, la tarea formulada por Lenin permanece igual, en su esencia. Ocurre que, más de cien años después, la realidad empírica se encuentra radicalmente transformada.

El hecho es que, en la transición del siglo XX, el capitalismo pasaba por una transformación profunda, que se reflejaría en todos los sectores de la vida. Para nuestros intereses en este punto, el trabajo de Habermas sobre la esfera pública aún constituye la mejor referencia. En pocas palabras, la apertura de la esfera pública a la participación de sectores no instruidos y no propietarios,

consecuente de las presiones sociales que acompañan el surgimiento del capitalismo monopolista, con el fortalecimiento de la clase trabajadora, organizada en grandes sindicatos y partidos de masas, redundando en la formación del Estado democrático de masas, pone en riesgo todo el sistema de dominación, al eliminar el carácter crítico y restringido de la vieja esfera pública burguesa.

La Industria Cultural surge entonces como mecanismo de control social, que esteriliza el potencial revolucionario que una esfera pública masificada tendría, en la medida en la que los nuevos participantes representan no solo mayoría, sino sobre todo, una masa de no propietarios, sin ningún interés objetivo en la defensa de la comunidad abstracta de los propietarios que la sociedad mercantil capitalista representa.<sup>4</sup> La Industria Cultural es parte también esencial de la nueva estructura del capitalismo tardío, que aparece en toda su exuberancia en el largo período expansivo cuyo inicio coincide con la consolidación de la hegemonía norteamericana, al final de la II Guerra Mundial.

Se trata, como tuve la oportunidad de discutir en otra ocasión, de una fundamental ruptura en el plano de la racionalidad, constituyéndose todo un renovado sistema global de cultura, caracterizado por una profunda imbricación entre cultura material y no material, gracias justamente a la unificación de la primera a nivel global desde el centro y a la forma de integración social característica del sistema monopolista norteamericano, arriba apuntada. Ahí reside precisamente su fuerza, pero quizás el pensamiento de

<sup>4</sup> El conocido pesimismo frankfurtiano se traduce aquí no en aquella añoranza de la cultura burguesa de la obra de arte única, que se imputa en general a Adorno, en polémica con Benjamín – ver especialmente el influyente libro de BARBERO, Jesús Martín. *Dos meios às mediações. Comunicação, cultura e hegemonia*. Rio de Janeiro: Editora UFRJ, 1997 [1987] –, sino en la nostalgia de la esfera pública crítica de la vieja burguesía revolucionaria, suplantada también ahora por el capital monopolista, de las sociedades anónimas y del capital financiero internacional. Habermas corregirá posteriormente la referida visión pesimista. Ver especialmente HABERMAS, Jürgen. *Teoría de la Acción Comunicativa*. Madrid: Taurus, 1987 [1981]. Pero esto no es esencial aquí. Para una crítica vea, BOLAÑO, César. *Industria cultural, información y capitalismo*, op. cit.

izquierda aún no se haya dado cuenta adecuadamente, en toda su profundidad, del problema, lo que explica, al menos en parte, la dificultad en entender la transformación cultural en curso en este momento, o el aspecto cultural del derrocamiento del bloque soviético, o aún, simétricamente, el éxito del modelo chino, entre otros temas. Superar esa limitación pasa por recobrar aquel tipo de pensamiento, como el de Furtado, capaz de vincular la crítica de la economía política a la crítica de la cultura y de la comunicación.

El aspecto más evidente del nuevo sistema de cultura que sedimenta la hegemonía global de Estados Unidos es la prominencia de la producción de contenido ficcional por parte de la Industria Cultural, como sistema organizado de control social al servicio del capital monopolista y de Estado. Es ese contenido ficcional, aparentemente inofensivo, que sustituye la ficción de aquella esfera pública libre, crítica y tendencialmente universal, del siglo XIX, la cual permanece, no obstante, hoy, como forma puramente cínica para legitimar una libertad de expresión que depende, para su ejercicio efectivo y consecuente, de la propiedad del capital cultural productor de plusvalía.

La estructura típica de la esfera pública del siglo XIX tiene en los periódicos políticos, como apunta Habermas, el principal vehículo de una actividad comunicativa que se ejerce en los salones, teatros, cafés, en la metrópoli, estructura que se reproduce en las colonias, estableciéndose aún, especialmente a través de las agencias de noticias metropolitanas, una interacción entre ellas de tipo centro-periferia. En el siglo XX, ese sistema centrado en la prensa se modifica y se subordina al sistema mayor de la Industria Cultural que se articula, a su vez, en dos niveles. En el nivel nacional, queda establecida la soberanía del Estado sobre su territorio, tanto en el campo paradigmático de las telecomunicaciones, como en la radio y en la televisión de masas. La organización típica de esos sectores oscila entre el monopolio estatal (o privado reglamentado en las telecomunicaciones norteamericanas) y el oligopolio (concentrado), siempre bajo control nacional. En las áreas del cine y de la música,

se constituye un oligopolio global fuerte y crecientemente dominado por Hollywood y por la gran industria fonográfica norteamericana.

Así, el sistema de legitimación se articula internacionalmente, asociando – en los marcos de una unificación cultural desde el centro que no se agota en el nivel de la cultura material, sino que avanza sobre la cultura espiritual – intereses hegemónicos internos y externos, de acuerdo con una bien definida jerarquía, la cual refleja no solo la estructura económica del poder global, sino también la dependencia cultural, en los términos de Furtado, aquí adoptados. Es importante enfatizar, por otro lado, que la autonomía conferida al Estado nacional y a la gran empresa nacional (estatal o privada) de los sectores de la comunicación y de las telecomunicaciones en el interior de esa estructura internacional de división del poder, en los marcos de la Guerra Fría, está limitada también, en todos los niveles, por tratarse de la implantación de una “forma cultural” (Williams, 2000) específicamente capitalista y adecuada al modo de regulación propio del momento histórico.

La gran prensa es obviamente parte integrante y fundamental de la Industria Cultural, estructurada también como poder organizado a nivel internacional, como evidencian no solo las alianzas, asociaciones, los premios, sino también las estrategias de cobertura de los grandes eventos internacionales, las identidades en la interpretación de los hechos históricos, en las líneas editoriales, como se podrá notar claramente en la lectura que los grandes periódicos del norte al sur de América, salvo excepciones, han hecho de cada movimiento particular y de cada personaje de la historia latinoamericana y mundial en las últimas décadas, para no ir más lejos.

Los grados de libertad del que pueda disfrutar el periodista individual o cualquier otro trabajador individual, son evidentemente despreciables, considerada así la Industria Cultural en su totalidad y como parte esencial de la estructura global del capitalismo monopolista. Si cerramos más el foco, considerando las diferentes industrias culturales y de la comunicación en los diferentes espacios

en los que se presentan, será mucho más la complejidad encontrada, pues se trata precisamente de un sistema de mercado en el que empresas individuales en competencia se regulan por estrategias de comunicación específicas buscando fidelizar partes determinadas del público con el objetivo de producir mercancías-audiencia (Bolaño, 2013), diferenciadas, que serán negociadas en el mercado intercapitalista, donde se encuentran medios de comunicación, agencias de publicidad, anunciantes y otros agentes.

Para comprender adecuadamente la relación entre las determinaciones de orden macro y microeconómica en el campo de la producción cultural y comunicativa se debe evadir el reduccionismo metodológico, centrando el estudio, en lo que se refiere al nivel micro, en las estructuras oligopolistas que caracterizan prácticamente a todos los mercados culturales. Es claro que se debe considerar también la existencia de empresas estatales, como en el caso paradigmático de las televisiones europeas, pero eso no cambia el fondo de la cuestión. Enseguida volveré brevemente al tema, analizando el ejemplo brasileño. Otro elemento importante de la estructura de los sistemas de comunicación es el de los medios comunitarios, populares, alternativos que, en general, no pueden ser incluidos en el concepto de industria. Se trata de un sector fundamental para la construcción de una comunicación contra hegemónica, para lo que sería preciso superar su “carácter artesanal”, en el sentido de Lenin.

## Industria cultural y las industrias culturales en el siglo XX: el caso de la TV brasileña

La industria cultural brasileña en su definición más general, de forma específica de la producción cultural en el capitalismo monopolista, solo se establece al final de los años 1960, con la oligopolización del mercado de televisión. Hasta entonces, lo que había era un conjunto de mercados locales con características competitivas –todavía limitadas por la barrera de la concesión de frecuencia por el Estado, lo que reducía el número de participantes–, dominado por capitales tradicionales, pequeños, no integrados a nivel nacional, incluso en el caso del principal de ellos, el conglomerado de Assis Chateaubriand (Bolaño, 2013). Ese mercado competitivo de televisión, inaugurado en 1950, fue heredero de la llamada “era de la radio”, que presidió todo el período de la industrialización brasileña, desde la Revolución de 1930 hasta la implantación de la industria pesada en la segunda mitad de los años 1950.

La radio y aquella televisión competitiva de las décadas del 50 y 60 del siglo pasado representan la cultura de masas que, desde el punto de vista de la clase trabajadora, sustituirá aquella forma cultural autónoma del primer proletariado nacional, formado esencialmente por trabajadores pobres importados de Europa, de fuerte tradición de lucha, especialmente anarquistas. Un proletariado combativo, aguerrido, pero extremadamente reducido,



comparado con la gran masa trabajadora marginada, recién salida de la esclavitud. La industrialización que sigue a la crisis de 1929 y a la Revolución, transformará radicalmente la composición obrera, al nutrirse, básicamente, de los flujos migratorios internos del Nordeste de Brasil, especialmente, en dirección a Sao Paulo y, en el campo cultural de forma intensa, a la capital, Río de Janeiro, formando la base social del populismo que comandará la política brasileña, con su políticas desarrollistas hasta el golpe militar de 1964.

Con esas masas de migrantes que formarán la nueva clase obrera nacional, vienen también los cantores populares, los compositores, los humoristas, la clase artística popular brasileña que la radio incorpora, definiendo estilos, géneros y formatos que la televisión heredará. Se constituye, así, una masa de trabajo creativo, sirviendo a un capital cultural aún poco desarrollado, no propiamente artesanal, sino, si queremos seguir de alguna forma con la metáfora propuesta por Genro, digamos manufacturero. La industrialización vendrá enseguida. En todo caso, es en ese momento precisamente que el divorcio entre élite y pueblo del que hablaba Furtado cede lugar a la construcción de una cultura nacional popular que constituye la base de la hegemonía de la burguesía nacional y del Estado populista. Es así que las artes populares antes perseguidas o ignoradas por las élites – de la samba a la capoeira, del forró al fútbol, de la música campesina y toda la gama de estilos que poblaban los populares programas de auditorio al cine de Mazaropi, de Oscarito, de Grande Otelo – pasan a ser valoradas y llegan a constituir una nueva cultura popular, industrializada y masiva, radicalmente distinta de la cultura obrera de las primeras décadas del siglo XX.

La cuestión cultural, en esas condiciones, presenta la marca de la divergencia que separaba dos proyectos nacionales de desarrollo bien marcados: el de las reformas de base, que en el plano de la cultura se presentaba en los Centros Populares de Cultura de la Unión Nacional de los Estudiantes, o en la pedagogía crítica de Paulo Freire, o en el teatro del Oprimido de Augusto Boal y el de la modernización conservadora, que se implanta con el golpe militar

de 1964. A más de cincuenta años transcurridos, se puede afirmar, sin duda, que el proyecto cultural del régimen militar fue ampliamente victorioso. La construcción de un oligopolio televisivo moderno, bajo el mando de un capital identificado con el régimen, que participara del llamamiento al golpe, aliado al capital norteamericano más avanzado en términos de técnicas productivas y gerenciales, era parte esencial de ese proyecto.

Ese capital es el grupo Globo y su entrada en el mercado de televisión en 1965 vendrá a promover un cambio profundo en el sistema, en la medida en que, con el respaldo del gobierno y del capital extranjero, tendrá todas las condiciones objetivas para colocarse a la vanguardia del mercado, rompiendo las frágiles barreras de entrada de sus competidores ya instalados, para convertirse en el gran beneficiario del proceso de oligopolización del sector, al construir una sólida red nacional en el estilo del *broadcasting* norteamericano, atemperado por la incorporación de los productores culturales y del debate cultural brasileño del período anterior, a punto de desarrollar una mercancía cultural que disfrutó de condiciones de competitividad internacional sin precedentes, lo cual fue facilitado por el hecho de que los costos de producción fueron totalmente amortizados, con excedentes, en el mercado interno. La construcción de la red nacional bajo total hegemonía de la Globo ocurrirá a lo largo de los años 1970, dando paso a la reconfiguración de los hábitos y gustos de la audiencia.

Así, sobre la infraestructura material de las telecomunicaciones estatizadas y fuertemente modernizadas por el régimen militar, garantizando la integración del mercado nacional, se desarrolla un sistema nacional de producción simbólica organizado en la forma de un oligopolio fuertemente concentrado, bajo el liderazgo de la Globo, que le dará una obvia capacidad de *lobby* y de manipulación.

Un elemento crucial de esa estructura es el sistema de afiliaciones. De acuerdo con la ley brasileña, la Globo tiene solo cinco concesiones, en los principales mercados estatales del país. Para alcanzar todos los demás estados, ofrecerá contratos de

afiliación para los concesionarios locales en los que éstos se libran prácticamente de la necesidad de mantener una programación, por el contrario, prácticamente todo viene obligatoriamente de la matriz, salvo básicamente el noticiero local necesariamente adaptado al formato definido por la red. Lo importante es que, aunque la ley no lo permita, esos afiliados no dejan de ser grandes caciques políticos de cada estado, de modo que se constituye una red nacional de grandes oligarcas, con intereses económicos y políticos comunes.

Es interesante registrar que, no obstante las alianzas que el Partido de los Trabajadores hará, a lo largo de sus 13 años de gobierno, con varios de esos caciques políticos locales,<sup>5</sup> esa estructura político-

<sup>5</sup> Ya fue dicho anteriormente que no es mi objetivo aquí hacer una evaluación de las diferentes experiencias nacionales, sino solo presentar un conjunto de elementos de orden histórico y teórico referentes al tema de la comunicación y de la cultura que deberían ser tenidos en consideración en la realización de esa tarea colectiva del pensamiento crítico latinoamericano. Realizo, no obstante, breves consideraciones sobre los gobiernos del PT, ya que el caso brasileño está siendo tomado como ilustración. Lo fundamental es que el modelo de acumulación no sufrió ninguna gran inflexión, como se esperaba, con la llegada de la centro-izquierda al poder. Se pudo incluso observar nuevas derrotas impuestas a la clase trabajadora, como en el caso de la reforma constitucional de 2003 (Gobierno de Lula), que perpetúa el mal predestinado “factor pensionario”, creado en el Gobierno de Cardoso, instituyendo la regla por la cual los jubilados van perdiendo poder adquisitivo a lo largo del tiempo. La reforma fue reglamentada en ley en 2013 (Gobierno de Dilma) y significa, entre otras cosas, el fin de la jubilación integral, que aún existía para los servidores públicos, quiénes, desde entonces, si quieren preservar su poder adquisitivo después de la jubilación, serán obligados a pagar un fondo privado (FUNPRESP), en beneficio, evidentemente, de la lógica especulativa del gran capital financiero. En verdad, desde la “carta a los brasileños”, que allanó el camino de Lula da Silva para la victoria en las elecciones presidenciales de 2002, un acuerdo de gobernabilidad fue establecido en relación con las líneas de fuerza de la política macroeconómica – conocida como el “trípode neoliberal”, que incluye cambio fluctuante, metas de inflación y superávit primario – a que las políticas sociales de “inclusión” deberían subordinarse. Así, las diferencias entre la política económica de los gobiernos del PT y del PSDB fueron, en gran medida, cosméticas y sujetas a los altos y bajos de la coyuntura internacional. Con el cambio de señal de esta última, durante el Gobierno de Dilma, aún fue posible, bajo la batuta del Ministro Guido Mantega, aplicar una política anti cíclica, manteniendo los altos niveles de empleo del período anterior, pero al final del primer mandato el pacto neoliberal cobra el retorno a una ortodoxia más estricta y, en el segundo mandato, Dilma “capitula”, en las palabras de BELLUZZO, Luis Gonzaga. *A regra da economia de hoje é ‘o povo que se lixe’ Entrevista a Anna Beatriz*

empresarial bajo el mando de la Globo nunca fue estremecida. Otras empresas del sector reproducen más o menos la misma estructura de red nacional. Más: el conjunto es regulado por el Ministerio de la Comunicación. No se considera parte de la política cultural, que se queda restringida en otro ministerio. Además: el conjunto de los mercados culturales y de la comunicación se presentan altamente concentrados y las estrategias de competencia y cooperación intercapitalista se dan entre un número extremadamente reducido de grandes empresas.

No cabe avanzar más aquí en el análisis del caso brasileño.<sup>6</sup> Basta decir, para concluir este punto, que se trata, hasta aquí, de un caso nacional ejemplar ligado a la estructura del sistema global de comunicación y cultura típica de la segunda mitad del siglo XX, la cual se encuentra hoy en plena transición, como se verá adelante. En todo caso, vale relacionar los principales factores de cambio con que se enfrentan los principales agentes del mercado brasileño de televisión, en particular la líder, *Red Globo de Televisión*, debilitando sus barreras de entrada:

*Anjos e Glauco Faria*. En: <http://www.revistaforum.com.br/blog/2015/01/belluzzo-regra-da-economia-de-hoje-e-o-povo-que-se-lixo/> Acceso el 2 de febrero de 2015. Había promesas, en esas condiciones, de mantenimiento, en el segundo gobierno Rousseff, de las políticas sociales, incluso la buena política de aumentos reales del salario mínimo, así como las políticas asistenciales, pero la presidenta, el día siguiente a su reelección, pasó a adoptar una política de ajuste recesivo aún más restrictiva, como proponían sus adversarios derrotados, que llevaría al profundizamiento de la crisis y a su *impeachment* en 2016.

<sup>6</sup> Además de BOLAÑO, César. *Mercado brasileño de televisión*, op. cit., que tiene una segunda edición ampliada, por la editora EDUC, de Sao Paulo, 2004, vea BOLAÑO, César. *Qual a lógica das políticas de comunicação no Brasil?* São Paulo: Paulus, 2007. Vea también BRITTOS, Valério; BOLAÑO, César (orgs.). *Rede Globo: 40 anos de poder e hegemonia*. São Paulo: Paulus, 2005, que tiene también una segunda edición de 2015 (São Paulo: Barão de Itararé), con un capítulo introductorio de actualización. Sobre las políticas de Comunicación en los gobiernos del PT, vea RAMOS, Murilo César. *Hechizo del tiempo: el tímido legado de Lula y Dilma en la comunicación*. En: BIZBERGE, Ana; GOLDSTEIN, Ariel. *Medios y gobiernos latinoamericanos en el S. XXI: las tensiones de una compleja relación*, op. cit, p. 111-128.

1. La reestructuración capitalista de que se hablará enseguida produce un cambio estructural de gran magnitud en las condiciones de la producción cultural, con el desarrollo de las tecnologías de la información y de la comunicación y el surgimiento y expansión de internet, con impactos profundos en cada uno de los sectores del audiovisual.
2. La entrada, en particular, de nuevos y poderosos actores económicos, como los operadores de telecomunicaciones, establecidos en el mercado brasileño, por ejemplo, con la privatización de los años 1990, interesados en la explotación de los mercados convergentes, como la TV segmentada e internet, complica la situación de los radiodifusores tradicionales.
3. Otros actores internacionales adquieren capacidad de competir en el ámbito nacional por las facilidades que la integración de las redes telemáticas ofrece. La principal consecuencia es la internacionalización cultural que supera la vieja división del trabajo citada en el apartado anterior. Así, por ejemplo, el formato telenovela, tan importante en las estrategias de fidelización de público de la TV latinoamericana, se presenta hoy visiblemente decadente en relación con las victoriosas series norteamericanas y otras o a los video-juegos.
4. Con esto, los hábitos de recepción cambian radicalmente. Es todo un nuevo sistema global de cultura que se implanta, dejando atrás el ambiente conocido de la Industria Cultural del siglo pasado.
5. Todos esos cambios exigen de la empresa líder, en el caso brasileño, inversiones crecientes para mantener la hegemonía en los viejos y nuevos mercados que se abren – en la TV segmentada primero, en internet después y, en este caso, en una multiplicidad creciente de mecanismos, productos, algoritmos – para hacer frente a competidores mejor adaptados ya a esos espacios. La tendencia, más allá de los importantes problemas de orden financiero, ha sido, en el caso brasileño, de reducción de la inversión en el *broadcasting* tradicional, que se homogeniza,

reducción de las barreras internas de entrada, con lo que se amplía la competitividad de las empresas aquí instaladas.<sup>7</sup>

Como se ve, la consideración del caso brasileño, remite a una serie de cuestiones fundamentales para el análisis del momento actual, pero no pretendo aquí replicarla, como apunté de inicio, en el análisis de las especificidades de otros casos nacionales latinoamericanos, los cuales presentan, de un modo general, estructura semejante en sus mercados culturales y de la comunicación: oligopolios concentrados, con importante capacidad de *lobby* de las grandes empresas de radiodifusión, control por grupos oligárquicos con intereses políticos y económicos y capacidad importante de acción sobre las políticas públicas y, por otro lado, avance de la penetración extranjera, sea en lo concerniente a la entrada efectiva de capitales por la vía de la privatización de las telecomunicaciones, sea por el aumento de la competitividad de la producción cultural externa en el mercado nacional, dada la capacidad – enormemente elevada por la implantación de la red de redes de la forma en la que ocurrió – de *bypass* de los sistemas nacionales de regulación etc.

<sup>7</sup> Vea la introducción a la segunda edición de Brittos, Valério; Bolaño, César (orgs.). *Rede Globo: 40 anos de poder e hegemonia*, citado en la nota anterior.



## Colonización del tiempo libre, trabajo cultural y hegemonía

Es conveniente retomar ahora la discusión sobre la Industria Cultural a partir del concepto de tiempo libre, que Marx presenta en los *Manuscritos* de 1861-63, en los siguientes términos:

El tiempo libre del lado de las partes de la sociedad que no trabajan estriba en el plus-trabajo o trabajo extraordinario, en el tiempo de plus-trabajo de las partes que trabajan, el libre desarrollo de un lado se fundamenta en el hecho de que los trabajadores han de utilizar todo su tiempo, por tanto, el espacio de su desarrollo en la mera producción de valores de uso; el desarrollo de las facultades humanas de un lado se basa en los límites en los cuales es mantenido el desarrollo del otro lado. En ese antagonismo se basa toda civilización y desarrollo social hasta aquí. (Marx, 2010)

Esto porque aquellos que no trabajan usan su tiempo libre “sea para el ocio, sea para el ejercicio de actividades no productivas de inmediato (como, por ejemplo, la guerra, el servicio público), sea para el desarrollo de facultades humanas y experiencias sociales (arte, etc., ciencia) que no persiguen alguna finalidad práctica inmediata” (Marx, 2010). En una frase: “la sociedad se desarrolla por medio de la falta de desarrollo de la masa trabajadora que, al contrario, constituye su base material” (Marx, 2010). Así, toda la superestructura de la sociedad, en las palabras del autor, depende de la extracción del trabajo excedente de la clase trabajadora, la cual ve entorpecido el desarrollo de sus capacidades intelectuales y otras



no ligadas directamente al proceso de trabajo, que se tornan atributos de las clases que no trabajan. Así:

el desarrollo humano pleno, en la medida que va más allá del desarrollo inmediatamente necesario a la existencia natural humana, consiste simplemente en la apropiación de ese tiempo libre y lo presupone como base necesaria. El tiempo libre de la sociedad es así producido por medio de la producción de tiempo no libre (...) del trabajador prolongado más allá del tiempo de trabajo exigido para su propia subsistencia. (Marx, 2010)

En fin, “el tiempo libre de algunos corresponde al tiempo de esclavitud de otros” (Marx, 2010). Esta es una determinación general, característica de toda sociedad de clases.<sup>8</sup>

El modo de producción capitalista, según Marx, en la medida en que “fuerza al trabajador a trabajar más allá del tiempo de trabajo necesario (...), el capital, como relación de dominación del trabajo pasado sobre el trabajo vivo (...), genera cultura; ejerce una función histórico-social”.<sup>9</sup> Así, la fuerza coercitiva del capital lo torna factor de progreso a costa de la clase trabajadora. La preocupación de Marx es mostrar que, al contrario de lo que piensan los economistas, esto no es natural.<sup>10</sup>

Hasta el advenimiento del capitalismo, el trabajo es cosa propia de las clases bajas, de los esclavos, siervos, obreros. Solo el capitalista mercantil se interesa por el control directo de los negocios, mientras

<sup>8</sup> Podríamos volver una vez más a Furtado y el concepto de excedente, importante tanto para la economía clásica y marxista, como para la antropología, en la construcción de una taxonomía de los diferentes modos de producción. Vea al respecto Bolaño, César. *O conceito de cultura em Celso Furtado*, op. cit., capítulo 2.

<sup>9</sup> Idem, p. 213. También en los *Grundrisse* Marx se refiere al tema y de forma mucho más esclarecedora en el siguiente fragmento: “como todo tiempo libre es tiempo para el desarrollo libre, el capitalista usurpa el tiempo libre que los obreros crean para la sociedad, vale decir, la civilización y Wade tiene razón una vez más, en este sentido, cuando afirma que capital = civilización” (Marx, Karl. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (Grundrisse) – 1857-1858. México: Siglo XXI, 1980 (11ª edición) [1953], vol. II, p. 147).

<sup>10</sup> Idem, p. 224 y sgtes.

los sectores dominantes de la sociedad feudal, por ejemplo, solo se interesaban en recoger los frutos del trabajo ajeno bajo la forma de tributo, sin inmiscuirse en los procesos productivos. Claro que toda una clase intermediaria de intelectuales, administradores, científicos, que reciben la función de realizar el trabajo intelectual, de coordinación, burocrático, es necesaria para el control social y la efectiva explotación de las clases trabajadoras. El capitalista industrial hereda, a su vez, aquella ansia por el lucro del capitalista comercial, pasando a actuar directamente en el proceso productivo, transformando los procesos de trabajo en procesos de valorización del capital bajo su control. La ideología propia del capitalista industrial es definida por Furtado en los siguientes términos:

A diferencia de aquéllos que legitimaban la apropiación de parte del excedente con la propiedad de la tierra o con el aventurerismo en tierras ajenas, el empresario industrial tiende a formar de sí mismo una imagen de 'creador de progreso'. Gracias a él nuevas oportunidades de empleo están siendo creadas y nuevas formas de ascensión social tienden a surgir. (Furtado, 1983)

A esto él dedica sus energías. Como dijo Marx en los *Manuscritos* de 1844, "es cierto que también el capitalista industrial disfruta. No retorna, ni mucho menos, a la simplicidad antinatural de la necesidad, pero su disfrute es algo puramente secundario.

La diversión se supedita, aquí, a la producción y el disfrute es calculado y, por tanto, por sí mismo económico" (Marx, 1962). Hay, en todo caso, una valorización del trabajo por el capital, fruto tal vez de la expansión de la ética protestante, como explica Weber en trabajo clásico,<sup>11</sup> pero se trata de una valorización paradójica, pues

<sup>11</sup> Weber, Max. *A ética protestante e o espírito do capitalismo*. Sao Paulo: Pionera, 1996 (11ª edición) [1947]. Además, el propio Marx se referirá ya a la cuestión, por ejemplo, en los *Grundrisse*, al recordar que "el culto del dinero tiene su ascetismo, sus renunciaciones, sus sacrificios: la frugalidad y la parsimonia, el desaire por los placeres mundanos, temporales y fugaces, la búsqueda del tesoro eterno. De aquí deriva la conexión del puritanismo inglés o también del protestantismo holandés con la tendencia a acumular dinero (Marx, Karl. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía*

está basada en la expropiación de las condiciones de trabajo, de la tierra, de los instrumentos artesanales y de todas las condiciones que podrían permitir la subsistencia del trabajador sin vender su propia fuerza de trabajo como mercancía. Para él, el trabajo se vuelve una carga, en la medida en que todas aquellas condiciones se le enfrentan como condiciones externas, pertenecientes al capital, redundando en extrañamiento y alienación.

Ricardo Musse apunta que “diferente de la comprensión resignada de Max Weber, el marxismo se constituyó como una crítica de la sociedad del trabajo”. Sin embargo, afirma, la mayor parte de los teóricos de la Segunda Internacional comprendió el capítulo VIII del libro primero de *El Capital* – en que Marx “concentra y ejemplifica la lucha de clases en el capitalismo como un conflicto en torno a la jornada de trabajo” – como una nueva versión de la constitución del proletariado, a diferencia del *Manifiesto Comunista*,

*política (Grundrisse)* – 1857-1858. México: Siglo XXI, 1980 (11ª edición) [1953], vol. I, p. 168). Antes, en los *Manuscritos* de 1844, el autor, hablando sobre el fundador de la Economía Política clásica, afirma: “esta economía política ilustrada, que descubrió – dentro de la propiedad privada – la esencia subjetiva de la riqueza, necesariamente tiene, por tanto, que considerar como adoradores de fetiches, como católicos, a los partidarios del sistema monetario y mercantil, para quien la propiedad privada es solamente, para el hombre, una esencia objetiva. De allí que Engels llame a Adam Smith, con toda razón, el Lutero de la economía política” (Marx, Carlos. *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, op. cit., p. 77-78). Marx ciertamente se refiere al trabajo de Engels publicado en los *Anales Franco-Alemanes*, que, razonando en el mismo sentido, usa una frase de impacto al afirmar que, en Smith, “la franqueza católica dejó lugar a la hipocresía protestante” (Engels, Federico. *Esbozo de una crítica de la economía política*. En: Marx, Carlos; Engels, Federico. *Escritos económicos varios*. México: Grijalbo, 1962 [1844], op. cit., p. 7). También en los *Manuscritos* de 1844, Marx, recuerda que la Economía Política es, al mismo tiempo, la ciencia de la riqueza y de la abstinencia, la cual, “a pesar de su apariencia voluptuosa”, estimulando el ahorro de los trabajadores, el “esclavo asceta” etc., es “una ciencia realmente moral, la más moral de las ciencias” (op. cit., p. 93). No se trata aquí de avanzar en la crítica de la religión, volviendo a Feuerbach y al debate de los jóvenes hegelianos, sino solo de reconocer, con estas breves referencias, con Hobsbawn, que “como es reconocido por los críticos más capaces del marxismo (...) las teorías sociológicas de Max Weber sobre religión y capitalismo (...) no son alternativas a Marx. Fueron o anticipadas por él o pueden ser fácilmente encajadas en sus esquemas” (Hobsbawn, Eric. *Introducción a Marx, Karl. Formações econômicas pré-capitalistas*. Sao Paulo: Paz e Terra, 1986 [1964], p. 21).

“que no desemboca en la acción revolucionaria. Ese juicio permitió que Marx fuese presentado como defensor de un programa político cuyo objetivo primordial consiste en la reducción de la jornada de trabajo” (Musse, 2016).<sup>12</sup>

Así, en varios pasajes de *El Capital*, el tiempo libre es presentado “como precondition indispensable al fortalecimiento material e intelectual de los trabajadores” (Musse, 2016) y sabemos que la evolución del capitalismo llevó, a partir de un determinado momento, como consecuencia de la capacidad de presión de la clase trabajadora, a sucesivas reducciones de la jornada de trabajo y, con eso, a la conquista del tiempo libre. Según Musse, no hay dudas de que Marx consideraba la lucha por el tiempo libre

solo como la primera batalla en la marcha en dirección a una transición para el socialismo. Esa convicción, sin embargo, no impidió que los sindicatos y, con ellos, los partidos de masas de la socialdemocracia transformasen la bandera de la reducción de la jornada de trabajo, siguiendo el mote de Bernstein, de medio en meta principal de la lucha por la emancipación del proletariado (Musse, 2016).

Ahora, la Industria Cultural representa la colonización de ese tiempo libre por el capital. El análisis pionero de esa problemática compete a la Escuela de Frankfurt. Musse, en el texto citado, sigue considerando algunas contribuciones importantes de Adorno al respecto, mas, para nosotros, esto es suficiente. Lo importante es que el siglo XX trae consigo un cambio profundo en el orden social, fruto del propio desarrollo capitalista. Las tendencias a la concentración y centralización, inherentes a la lógica de la acumulación del capital, estudiada por Marx en su obra mayor, alcanzan un nuevo nivel (la

<sup>12</sup> Musse, Ricardo. *A administração do tempo livre*. En: *Lua Nova*, Sao Paulo, 99:107-134, 2016. Dejo al lector el desafío de comparar esta argumentación con la posición de Furtado presentada arriba al respecto de los ludistas y de la autonomía de la clase obrera como elemento fundamental a ser considerado por el pensamiento marxista. ¿Cómo compatibilizar esa perspectiva con el carácter esencialmente reformista del pensamiento de Furtado? Queda la pregunta.

cantidad se transforma en calidad) en la transición del siglo, con la expansión de la gran empresa, de la sociedad por acciones, del capital financiero.

La Industria Cultural es la estructura de mediación entre los poderes del Estado y del capital y las amplias masas de la población mundial. Para cumplir sus funciones sistémicas de vehículo de la publicidad y de la propaganda, debe responder también a necesidades de reproducción simbólica del mundo de la vida, con lo que se alteran las condiciones de construcción de la hegemonía y de legitimación del sistema de dominación y de control social, que pasan por la subsunción del trabajo cultural (Bolaño, 2000), como fue ejemplificado arriba en el caso del trabajo periodístico. Se evidencia, así, el carácter doblemente contradictorio del capitalismo, oponiendo capital y trabajo; economía y cultura (Bolaño, 2000). El trabajo cultural es quien realiza la mediación social hegemónica al servicio del Estado y del capital, en la medida en que se incorpora a la empresa cultural capitalista. No se trata más, simplemente, del intelectual independiente ni del intelectual orgánico, representando la clase burguesa, sino de una especie de trabajo intelectual subsumido y vinculado a un capital individual en competencia con sus estrategias y alianzas empresariales, sus relaciones privilegiadas con el Estado, como vemos en el caso brasileño, etc.

Son éstos los desafíos con que el pensamiento crítico y la izquierda se enfrentan todavía hoy, con los agravantes a que me referiré adelante. Gramsci sigue siendo una referencia fundamental, pero debe ser interpretado a la luz de los avances que la llamada Economía Política de la Comunicación y de la Cultura realizó en la interpretación del fenómeno de la Industria Cultural y en el análisis de las industrias culturales y de la comunicación específicas, de sus formas de subsunción del trabajo, de los límites a la subsunción, de las jerarquías que los procesos de trabajo y de valorización presentan en esos mercados y de las contradicciones de todo tipo contenidas. La cuestión clave es: ¿otra mediación es posible?

Herbert Marcuse distingue el dilema de la teoría crítica en la “sociedad industrial avanzada”, partiendo de la siguiente constatación:

en sus orígenes, en la primera mitad del siglo XIX, cuando ella elaboró los primeros conceptos de las alternativas, la crítica de la sociedad industrial alcanzó concreción por una mediación histórica entre teoría y práctica, valores y hechos, necesidades y objetivos. Esa mediación histórica ocurrió en la conciencia y en la acción política de las dos grandes clases que se enfrentaron mutuamente en la sociedad: la burguesía y el proletariado. En el mundo capitalista ellas son aún las clases básicas. Mientras, el desarrollo capitalista alteró la estructura y la función de esas dos clases de tal manera que ellas no parecen más ser los agentes de la transformación histórica. Un interés primordial en la preservación y mejoramiento del *estatus quo* une los antiguos antagonistas en las más avanzadas áreas de la sociedad contemporánea. (Marcuse, 1964)

Y continúa:

El hecho de que la amplia mayoría de la población acepte y sea llevada a aceptar esa sociedad no la torna menos irracional y menos reprochable. La distinción entre verdadera y falsa conciencia, intereses reales e inmediatos es aún significativa. Pero esa propia distinción debe ser validada. Los hombres deben llegar a verla y a encontrar el camino de la falsa conciencia para la verdadera, de su interés inmediato para el interés real. Ellos solo pueden hacer eso si sintieran la necesidad de alterar su modo de vida, de negar lo positivo, de desistir. Es precisamente esa necesidad que la sociedad establecida administra para reprimir, en la proporción exacta en que ella es capaz de ‘distribuir bienes’ en una escala cada vez mayor y usar la conquista científica de la naturaleza para la conquista científica del hombre.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Marcuse, Herbert. *O homem unidimensional*, p. 34-35. Esta puede ser definida como la perspectiva marcusiana de lo que vendría a ser llamado “sociedad de control” por Deleuze, en diálogo con Foucault (Deleuze, Giles. *Postscript on the Societies of Control*. En: <http://www.jstor.org/> Traducido del original en francés publicado en Deleuze, Giles. *Pourparles* (1972-1990). París: Ed. de Minuit, 1990). Marcuse contesta a

Esta formulación del mismo problema que venimos tratando al hablar de la problemática de la expansión de la racionalidad instrumental y de la autonomía cultural de la clase trabajadora como modo de escapar de las nuevas formas de control resultantes de la integración social a través del consumo, característica del capitalismo monopolista norteamericano, es importante porque va también, en lo que nos interesa más de cerca de las consideraciones respecto a la Industria Cultural como mecanismo de mediación, extendiéndose, en la perspectiva de la Escuela de Frankfurt, para el nivel más amplio de la crítica de la sociedad tecnológica, situándonos “delante de uno de los más irritantes aspectos de la civilización industrial avanzada: el carácter irracional de su racionalidad”.<sup>14</sup>

las objeciones sobre la eficacia de los controles, según las cuales él estaría sobrestimando el “poder de adoctrinamiento de ‘medios de comunicación de masa’ y (...) que las personas sentirían y satisfarían por sí mismas las necesidades que ahora les son impuestas” (ídem, p. 46), de la siguiente forma: “el pre-condicionamiento no comienza con la producción masiva de las emisoras de radio y televisión y con la centralización de su control. Las personas entran en ese estadio como receptáculos pre-condicionados; la diferencia decisiva está en la nivelación del contraste (el conflicto) entre lo dado y lo posible, entre las necesidades satisfechas y no satisfechas. Aquí, la así llamada nivelación de las clases revela su función ideológica. Si el trabajador y su jefe se divierten con el mismo programa de televisión y visitan los mismos lugares de ocio y descanso, si la dactilógrafa está tan atrayente maquillada como la hija del patrón, si el negro posee un Cadillac, si todos leen el mismo periódico, entonces esa asimilación indica no la desaparición de las clases, sino la extensión en la cual las necesidades y satisfacciones que sirven para la preservación del *establishment* son compartidas por toda la población subyacente” (ídem, p. 46-47).

<sup>14</sup> Idem, p. 47. Si fuese el caso de volver aquí a las políticas de “inclusión” de los gobiernos del Partido de los Trabajadores en Brasil, llamadas neo-desarrollistas por sus defensores, que incluían, por ejemplo, en determinado momento, incentivos fiscales para las multinacionales del sector automovilístico, paradigma de la sociedad industrial y, más, de la vieja estrategia de industrialización por sustitución de importaciones de la década del 50 del siglo pasado, veríamos cuánto ese tipo de consideración crítica fue desatendida. Al final, “¿puede realmente alguien distinguir entre los medios de comunicación de masas como instrumentos de información y entretenimiento y como agentes de manipulación y adoctrinamiento? ¿Entre el auto como incómodo y como conveniencia?” (ídem) Consideraciones de ese tipo remiten para la crítica del desarrollo y para la problemática de los modelos de desarrollo, o sea, para una vieja e importante discusión en el interior del pensamiento crítico latinoamericano. Insisto en que un aspecto central hoy de ese debate es el problema de la autonomía cultural.

Esto es fundamental porque lo que se vive hoy, desde el punto de vista de la comunicación y de la cultura, es un cambio radical de las estructuras de mediación simbólica representadas por la vieja Industria Cultural del siglo XX, nucleadas por la TV de masas a nivel nacional, como vemos, a lo largo de todo el período expansivo de la pos-guerra hasta hoy. Las transformaciones en la economía de internet desde 1995 y sobretodo del proceso redoblado de concentración en la estela de la crisis de las empresas de tecnología del año 2000, operarán en el sentido, como veremos enseguida, de la construcción de una nueva estructura global de mediación que debilita de forma contundente las defensas de los oligopolios nacionales de la radiodifusión y la regulación del campo cultural por parte de los estados nacionales. No se puede, por tanto, entender ese movimiento sin considerar previamente el sentido de la reestructuración productiva iniciada en la década del 70 del siglo pasado.





## Trabajo intelectual, revoluciones industriales y subsunción

Es posible entender las profundas transformaciones en los procesos productivos resultantes de la introducción de un conjunto de tecnologías, algunas descubiertas antes ya de la Segunda Gran Guerra, como es el caso de la televisión misma, otras en función de las necesidades del propio esfuerzo de guerra, consolidando, en Estados Unidos de América, el llamado complejo industrial-militar, que constituye la gran ventaja del país en la coordinación del sistema global de innovaciones, con base en el concepto marxiano de Revolución Industrial. Así, no se trata de buscar simplemente una relación de nuevas técnicas, de *clusters* de innovación. Si bien esto es evidentemente importante, es preciso salir del aspecto puramente material de las fuerzas productivas para entender su eventual impacto en la forma social, en las relaciones de producción y, en este caso, en última instancia, en las transformaciones de los procesos productivos que se traducen en formas renovadas de subsunción del trabajo.

Yo he propuesto una definición de Tercera Revolución Industrial, en esos términos, en diferentes artículos desde la mitad de los años 1990. Algunos serán citados más adelante. Interesa aquí sintetizar solo la problemática, pues es la clave para una adecuada comprensión de las transformaciones de orden sociológico ocurridas a lo largo del siglo pasado, que impactan hondamente la estructura de clases y las condiciones subjetivas para el cambio social. Ese es, en el fondo, el problema del “hombre unidimensional” de Marcuse, arriba

referido. Pero podemos también introducir la cuestión en términos de otro autor fundamental, del mismo período, Michel Foucault, más específicamente, por una interesante entrevista de diciembre de 1976, sobre la función política del intelectual (Foucault, 1984).<sup>15</sup>

Foucault parte de la consideración de un cambio en el papel del intelectual “dicho ‘de izquierda’... [que] se hacía escuchar como representante del universal. Ser intelectual era ser un poco la conciencia de todos”, una idea transpuesta de un “marxismo insustancial: tal como el proletariado por la necesidad de su posición teórica es portador del universal (pero portador inmediato, no reflejo, poco consciente de sí mismo), el intelectual, por su elección moral, teórica y política, quiere ser portador de esa universalidad de la cual el proletariado sería la forma sombría y colectiva” (Foucault, 1984). La transformación, desarrollada a partir de la Segunda Gran Guerra, entonces es propuesta así:

Hace muchos años no se pide más al intelectual para desempeñar ese papel. Un nuevo modo de ‘conexión entre la teoría y la práctica’ se estableció. Los intelectuales se habituaron a trabajar no en el ‘universal’, en el ‘ejemplar’, en el ‘justo y verdadero para todos’, sino en sectores determinados, en puntos necesarios en los cuales eran situados, sea por sus condiciones profesionales de trabajo, sea por sus condiciones de vida (la habitación, el manicomio, el laboratorio, la universidad, las relaciones familiares y sexuales). Ellos ciertamente

<sup>15</sup> Las referencias aquí son una ordenación de fragmentos – hecha por el Politique-Hebdo de 29/11/1976 a 5/12/1976, bajo el título *La función política del intelectual* – de la *Entrevista con Michel Foucault*, publicada en Italia en 1977. En: Foucault, Michel. *Ditos e escritos VIII. Arte, epistemologia e história da medicina*. Rio de Janeiro: Forense Universitaria, 2011, p. 212-219. Debo aclarar que la interpretación de Foucault en lo que sigue representa una posibilidad entre otras. Así, por ejemplo, Lagasnerie, Geoffroy. *A última lição de Michel Foucault*. São Paulo: Três Estrelas, 2013 [2012], extraerá de los mismos fragmentos citados adelante, diferentes conclusiones. Lagasnerie, a lo cual volveré más adelante, está preocupado básicamente con el análisis de Foucault del neoliberalismo, mientras mi interés es aproximar Foucault a Marx, como hace, por ejemplo, Bob Jessop, en el área de la teoría del Estado, en una perspectiva apoyada especialmente en Poulantzas (Jessop, Bob. *Nicos Poulantzas. Marxist theory and political strategy*. London: MacronBooks, 1984).

ganaron una conciencia mucho más concreta e inmediata de las luchas. Y allí encontraron problemas específicos, ‘no universales’, con frecuencia diferentes de aquéllos del proletariado y de las masas. Sin embargo, pienso que ellos se re-aproximaron realmente por dos razones: por tratarse de luchas reales, materiales, cotidianas, y porque ellos reencuentran frecuentemente, además de otra forma, el mismo adversario que el proletariado, el campesinado o las masas, a saber, las multinacionales, el aparato judicial y policial, la especulación inmobiliaria etc. Yo lo llamaría intelectual ‘específico’, en oposición al intelectual ‘universal’ (Foucault, 1984).<sup>16</sup>

Según el autor, la posición de ese intelectual específico debe ser reelaborada, ya que su responsabilidad social, “como científico atómico, genetista, profesional de informática, farmacología etc.” prospera, “quiera él o no”. Lo contrario “sería descalificarlo por su relación específica con un saber particular, bajo el pretexto de que se trata de una cuestión de especialistas que no interesaría a las masas (...), o porque sirve a los intereses del capital y del Estado (...), o aún por defender una ideología científicista” (Foucault, 1984). En verdad, las masas están implicadas en el proceso y tienen en general

<sup>16</sup> Idem, p. 213-214. Así, la politización opera en base a la actividad particular de cada uno y el escritor tiende a perder el papel de figura de proa, apareciendo el maestro y la universidad “no como elementos principales sino como ‘conectivos (*échangeurs*)’, puntos de cruzamientos privilegiados”, tornando la Universidad y la enseñanza regiones “ultrasensibles”. Así, la crisis de la Universidad no debe ser interpretada “como pérdida de potencia, sino al contrario, como multiplicación y refuerzo de sus efectos de poder, en medio de un conjunto multiforme de intelectuales que, prácticamente todos, pasan por ella y a ella se refieren” (ídem, p. 214). “El intelectual ‘específico’ deriva de una figura completamente diferente, no más el ‘jurista notable’, sino el ‘sabio-experto’” (ídem, p. 215). El autor se refiere a la figura del físico-atómico, citando específicamente el nombre de Oppenheimer, como “quien hizo la articulación entre el intelectual universal y el intelectual específico” (ídem), pues, ya que la amenaza atómica concernía a todo el género humano y al destino del mundo, su discurso podía ser al mismo tiempo el discurso universal. Bajo el abrigo de esa protesta que concernía a todo el mundo, el erudito atómico hizo funcionar su posición específica en el orden del saber” (ídem, p. 214-215). Lo más interesante viene a continuación: “por primera vez, pienso yo, el intelectual fue perseguido por el poder político no en función del discurso general que sostenía, sino debido al saber del cual era detentor: fue en ese nivel que él constituyó un peligro político” (ídem. 215).

conciencia de eso, mientras la difusión del discurso cientificista es un aspecto secundario en relación con el aspecto primordial, que es el hecho de que “la verdad no está fuera del poder ni sin poder”. Finalmente, aunque sea cierto que el conocimiento científico sirva a los poderes constituidos, eso “muestra al mismo tiempo el lugar estratégico ocupado por él” (Foucault, 1984). Foucault retoma, para explicar, una importante categoría, la de “régimen de verdad”:

La verdad es de este mundo: ella es producida gracias a múltiples imposiciones. Y ella aquí detiene efectos regulados de poder. Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su ‘política general’ de verdad, o sea, los tipos de discurso acogidos por ella, los cuales hace funcionar como verdaderos; los mecanismos y las instancias que permiten distinguir los enunciados verdaderos o falsos, la manera como se sancionan unos y otros; las técnicas y los procedimientos que son valorados para lograr la verdad; el *estatus* de los que tienen la tarea de decir lo que funciona como verdad. (Foucault, 1984)

Esto no es útil para justificar algún relativismo, sino para mostrar, al contrario, que existe una lógica de poder y reconocimiento que subsume la producción intelectual, confiriendo a sus productores una determinada posición en la jerarquía social, que no se da sin reflejar las contradicciones esenciales de la sociedad.<sup>17</sup> Lo fundamental es que, para el autor, el intelectual hoy no debe ser considerado como portador de verdades universales, sino “alguien que ocupa una posición específica, sin embargo de una especificidad ligada a las

<sup>17</sup> Así, “en sociedades como las nuestras, la ‘economía política’ de la verdad es caracterizada por cinco rasgos históricos importantes: la ‘verdad’ es centrada en la forma del discurso científico y en las instituciones que lo producen; es sometida a una constante incitación económica y política (necesidad de verdad tanto para la producción económica como para el poder político); es objeto, bajo formas diversas, de una inmensa difusión y consumo (ella circula en aparatos de educación o información cuya extensión es relativamente amplia en el cuerpo social, a pesar de algunas limitaciones estrictas); es producida y transmitida bajo el control no exclusivo, sino dominante, de algunos grandes aparatos políticos o económicos (universidad, ejército, escritura, medios); finalmente, es lo que está en juego en todo debate político y enfrentamiento social (luchas ‘ideológicas’)” (ídem, p. 217).

funciones generales del dispositivo de verdad en una sociedad como la nuestra” (Foucault, 1984). Y, para que no queden dudas, sigue:

En otras palabras, el intelectual procede de una triple especificidad: la especificidad de su posición de clase (pequeño burgués al servicio del capitalismo, intelectual ‘orgánico’ del proletariado); la especificidad de sus condiciones de vida y de trabajo, ligadas a su condición de intelectual (su dominio de la investigación, su lugar en un laboratorio, las exigencias económicas o políticas a las cuales él se somete o contra las cuales él se alza, en una universidad, en el hospital etc.); finalmente, la especificidad de la política de verdad en nuestras sociedades. (Foucault, 1984)

Es en el interior de esas contradicciones que el intelectual se mueve en el capitalismo avanzado de nuestros días. Podemos concluir el punto con un largo fragmento, en secuencia con el anterior, donde se pone bien clara la complejidad del problema:

Y es aquí que su especificidad puede tomar una significación general, que el combate local o específico conducido por él puede traer efectos, implicaciones, no solo profesionales o sectoriales. Él funciona o lucha en el nivel general de ese régimen de verdad tan esencial a las estructuras y al funcionamiento de nuestra sociedad. Hay un combate ‘por la verdad’, o por lo menos ‘en torno de la verdad’, dejando claro, una vez más, que por verdad no quiero decir ‘el conjunto de cosas verdaderas que hay que descubrir o hacer aceptar’, sino ‘el conjunto de reglas según las cuales se separa lo verdadero de lo falso y se atan a lo verdadero efectos específicos de poder’; dejando claro también que no se trata de un combate ‘a favor’ de la verdad, sino en torno al *estatus* de la verdad y del papel económico- político desempeñado por ella. Es preciso pensar los problemas políticos de los intelectuales no en términos de ‘ciencia/ideología’, sino, de ‘verdad/poder’. Y, aquí, la cuestión de la profesionalización del intelectual, de la división del trabajo manual/intelectual puede nuevamente ser pensada. (Foucault, 1984)

Es justamente a ese tipo de meditación que volveremos ahora, ajustando el centro del análisis, como sugiere el autor, sobre la problemática de la separación entre trabajo manual e intelectual. En ese sentido, es preciso retomar a Marx y entender el significado de la subsunción del trabajo en el capital para la transformación de los procesos de trabajo en procesos de valorización y la constitución del modo de producción capitalista para, inmediatamente, volver al problema de la subsunción del trabajo intelectual (Bolaño, 2002) y caracterizar la Tercera Revolución Industrial.

Para comenzar es importante enfatizar que “el proceso histórico no es el resultado del capital, sino presupuesto del mismo. A través de ese proceso, el capitalista se inserta como intermediario (histórico) entre la propiedad de la tierra, o entre la propiedad en general, y el trabajo” (Marx, 1980). La explicación dada en los *Manuscritos* de 1861-1863 va en el mismo sentido, exponiendo el concepto de subsunción formal:

el capital, en el inicio de su formación, no solo tomó bajo su control el proceso de trabajo en general (lo subsumió a sí mismo), sino también los procesos particulares de trabajo reales, tal como los encuentra tecnológicamente listos y tal cual se desarrollaron sobre la base de las relaciones de producción no capitalistas. El proceso de producción real – el modo de producción determinado – el capital lo encuentra previamente y, al inicio, solo lo subsume a sí mismo formalmente, sin modificar ninguna cosa en su determinación tecnológica. Solamente en el curso de su desarrollo el capital subsume el proceso de trabajo no solo formalmente, sino lo transforma, reconfigura el modo de producción y, de ese modo, crea para sí el modo de producción que le es propio. (Marx, 2010)

El paso para la subsunción real preserva la determinación formal originaria y “cualquiera que sea siempre su figura modificada (...), [ella] contiene los momentos generales de los procesos de trabajo” (Marx, 2010). La subsunción formal, forma general de la subsunción del trabajo en el capital, “consiste en que el trabajador

como trabajador cae bajo la supervisión (...) del capitalista. El capital comanda trabajo, no en el sentido de que, como dice Adam Smith, la riqueza en general administra el trabajo, sino en el sentido de que el trabajador se encuentra bajo el sometimiento del capitalista”, lo que pasa necesariamente por la forma salario, a través de la cual ocurre efectivamente la subordinación, “pues, en la medida en la que él vendió al capitalista su capacidad de trabajo por tiempo determinado por el salario, debe entonces entrar en el proceso de trabajo como uno de los factores con quienes el capital trabaja (Marx, 2010).<sup>18</sup>

Queda claro entonces que el capital no crea nada de por sí, que encuentra dadas todas las condiciones previas necesarias al desarrollo de su modo de producción, entre las cuales figuran la existencia de la forma mercancía y de la forma dinero generalizadas y la existencia de una clase de trabajadores pobres y libres, obligados a vender su fuerza de trabajo como mercancía a cambio del acceso a medios de subsistencia que se presentan a él como propiedad ajena, así como la tierra y todas las condiciones objetivas de los procesos de trabajo de los cuales fue previamente separado.

Dadas esas condiciones históricas, el capital puede transformar los procesos de trabajo, que encuentra dados, en su forma originaria, en la artesanía, y transformarlos en proceso de valorización. En los capítulos XI a XIII del libro primero de *El Capital*, Marx describe lo que prefiero llamar la “acumulación primitiva del conocimiento” (Bolaño, 2013), enfatizando que el capital productivo es, desde el

<sup>18</sup> Idem, p. 106-107. Dígase de paso que centralidad de la relación salarial en todo el edificio conceptual de Marx descalifica, de por sí, las peripecias intelectuales de autores pretendidamente marxistas del campo de la comunicación, como el propio Dallas-Smythe, fundador de la Economía Política de la Comunicación norteamericana, o Cristian Fuchs, o aún su seguidor brasileño, Marcos Dantas, que ven trabajo explotado en la mera actividad de consumo televisivo, en el primer caso, o de navegación en los sitios de redes sociales, en los otros. Para una crítica a Dallas-Smythe en la perspectiva aquí adoptada, vea Bolaño, César. *Industria cultural, información y capitalismo*, op. cit. Para la crítica a Fuchs en la misma perspectiva, vea Bolaño, César. Vieira, Eloy. *Economía Política del Internet y los sitios de redes sociales*. En: *Television and New Media*, April 2, 2014. <http://tvn.sagepub.com/content/early/2014/04/01/1527476414527137>



principio, poder económico y conocimiento, aunque este no sea producto del propio capital, cuya productividad reside en que

en su aspiración incesante por la forma universal de la riqueza (...) impulsa el trabajo más allá de los límites de su necesidad natural y crea así los elementos materiales para el desarrollo de la riqueza individual, tan multilateral en su producción como en su consumo, y cuyo trabajo, por tanto, tampoco se presenta como trabajo, sino como desarrollo pleno de la actividad misma, en la cual desapareció la necesidad natural en su forma directa, porque una necesidad producida históricamente sustituyó la natural. Por esta razón el capital es productivo; o sea, es una relación esencial para el desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Solo deja de serlo cuando el desarrollo de estas fuerzas productivas encuentra un límite en el capital mismo. (Marx, 1980)

Lo que el capital hace, por tanto, es introducirse como intermediario entre los factores objetivo y subjetivo de los procesos de trabajo, previamente separados, lo que representa un verdadero salto ontológico, al transformar la lógica interna de toda producción social hasta entonces, en otra, promoviendo aquello que Furtado llamaría de transmutación de medios en fines, producción de excedente para producir nuevo excedente, en un movimiento tautológico, diría Marx, de auto valorización del valor, de modo que las potencialidades humanas pasan a desarrollarse de forma exponencial, descontrolada, antagónica y contradictoria.

El período manufacturero, que precede a la Revolución Industrial, es aquél en que la clase trabajadora artesanal es expropiada de su conocimiento, en beneficio de la acumulación capitalista. Realmente, si consideramos que la unidad pragmática entre trabajo manual e intelectual que ocurre en la artesanía no suprime la separación original, en la vieja Grecia, tan magníficamente estudiada por Sohn-Rethel (Sohn-Rethel, 1995), que acabará, siglos después, por originar en Europa, la figura del intelectual profesional, en el siglo XII y de su corporación, la Universidad, en el siglo XIII (Le Goff,

1994), entenderemos que el referido salto ontológico consiste en un doble movimiento de separación, de los aspectos materiales e intelectuales del trabajo artesanal, realizada por el capital industrial, y de reunificación, en su interior, de esos elementos con aquel conocimiento que se desarrollaba fuera de la esfera propiamente productiva y que ya había promovido la Revolución Científica, que es pre-requisito histórico también de la Revolución Industrial.

La cuestión es colocada por Marx en términos de subsunción en el llamado “Capítulo VI Inédito” y desarrollada en todos sus matices a lo largo de los capítulos históricos del libro primero de *El Capital*. La subsunción significa que el trabajo es incorporado al capital como una parte de él (capital variable), a través de la forma salario. La subsunción formal es la forma general de la subsunción. Con la introducción del sistema de máquinas, la subsunción se vuelve también material y, por tanto, real, característica del modo de producción específicamente capitalista.<sup>19</sup>

En la manufactura, cada operación parcial tiene que ser ejecutable manualmente por los obreros, trabajando separados o en grupos, con sus herramientas (...). En la producción mecanizada desaparece ese principio subjetivo de la división del trabajo. En ella, el proceso por entero es examinado objetivamente en sí mismo, en sus fases componentes y el problema de llevar a cabo cada uno de los procesos parciales y de entrelazarlos es resuelto con la aplicación técnica de la mecánica, de la química etc. (Marx, 1980)

<sup>19</sup> “Es por oposición a esta última que denominamos subsunción formal del trabajo en el capital a la subordinación al capital de un modo de trabajo tal como se había desarrollado antes de haber surgido la relación capitalista. La producción capitalista (...) es común a ambas modalidades, sin embargo, el modo de producción específicamente capitalista conoce (...) otras maneras de arrancar plusvalía. Con base en un modo de producción pre-existente (...), por el contrario, solo se puede producir plusvalía recurriendo al prolongamiento del tiempo de trabajo, quiere decir, bajo la forma de la plusvalía absoluta. A esta modalidad, como forma única de producir plusvalía, corresponde, pues, la subsunción formal del trabajo en el capital” (Marx, 1975).

La conclusión del proceso, la Revolución Industrial inglesa, en la segunda mitad del siglo XVIII, constituye el modo de producción capitalista, con sus sistemas de “máquinas-herramienta combinadas que reciben todos sus movimientos de un autómatas central” (Marx, 1975). Pero la expansión de ese sistema productivo a más y más sectores va evidenciando un límite en el hecho de las máquinas ser producidas aún por la artesanía o la manufactura. El salto cualitativo se encuentra en la “producción de máquinas por medio de máquinas”, que marca la eclosión de la Segunda Revolución Industrial:

La industria moderna tuvo entonces que apoderarse de su instrumento característico, la propia máquina, y de producir máquinas por medio de máquinas. Solo así creó ella su base técnica adecuada y se irguió sobre sus propios pies. Con la producción mecanizada creciente de las primeras décadas del siglo XIX, se apoderó la máquina progresivamente de la fabricación de las máquinas-herramienta. Pero solo durante las últimas décadas (que preceden a 1866), la enorme construcción de ferrocarriles y la navegación transatlántica hicieron surgir las máquinas descomunales empleadas en la construcción de los motores. (Marx, 1975).

El aspecto decisivo de todo el proceso es la acumulación primitiva del conocimiento realizada a lo largo del período manufacturero, base para el desarrollo de la máquina-herramienta, elemento del capital constante que materializa el conocimiento extraído previamente de la clase trabajadora, combinado con la incorporación de la ciencia moderna. Todo lo que vendrá después, todo el desarrollo de las fuerzas productivas hasta hoy, está asentado sobre esa base, sobre esa expropiación originaria del conocimiento de la vieja clase trabajadora artesanal y su adecuación, por la acción del trabajo intelectual científico, a las necesidades de la acumulación capitalista.

En los marcos de la Segunda Revolución Industrial, cuyos desdoblamientos demostrarán la superioridad del gran capital norteamericano y acompañarán la construcción de la hegemonía

de Estados Unidos de América, consolidada en la pos- guerra, el capitalismo seguirá su destino expansionista, puntuado por una serie de cambios más o menos espectaculares, importantes para entender la totalidad del proceso, pero que evidentemente no pueden ser tratados en los límites de este texto. Lo único que nos importa es que, al contrario de lo que podrían haber imaginado los fundadores del marxismo, la sociedad capitalista se desarrolló constituyendo una masa de trabajadores asalariados no ligados directamente al suelo de la fábrica, cuyas condiciones de vida no se adecuan a lo que se entendía en el siglo XIX como proletariado, pero tampoco pueden ser definidos como pequeña burguesía. La concepción burguesa los definirá como “nueva clase media” (Mills, 1979), una expresión, además, recurrente, utilizada en diferentes situaciones para explicar lo que la sociología convencional no consigue en el momento en el que el fenómeno se presenta.<sup>20</sup>

Marcuse, por su parte, hace un breve, pero magnífico análisis del fenómeno de los cuadros ejecutivos y gerenciales – citando además a Perroux, al hablar en la esclavitud moderna del proletariado, “pues la esclavitud es determinada ‘no por la obediencia, ni por la dureza del trabajo, sino por el estatuto de instrumento y la reducción del hombre al estado de cosa’” – afirmando que ellos propiamente, los gerentes y administradores, “se vuelven cada vez más dependientes de la maquinaria que organizan y administran. Y esa dependencia mutua no es la relación dialéctica entre señor y esclavo, que fue rota en la lucha por reconocimiento mutuo, sino, en lugar de eso, un círculo vicioso que encierra tanto al señor como al esclavo” (Marcuse, 2015).

<sup>20</sup> Así, por ejemplo, la modesta ascensión social promovida en Brasil, a lo largo del último período expansivo, durante los gobiernos petistas, fue apresuradamente presentada como el surgimiento de una “nueva clase media”. La propia presidenta Dilma Rousseff afirmó más de una vez, que Brasil estaría transformándose en un gran país de clase media, entendiéndolo como una conquista importante de su gobierno y del anterior de Luiz Ignacio Lula da Silva. Es cierto que no todo el partido comulgaba con esa idea. Ver, por ejemplo, (Pochmann, 2012).

Pero el fenómeno a que me estoy refiriendo es más amplio. Incluye masas gigantescas y crecientes a lo largo del siglo de trabajo intelectual de todo tipo, no solo burocrático o de coordinación, sino técnico, de ingeniería, informático, el trabajo intelectual productivo de diferentes áreas del sector de servicios, en franca expansión, de las diferentes industrias culturales y de la comunicación, o de los sectores de educación y salud, por ejemplo, sometidos cada vez más a la explotación capitalista.

Cómo se produce la reducción de esos tipos tan diferenciados de trabajo intelectual a trabajo abstracto, sometido a una lógica productiva y subordinado al capital, es materia para un amplio programa de investigación, cuyo punto de partida, en todo caso, es la cuestión sobre los límites a la subsunción. Éste es el punto en el que nos encontramos en la formulación de una respuesta a la cuestión de los impactos sobre las relaciones de producción de las transformaciones en las fuerzas productivas que marcan el paso de la economía y de la sociedad del siglo XX, de la Segunda Revolución Industrial, para la economía y la sociedad del siglo XXI, de la Tercera Revolución Industrial.

## Reestructuración productiva y la actual reconfiguración del factor subjetivo

Comencemos por unas breves consideraciones metodológicas. Se sigue aquí la definición del objeto de la Economía Política dada por Isaak Rubin: “relaciones de producción específicas de la economía capitalista, en la medida que interactúan con las fuerzas productivas de la sociedad” y no las “fuerzas productivas de la sociedad, en la medida en la que interactúan con las relaciones de producción”, que sería objeto de otra ciencia, de una “ingeniería social”, como él define (Rubin, 1980). En otros términos, nuestro objeto de estudio es la forma social (relaciones de producción); el aspecto técnico-material (fuerzas productivas) es solo supuesto. Además, seguimos también a Rubin al considerar la teoría del fetichismo de la mercancía, más allá de la teoría de la ideología que de ella se deriva, como “teoría general de las relaciones de producción en la economía mercantil capitalista” (Idem, p. 16), y “base de todo el sistema económico de Marx, particularmente de su teoría del valor” (Idem, p. 19) y de la crítica de la economía política.

En ese sentido, es preciso tener presente que la teoría del fetichismo de la mercancía muestra no solo que las relaciones humanas son encubiertas por relaciones entre cosas (materialización), sino también que las relaciones sociales de producción “asumen inevitablemente la forma de cosas y no se pueden expresar sino a través de cosas” (Idem, p. 21) (personificación). La cosa, por otro lado, no solo esconde las relaciones de producción entre las personas, sino también organiza esas relaciones, sirviendo de eslabón entre ellas.

“Más exactamente, oculta las relaciones de producción precisamente porque las relaciones de producción solo se realizan bajo la forma de relaciones entre las cosas” (Idem, p. 25). Así, las cosas tienen una doble esencia, material y funcional, y una doble funcionalidad: técnica (valor de uso) y social (vincular personas).<sup>21</sup>

Finalmente, la contradicción entre la determinación de la forma social de las cosas por las relaciones de producción entre las personas (reificación) y la determinación de las relaciones de producción individuales entre las personas por la forma social de las cosas (personificación), que “se resuelve en el proceso dialéctico de producción social, un proceso continuado y siempre recurrente de reproducción en el cual cada vínculo es resultado de un vínculo anterior y causa del siguiente” (Idem, p. 36), en la economía vulgar desaparece y solo el segundo aspecto, el único que “permanece en la superficie de la vida económica y puede ser directamente observado” (Idem, p. 39), es considerado. Cabe a la crítica de la economía política descubrir el misterio, tomando como objeto las relaciones de producción, teniendo el aspecto específicamente material del proceso (la evolución de la tecnología), un carácter secundario, de presupuesto que abre posibilidades de iniciativa para los diferentes actores sociales en función del poder económico de que disponen.

Furtado define poder económico como la capacidad que tienen ciertos grupos sociales de alterar parámetros y, con eso, influenciar el comportamiento de los otros en beneficio propio, lo que les permite apropiarse de los ganancias de productividad del

<sup>21</sup> En la economía mercantil capitalista esos dos aspectos no son previamente organizados y no están ajustados uno al otro, de modo que el ajuste siempre estará sujeto a crisis y desproporciones, lo que asumirá contornos dramáticos en épocas de cambio estructural como la que vivimos. También seguimos aquí al autor al entender el cambio, no tanto como fase del proceso de reproducción, como en el libro segundo de *El Capital*, sino esencialmente como forma social de la reproducción, en el sentido de que el productor de mercancías está sujeto a una “espesa red de relaciones de producción”, de modo que “ya en el proceso de producción directa él es forzado a adaptar su actividad de trabajo (anticipadamente) a las condiciones esperadas del mercado” (idem, p. 23). Es éste, por tanto, el que garantiza la regulación del conjunto.

sistema pero, al hacer eso, provocan la reacción de otros grupos que disponen también de algún poder económico (los sindicatos de trabajadores, por ejemplo, dependiendo del poder de transacción específico), quiénes reivindican la transferencia de esos beneficios para la sociedad. Para el autor, se trata de explicar la dinámica del desarrollo, alternando momentos de acumulación/invencción, con otros de acumulación/difusión de la innovación. Para nosotros, lo interesante es entender esa dinámica en términos de hegemonía y contra hegemonía.

Así, la adopción de una determinada innovación tecnológica por parte del capitalista es definida, a nivel micro, en función de la posibilidad de reducir el valor individual de su mercancía en relación con el valor social, determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario, y con eso promover un cambio de parámetros que le confiere ventaja frente a sus competidores. La generalización de ese tipo de decisiones llevará, en conjunto, a la reducción del valor de la fuerza de trabajo, como explica Marx en el capítulo 10 del libro primero de *El Capital*, que, siguiendo ahora a Furtado, empuja la clase trabajadora a la lucha, dependiendo del poder de presión acumulado. La inversión en tecnología, así, tiene un carácter estratégico para capitalistas individuales en competencia (innovadores e imitadores) y la respuesta, la movilización sindical reivindicando la socialización de las ganancias de productividad, también.

Lo mismo vale para la definición estratégica, por ejemplo, del Estado norteamericano por el desarrollo de la microelectrónica, del paradigma de la digitalización o de internet, a lo que volveré más adelante. Preguntarse, al contrario, por los impactos sociales y económicos de una tecnología, o de un paradigma tecnológico definido a priori, sin indagar el juego de los actores sociales que se presentan desde su génesis, más allá de las especificidades materiales de la propia cosa, constituye precisamente lo que se llama determinismo tecnológico, tan evidente en los trabajos del viejo MacLuhan, resucitado en el campo de la Comunicación en los años



1990, con la hegemonía del pensamiento posmodernista, más visible también en los célebres trabajos de Manuel Castells sobre la sociedad en red y la internet.<sup>22</sup>

Dicho esto, volvamos al objeto del capítulo anterior. Aquel conjunto de trabajadores intelectuales, cuyo trabajo se amplía y se vuelve progresivamente productivo, puede gozar, a lo largo del siglo XX, de elevados grados de autonomía, en la medida en la que su encuadre por el aparato técnico de la gran industria capitalista era limitado. Así, para que nos quedemos solo en el plano de la producción estrictamente material, ése trabajo intelectual, que al inicio, en el momento de la Primera Revolución Industrial, era reducido, limitándose, en cada empresa, a un número ínfimo de individuos con conocimiento técnico – en ocasiones, el propio capitalista o un miembro de la familia, o un científico, un mecánico, un químico contratado – concentraba el grosor de las operaciones intelectuales que la fábrica automatizada preservaba, mientras el conocimiento previo de la clase trabajadora artesanal, desapropiado en el momento de la acumulación primitiva del conocimiento – presupuesto básico de la Revolución Industrial, de la misma forma que la acumulación primitiva de capital que Marx presenta en el capítulo 24 del libro primero –, se plasmaba en la propia máquina, ése trabajo intelectual, decía, con la expansión del gran capital y los fraccionamientos de la Segunda Revolución Industrial, crece en volumen preservando autonomía.

Se constituye, así, la base social de la Tercera Revolución Industrial. La llamada automatización flexible vendría a quebrar de alguna forma esa autonomía. En verdad, como bien muestra Benedito Moraes Neto, el problema ya existía mucho antes, en la

<sup>22</sup>Entre los trabajos de Manuel Castells sobre esos temas, se destaca la trilogía Castells, Manuel. *La era de la información*. Madrid: Alianza, 1996. Ver también Castells, Manuel. *La galaxia internet. Reflexiones sobre internet, empresa y sociedad*. Madrid: Areté, 2001. Desde entonces, el autor ha producido una serie de trabajos menores sobre el tema. Para una crítica, vea LOPES, Ruy Sardinha. *Informação, conhecimento e valor*. São Paulo: Radical Livros, 2008.

medida en que era imposible, a la época de Marx, la automatización de la manufactura heterogénea, de modo que la solución taylorista-fordista se presenta como una forma regresiva de organización capitalista de la producción, basada en métodos de gestión despótica de grandes masas de trabajo especializado (Moraes, 1989). La automatización flexible, utilizando las nuevas herramientas informáticas y microelectrónicas en general, vendrá a resolver ese viejo problema, garantizando la automatización de aquello que no pudiera ser automatizado de inicio. La robotización de la línea de montaje representa el grado máximo de ese desarrollo, tornando redundante el trabajo, expulsándolo del proceso inmediato de producción, desplazándolo – transformado, intelectualizado – para el plano de la vigilancia y del control del mismo.

Pero el proceso no para ahí. El trabajo intelectual – del ingeniero mecatrónico, por ejemplo, que sustituye, digamos, al tornero mecánico, manejando un terminal de computadora y no una máquina-herramienta actuando directamente sobre la materia – debe ser, en esas condiciones, subsumido y eso es lo que ocurre gracias a la separación lógica, fruto del desarrollo de la cibernética y de la informática, entre *hardware* y *software*. El surgimiento de este último como objeto aislado y manipulable es que permite, además de la intelectualización general de los procesos de trabajo, la subsunción del trabajo intelectual que caracteriza al capitalismo de la Tercera Revolución Industrial. Un movimiento que, en el nivel ontológico, representa un paso más en la separación del hombre en relación con la naturaleza, más allá del instrumento natural, de la herramienta artesanal que la manufactura desarrolla especializando o de la máquina-herramienta que materializa el conocimiento extraído de la clase trabajadora a lo largo del período manufacturero.

Una nueva división técnica es ahora introducida entre el hombre y la naturaleza, abriendo inmensas posibilidades de desarrollo de las fuerzas productivas. Adorno y Horkheimer fueron a la esencia de la cuestión al identificar como “el pensar se reifica en un proceso

automático y autónomo, emulando con la máquina que él mismo produce y que finalmente lo sustituye”. Este papel compete al pensamiento matemático, que se volvió “por así decir, el ritual del pensamiento (...) transforma el pensamiento en cosa, en instrumento” (Adorno, 2006). La subsunción del trabajo intelectual es el auge de ese movimiento, iniciado, si queremos seguir a Sohn-Rethel (1995), en la Grecia antigua, en el momento en el que la generalización de la abstracción real del cambio permitió la constitución de la abstracción en el pensamiento y la división entre el trabajo manual y el trabajo intelectual.

Esos desarrollos impactan el conjunto de las clases trabajadoras y todos los procesos de trabajo. Las tecnologías de la información y de la comunicación, incluso la organización en red de los procesos de trabajo espacialmente dispersos, reestructuran profundamente el modo de producción, que se vuelve crecientemente informático y comunicacional. En esas condiciones, la clase trabajadora se presenta muy diferente de lo que fue en el siglo XIX, pero también en el siglo XX. Hay, por un lado, una creciente subsunción del trabajo intelectual en el capital, cuyos límites son materia de investigación empírica, y de intelectualización de todos los procesos de trabajo y del consumo. La expansión de este último, en particular – y de forma aguda en el período más reciente en que el espectacular desarrollo del capitalismo chino redujo los precios de los bienes de consumo de forma generalizada –, profundiza las tendencias de integración social típicas del capitalismo avanzado del siglo XX, a que me referí arriba. La aparición de internet, a la que volveremos más adelante, en la forma que la conocemos hoy, forma parte también de ese movimiento.

Se debe aclarar, por otro lado, que no se trata de democratización o de constitución de formas más humanas de vida y trabajo, al contrario. En primer lugar, aunque el movimiento de intelectualización general alcance a todos, la gran mayoría de la población mundial permanece excluida de los beneficios. Ni, por supuesto, el trabajo simple deja de existir por el hecho de ser hoy más

complejo que en el pasado, de modo que la vieja separación entre trabajo manual y trabajo intelectual permanece bajo otro ropaje. Realmente, a lo largo del período neoliberal, aún no concluído, se observa una concentración de renta y propiedad irracional, muy conocida por economistas de diferentes escuelas.<sup>23</sup>

En segundo lugar, el propio trabajo intelectual se va precarizando y sufre de condiciones típicas del momento de su industrialización, cuando se refuerzan los mecanismos de control, al tiempo en el que la explotación es perfeccionada, reduciendo porosidades en los procesos de trabajo, para usar una expresión eufemística, valiéndose incluso de formas de trabajo a distancia que mantienen al trabajador permanentemente disponible. Muchos de esos desarrollos, incluso ciertas tecnologías, ayudan a eliminar o tornar letra muerta conquistas históricas relativas a la relación capital-trabajo, en sintonía con los cambios regulatorios que el neoliberalismo implementa. Todo eso alcanza al conjunto de la clase trabajadora, incluso a sus sectores más intelectualizados y aquellos que, confinados a un estatuto de intelectual superior, no consiguen aún reconocerse como parte de la clase trabajadora, apegándose a pequeños privilegios que poco a poco van perdiéndose.

Tomemos el ejemplo del trabajo docente, recurriendo, una vez más, al caso brasileño, más específicamente, a la política educacional del Gobierno de Lula, responsable de una notable expansión de la enseñanza universitaria,<sup>24</sup> en paralelo con el

<sup>23</sup> Ver, por ejemplo, el famosísimo libro de Piquetti, Thomas. *O capital no século XXI*. Lisboa: Círculo Leitores, 2014 [2013]. O también el premio Nobel, Stiglitz, Joseph. *O grande abismo*. Río de Janeiro: Alta Books, 2016.

<sup>24</sup> Hubo una "inclusión" inédita, tanto a través de la financiación pública a la Universidad privada, con la implantación de programas, como el PROUNI y el FIES, incluyendo no solo financiación pública a través de becas, sino también crédito educativo según una lógica de capital financiero, así como de la expansión de la Universidad pública, con la implantación del célebre programa REUNI. Según Roberto Leher, los gobiernos del PT, después de 2003, optaron, por "subordinar la educación pública a los anhelos del capital (...) posibilitando el creciente control de la educación privada por el sector financiero", además de incorporar "la totalidad de la agenda educacional de los sectores dominantes (...) en las directrices de la educación

avance de formas de control del trabajo docente, facilitadas por la introducción de plataformas informatizadas, pero también de formas de gerenciamiento, de organización y métodos, que burocratizan el trabajo intelectual y transfieren al maestro nuevas responsabilidades que nada tienen que ver con su función social prevista.<sup>25</sup>

Un resultado de la expansión es la ampliación del empleo en el sector, incorporando muchos maestros jóvenes, entre ellos, un número considerable procedente de familias de clase media, para las cuales el acceso al empleo público representa una importante forma de ascensión social. Esa nueva fuerza de trabajo intelectual tiende a aceptar más fácilmente las nuevas formas de control, pero la ampliación de la base social tendrá impactos siempre contradictorios sobre el nivel de conciencia de la clase trabajadora docente y, consecuentemente, sobre su organización y disposición para la lucha. Si, por un lado, para muchos de los jóvenes maestros, el acceso a la función docente se presenta como ascensión social efectiva, por otro, las condiciones de trabajo son fuente de angustia y frustración.

Un aspecto central de la reforma iniciada durante el Gobierno de Cardoso, en lo que se refiere a la Universidad pública federal, fueron los sistemas de dotación de recursos a través de proyectos, con base en una compleja red de sistemas de evaluación de desempeño cuantitativos y centrados en el discutible concepto de productividad, los cuales acaban por llevar, para comenzar, a una

básica” y admitir “que cabe a los patrones concebir la educación profesional de la clase trabajadora”. (Leher, 2015).

<sup>25</sup> Se trata de una reestructuración bastante profunda del modelo de enseñanza superior, parte de lo que Leher llama la “contrarreforma de la educación brasileña”, iniciada en el gobierno de Fernando Henrique Cardoso. La idea de contrarreforma se refiere al rompimiento “con el proyecto de educación del PT de los años 1980 y 1990, elaborado en el contexto de las luchas del Foro Nacional en Defensa de la Escuela Pública, en especial en la Constituyente y en la LDB, en las cuales descolló el liderazgo de Florestan Fernandes, y en el período de elaboración del Plan Nacional de Educación: Propuesta de la Sociedad Brasileña, elaborado por los trabajadores de la educación, entidades académicas, estudiantes, reunidos en el referido Foro” (ídem).

concentración de los recursos en los mayores centros, núcleos, programas, laboratorios, en perjuicio de los pequeños, perpetuando así fisuras que se pretendían eliminar. Esos sistemas de evaluación se reproducen en todos los niveles: evaluación de los docentes, de los programas de pos graduación, de las revistas académicas etc., constituyendo complejas jerarquías que acaban por dividir también a los trabajadores docentes en dos grupos bien definidos en lo que atañe al acceso a la financiación pública y a la capacidad de definir las políticas sectoriales.

El modelo solo es posible, en esos términos, debido a la centralización de las decisiones de inversión en Brasilia, que no solo quiebra la autonomía de las Universidades, sino destruye también el precepto constitucional de la no disgregación entre enseñanza, investigación y extensión. Cada docente que pretenda preservar, en su trabajo, ese principio constitucional, deberá someterse a dos “patrones”: el Ministerio de Educación, que paga su salario, y el “sistema”, que lo evalúa. Uno y otro le impone diferentes exigencias. Como el papel de investigador no se desvincula, además, de la enseñanza en pos graduación, debe someterse aún a una tercera instancia, que no actúa directamente sobre él, sino sobre el programa al que está vinculado, el cual acabará ejerciendo la obligatoria tarea de control directo.

El mismo sistema centralizado de decisiones sobre los recursos provoca una segunda y fundamental brecha entre los docentes que asumen cargos administrativos, especialmente en la rectoría, y la masa de los que deben buscar, a través de proyectos, ampliar su remuneración o, principalmente, mejorar sus condiciones de trabajo. Los primeros se presentarán, en general, si quieren mantener sus cargos comisionados, como correa de transmisión entre el Ministerio y el “sistema”, de un lado, y la masa de los trabajadores, del otro.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> Los cargos de rector y de vice-rector, en especial, acabaron asumiendo un papel particularmente importante desde el momento en el que, seguido a la aprobación de la reelección para Presidente, todavía bajo el Gobierno de Cardoso, la regla fue extendida para los ocupantes de esos cargos. Como máximo, un vice-rector que se elige rector,

Por otro lado, hay un perfeccionamiento de los mecanismos de control informatizado de la función docente, por el uso intensivo de las tecnologías de la información y de la comunicación, que agravan el problema.<sup>27</sup> El estrés que esa situación viene causando se manifiesta de diversas formas, pero es especialmente evidente cuando se examinan los datos sobre los padecimientos de salud. El servicio de asistencia médica de la Universidad de Brasília (UnB), por ejemplo, registró entre 2006 y 2011, 202 licencias médicas, totalizando 15108 días de ausencias; llaman la atención los trastornos mentales y comportamentales (71 licencias y 2238 días de ausencias) y los problemas del sistema osteo muscular y del tejido conjuntivo (74 y 2527, respectivamente) (Sidney, 2013, p. 61).<sup>28</sup>

posteriormente, puede pasar 16 años de su vida productiva en la Universidad, sin ningún contacto con la investigación o con la sala de clase, sometándose, al contrario, perennemente, a las demandas y determinaciones de Brasília (para donde viaja con enorme frecuencia), del Ministerio, de las agencias, de la Contraloría General de la Unión, de la Planificación etc. Esos dirigentes se vuelven, así, los coordinadores de los equipos que constituyen la correa de transmisión referida arriba. Aunque la situación no pueda ser considerada confortable para ninguna de las partes, la jerarquía de funciones de que se compone el sistema ofrece compensaciones financieras y políticas diferenciadas, que evidentemente nada tienen que ver con mérito académico. Un grupo significativo de intelectuales es desplazado, así, de su papel específico, para ejercer funciones de control, formando una élite que bien podría ser comparada con aquella de administradores de fondos públicos, salida del movimiento sindical, a la que Chico de Oliveira se refirió cuando escribió su "Ornitorrinco" (Oliveira, 2003).

<sup>27</sup> En pocas palabras, ocurre una inversión completa de valores, en la medida en que los mejores recursos humanos disponibles en la Universidad para ejecutar las actividades medio, son desplazados, básicamente, para la realización del trabajo de vigilancia y control de los docentes. La presión sobre éstos es doble, pues además de ser obligados a llevar sus funciones principales (sobre las cuales, al final, se estrechan los controles), acaban teniendo que asumir una serie de responsabilidades que nunca fueron suyas: formalidades exigidas por el propio sistema de control informatizado y también actividades antes ejercidas por el personal técnico y administrativo. En ese sentido, no solo deben lidiar con la insuficiencia de recursos debido a cuestiones de orden financiero, presionados por la expansión, se ven huérfanos de aquellos buenos servidores técnicos y administrativos, trasladados para las referidas funciones de control.

<sup>28</sup> Sidney, 2013, p. 61. Los datos fueron extraídos de la disertación de maestría de Souza, Adriana. *O perfil do adoecimento docente na UnB*. Brasília: UnB, Maestría en Salud Pública. En: <<http://repositorio.unb.br/handle/10482/12950>> Acceso el 2 de febrero de 2015. Sidney informa también sobre una situación parecida en la Universidad

Los ejemplos podrían multiplicarse.<sup>29</sup> Pero lo que interesa aquí es que las formas arriba referidas de control del trabajo docente son, en general, las formas de control de todo trabajo intelectual hoy. El uso de las tecnologías de la información y de la comunicación, la burocratización extrema, el ambiente de vigilancia, la exigencia de acciones que desvían parte significativa del trabajo de sus objetivos directamente productivos, pero garantizan el control, la jerarquización de funciones creando diferencias de interés inmediato en el interior de la clase trabajadora, parte de ella sirviendo de correa de transmisión entre la mayoría y las instancias de poder económico o burocrático, además de todo tipo de divisiones ligadas a las especialidades y a las ilusiones de progreso individuales, todo eso vale también para las otras formas de trabajo intelectual o intelectualizado.

También, no se pueden olvidar los grandes privilegios: sectores de trabajadores intelectuales, especialmente en los campos de la gestión y del control, que preservan condiciones de vida y rentas, incluso por las posibilidades de corrupción que el sistema ofrece, totalmente desconectados de la inmensa mayoría de la clase trabajadora. Se puede usar aquí el viejo concepto de aristocracia obrera, pero la gran cuestión, ya apuntada, es la de la transformación del viejo

Federal Fluminense (UFF): 2053 casos de enfermedad entre junio de 2010 y junio de 2013, representando 81374 días de ausencias, predominando las enfermedades ósteo-musculares y los agravamientos mentales y comportamentales (op. cit., p. 61). En [https://mail.google.com/mail/#search/chris\\_senhorinha%40hotmail.com/14b4157c-5bfab249](https://mail.google.com/mail/#search/chris_senhorinha%40hotmail.com/14b4157c-5bfab249) se encuentran datos sobre incidencia de enfermedades mentales en docentes de Pará. Un estudio interesante, realizado por varios autores, bajo el título Salud y trabajo docente: dando visibilidad a los procesos de desgaste y padecimiento docente desde la construcción de una red de producción colectiva, fue publicado en el Dossier Trabajo Docente de la Educación en *Revista, Belo Horizonte*, N. 37, julio de 2003. Esta es solo una muestra de un conjunto más amplio de estudios sobre el tema en Brasil que no dejan margen a dudas.

<sup>29</sup> El sindicato nacional de los docentes universitarios (Andes-SN), teniendo en cuenta la multiplicación de los casos de enfermedad en Brasil y en el mundo, lanzó, en noviembre de 2016, "una cartilla nacional para instrumentalizar a las secciones sindicales en la realización de una investigación nacional sobre salud docente" (Informe Andes, Brasília, n° 70, mayo de 2017, p. 10).



intelectual al servicio del poder en empleado de determinado capital individual (no solo en el campo de la cultura y de la comunicación, además), con un ojo puesto en la clase, otro en la empresa.

El hecho es que la clase trabajadora se presenta hoy extremadamente fragmentada, heterogénea, con niveles de remuneración, estilos de vida y visiones de mundo muy distantes de aquella condición culturalmente homogénea, referida arriba, del siglo XIX, que garantizaba la autonomía cultural indispensable para la construcción de un proyecto de sociedad alternativo desde formas de organización y de pensamiento contra hegemónicos.

## Subsunción del trabajo intelectual y la superación del capitalismo

Regresemos ahora a la cuestión propuesta en los fragmentos de Foucault citados arriba. Ya expliqué, en nota, en aquel punto, que mi formulación marxista contrasta con la visión de Geoffroy de Lagasnerie. Es importante recordar, de inicio, que los análisis de Foucault sobre el neoliberalismo son de finales de la década del 70 del siglo pasado, cuando aún no estaban claras las consecuencias que hoy conocemos bien de la adopción de las políticas neoliberales por todo el mundo. Abarca la estrategia de considerar las críticas de los autores neoliberales no tanto como una ideología de derecha, sino como demostración de la posibilidad de invención de “nuevas percepciones del Estado, del mercado, de la propiedad de sí o de su cuerpo”, lo que engendraría “nuevas existencias democráticas, sociales o culturales, nuevas relaciones con la violencia, la moral, la diversidad”, cuestionando “la legitimidad de diversos contextos tradicionales de regulación y control” (Lagasnerie, 2021), pudiendo servir a una renovación teórica, conciliando “una percepción positiva de la invención neoliberal y una perspectiva crítica radical” (Idem, p. 32).

El autor compara, asimismo, el propósito de Foucault con el de Marx, en la *Crítica del programa de Gotha*, uno de cuyos puntos centrales sería la “crítica dirigida a los socialdemócratas por concebir la burguesía como un elemento, entre otros, de una gran clase ‘reaccionaria’ (Idem, p. 33). Esa visión de la clase burguesa, ignorando su carácter revolucionario, sería absurda por desconocer

totalmente la situación económica y social del capitalismo al final del siglo XIX. Al contrario, es preciso evadir la “crítica pre-capitalista al capitalismo” para no confundir reacción con revolución. A continuación, Lagasnerie retoma la crítica de Hayek a la proximidad entre liberales y conservadores, la cual interpreta en los siguientes términos:

Esa posición adoptada es de gran importancia en la historia de las ideas, pues quizás constituya el elemento esencial de la ruptura entre el neoliberalismo y el liberalismo clásico. Es la declaración del nacimiento del neoliberalismo como doctrina autónoma, singular, irreductible a su predecesora. De hecho, los neoliberales no se cansarán de afirmar y denunciar que: sus predecesores se dejaron corromper por el conservadurismo, aproximándose demasiado a la derecha conservadora, incluso a la derecha reaccionaria, a punto de solo marginalmente diferenciarse de ella. Satisfechos de que algunos de sus ideales triunfaron desde mediados del siglo XIX, retrocedieron poco a poco. Y, por consiguiente, se limitaron a defender el orden vigente. De esa forma, el liberalismo dejó progresivamente de ser un movimiento radical. (Lagasnerie, 2021)

Así, el liberalismo, en la condición de defensor del *estatus quo*, del realismo, de lo “racional en política”, ya no suscita entusiasmo y deja “totalmente abiertas las puertas para el éxito de sus enemigos socialistas”, que acaban asumiendo el “monopolio sobre la producción de las utopías políticas y filosóficas” (Lagasnerie, 2021). Es ese monopolio el que el neoliberalismo viene a objetar, afirmando que “existe una identidad profunda entre el conservadurismo y el socialismo – al paso que el liberalismo obedece a un sistema de valores completamente distinto” (Idem, p. 87).

El neoliberalismo se presenta, por tanto, como la posición más radical en la defensa del individualismo contra cualquier tipo de ética colectivista, incluyendo el socialismo, el comunismo, la socialdemocracia, las políticas keynesianas, el estado de bienestar

social y todo cuanto se aleje del mercado como regulador universal. Como aclara Lagasnerie, el neoliberalismo debe ser entendido como reacción a “una actitud filosófica más general”, cuyo origen es el Iluminismo y que “consiste en promover una percepción unificante o unificadora de la sociedad, valorando todo lo que dice respecto a lo ‘común’, a lo ‘colectivo’, a lo ‘general’, en detrimento de lo que sería de la esfera de lo individual, de lo particular, de lo local” (Idem, p. 66).

Para los liberales, una conmoción autoritaria y conservadora impregna a la filosofía política tradicional. Esta construye sistemáticamente una teoría de la soberanía política y del derecho en el ámbito de una obsesión por la pluralidad y la diversidad. Como si fuese desde siempre imprescindible, para que la sociedad sea ‘posible’, para constituir un ‘cuerpo político’ digno de ese nombre, crear dispositivos que regulen y monitoricen la pluralidad social, a fin de limitar la multiplicidad de los modos de existencia para producir orden, unidad y colectividad. (Lagasnerie, 2021).

Olvida el autor referirse a lo cuán lejos, y con cuánta ferocidad, los liberales fueron al ataque de todo tipo de colectivismo, desde los tiempos de Pinochet – cuya reforma de seguridad social, dígase de paso, que el Gobierno de Temer y el partido *soit disant* socialdemócrata no pudieron implantar en Brasil, pero que su sucesor, de extrema derecha, sí lo está logrando, implantando una política radicalmente liberal, empieza a mostrar sus nefastos resultados –, de Margareth Thatcher o de Ronald Reagan, valiéndose de forma implacable y radical de todos los instrumentos de intervención estatal contra la clase trabajadora. Lagasnerie reconoce que la “utopía liberal consiste en insertar el máximo de realidades en la esfera de un contexto de mercado” y para eso, recordando a Foucault, apela a un “verdadero intervencionismo político y jurídico” (Idem, p. 47), lo cual, sin embargo, tiene por especificidad

no buscar en absoluto ‘corregir’ el mercado, oponer a la racionalidad económica una racionalidad social o política, crear

obstáculo al funcionamiento normal de la competencia, invocando exigencias éticas, morales o justicia social. Al contrario, tiene como objetivo colocarse al servicio de la forma-mercado, trabajar para su desarrollo y su institución generalizada. (Lagasnerie, 2021)

El reconocimiento, sin embargo, aun cuando se vincula el pensamiento neoliberal a la crítica foucaultiana, no solo minimiza sus atrocidades – al final ésa es la marca de toda la historia humana – sino confiere al proyecto neoliberal cierta dignidad. Si hubiese considerado ese pequeño detalle podría haber percibido que el intervencionismo estatal sirvió, en la pos-guerra, como defensa para la clase trabajadora en relación con el brutal mecanismo de control y dominación que es el mercado libre, autorregulado, lo cual, como apunta Karl Polanyi, experto analista del colapso de la civilización industrial del siglo XIX, “deberá destruir las relaciones humanas y amenazar con la aniquilación de su hábitat natural” (Polanyi, 1992), mientras que el intervencionismo neoliberal desarrolló, legitimó y sofisticó los mencionados “numerosos contextos tradicionales de regulación y control” contra quienes cínicamente se contraponía.

Ahora, el intervencionismo neoliberal no es algo secundario para ser desechado en el momento oportuno, un mal menor delante de los grandes beneficios que la libertad de mercado traería, ni la lucha contra el “colectivismo” algo a ser superado. La evolución de las políticas neoliberales en los últimos cuarenta años y su caracterización como algo siempre inacabado revelan que el intervencionismo es absolutamente necesario al liberalismo en general, pues se trata de garantizar la preservación de una situación en la que

el dinero es inmediatamente la comunidad, en la medida en la que es la substancia universal de la existencia para todos y al mismo tiempo el producto social de todos. Pero en el dinero (...) la comunidad es para el individuo una mera abstracción, una cosa externa, accidental y, al mismo tiempo, un simple medio para su satisfacción como individuo aislado. (Marx, 1980)

Aún más: “en la sociedad burguesa, el obrero, por ejemplo, está presente de una manera puramente subjetiva, desprovisto de su carácter objetivo, pero la cosa que se le contrapone se volvió la verdadera entidad comunitaria” (Marx, 1980). El desarrollo del capital destruye todas las formas de comunidad en nombre de esa comunidad abstracta y universal que es el mercado. Marx presenta, en *El Capital*, en diferentes momentos, los violentos procesos que garantizaron la separación radical entre el trabajador y las condiciones objetivas de trabajo y de vida (la tierra y demás instrumentos), para que él se volviese – muy diferente del individuo burgués del siglo XVIII que es el modelo de la ideología de la libertad, igualdad y propiedad del viejo liberalismo y de la economía política – aquella pura subjetividad que se enfrenta con los elementos objetivos como algo extraño, propiedad ajena a través de la cual es explotado.

En los términos de Polanyi, la implantación de la economía de mercado autorregulado representa una transformación sin precedentes que “implica un cambio en la motivación de la acción de parte de los miembros de la sociedad: la motivación de la subsistencia debe ser sustituida por la motivación del lucro”.<sup>30</sup> Para el autor, la “peculiaridad más sorprendente del sistema reside en el hecho de que,

<sup>30</sup> Polanyi presenta así una definición de la transmutación entre medios y fines en términos distintos de aquéllos de Marx y de Furtado. En otro momento, se refiere al hecho de que “una economía de mercado solo puede existir en una sociedad de mercado” y “debe comprender todos los elementos de la industria, incluidos la mano de obra, la tierra y el dinero (...). Pero la mano de obra y la tierra no son otra cosa sino los seres humanos, de los cuales se compone toda sociedad, y el ambiente natural en que existe tal sociedad. Cuando se incluyen tales elementos en el mecanismo de mercado, se subordina la propia substancia de la sociedad a las leyes de mercado” (idem, p. 80). La idea de la transmutación entre medios y fines, además, es constante en el análisis del capitalismo por el pensamiento crítico. Adorno y Horkheimer, por ejemplo, buscando ya en el mito la marca del esclarecimiento, afirman: “en el instante en que el hombre suprime la conciencia de sí mismo como naturaleza, todos los fines para quienes él se mantiene vivo – el progreso social, el aumento de sus fuerzas materiales y espirituales, incluso la propia conciencia – se vuelven nulos y la entronización del medio como fin, que asume en el capitalismo tardío el carácter de un manifiesto desvarío, ya es perceptible en la proto-historia de la subjetividad” (Adorno, T. W.; Horkheimer, M. *Dialéctica do esclarecimento*, op. cit., p. 54).

una vez establecido, debe permitirse que funcione sin interferencia externa” (Idem, p. 53). Fue esa gran transformación, responsable en última instancia, por el desastre de los años 30 y la catástrofe que le siguió. Todo el avance de la regulación estatal en la pos-guerra debía ser entendido como tentativa de poner frenos al expansionismo totalitario del sistema de mercado autorregulado, lo que permitió, además, una fase de prosperidad mundial inesperada para quien sufriera las desgracias a las que el liberalismo radical diera origen.

Pero la advertencia de Polanyi no fue oída en los tiempos neoliberales y el capital sigue libre aun después de la gran crisis de 2008 (Idem, p. 53). El hecho es que la violencia constitutiva – del sistema y también de la reacción neoliberal – es siempre en esencia contra las resistencias de aquellos que deben ser reducidos a la condición de individuos libres y pobres, constreñidos a vender su fuerza de trabajo, lo que exige la disolución de todos los lazos sociales que garanticen su supervivencia sin esos constreñimientos: todas las formas comunitarias y colectivistas, incluso los derechos tradicionales que las clases populares conquistaron bajo el feudalismo, las tierras públicas, comunitarias y también, en el período neoliberal, las conquistas laborales, el estado de bienestar social etc. Las diferencias entre liberalismo y neoliberalismo apuntadas por Lagasnerie son detalles ligados a las diferentes exigencias de cada momento histórico, que en nada alteran esa identidad esencial.

La alianza que Hayek denuncia entre viejos liberales y conservadores, a su vez, es pura estrategia discursiva. Lo que se observa en la segunda década del siglo XXI es, al contrario, como en varias ocasiones, la izquierda, derrotada, como en Perú o en Estados Unidos, descarga votos en candidatos neoliberales, contra el preocupante avance de candidatos neoconservadores o francamente fascistas. En otros casos, como en Brasil, el neoliberalismo regresa al poder – como, además, en toda la América Latina, donde los gobiernos llamados progresistas de inicio del siglo no llegaron a promover, a final de cuentas, ningún cambio estructural más significativo – buscando hacer avanzar sus reformas del momento,

con las concesiones que juzgue necesarias a su aliada, la derecha eufemísticamente llamada de conservadora.

Pero aquí reside una contradicción. Para el neoliberalismo, el Iluminismo representa una tradición “comúnmente asociada a la lucha contra la idiosincrasia étnica, racial o cultural. Defendería la superioridad del universalismo contra la influencia de los patrimonios locales, en nombre de los valores de autonomía personal, libertad individual e igualdad formal” (Lagasnerie 2012). Son los mismos valores del neoliberalismo, pero éste ve “en el pensamiento iluminista otra manera de instituir comunidad. Libertaría los individuos de las comunidades naturales para someterlos mejor a un nuevo tipo de colectivo: la comunidad política” (Idem). En verdad, no es así. Vemos que se trata, de hecho, de la institución de una nueva comunidad, pero no la comunidad política – que sirve, en el Estado liberal, en ruptura con el estado absolutista del antiguo régimen, de defensa de los intereses capitalistas y, en el Estado democrático de masas del siglo XX, de espacio en el que intereses subordinados pueden ser en general también representados, sometidos, no obstante, a las necesidades de legitimación de la hegemonía burguesa – sino aquella comunidad abstracta a que me referí citando a Marx, que es el propio mercado.

De hecho, esto se hace, sacrificando las particularidades a las que el autor se refiere, las cuales vuelven a presentarse con nuevo ropaje y fuerza inesperada al cabo de las cuatro décadas de vigencia de las políticas neoliberales. Pero bien, lo que el neoliberalismo defiende, contra los discursos totalizantes de origen iluminista – y “fue ese esfuerzo por descalificar los marcos de análisis unificadores que sedujo a Michel Foucault” (Idem, p. 94)– es la diversidad. Así, “la forma-mercado abre la posibilidad de desorientar la reflexión sobre el mundo de toda invocación de una instancia trascendente (asuma ella una forma política, jurídica, sociológica u otra) que busque unificar y organizar la diversidad social” (Idem, p. 94). O también, “la desconstrucción neoliberal de las concepciones ‘monistas’ y de los paradigmas unificadores resultaba en una valorización de las



nociones de inmanencia, pluralidad, multiplicidad (...) conceptos que Michel Foucault instala en el centro de su teoría del poder” (Idem, p. 100).

Esta interpretación pos-modernista de la teoría de Foucault nos coloca en una situación en la que una sola gran narrativa unificadora, la mayor de todas, pasa a ser aceptable: la del mercado eficiente (pobre “justificación ‘científica’ del mercado”, título de uno de los capítulos del libro de Lagasnerie), un poder abstracto que, en defensa de la diversidad, combate implacablemente todos los poderes concretos que se oponen a la libertad individual. El problema es que la diversidad crea nuevas comunidades, nuevos movimientos sociales, portadores de nuevos “discursos regionales” cuya “extrema productividad” agrada a Foucault (Idem, p. 97), pero que el neoliberalismo, para garantizar la unificación por el mercado, única aceptable y necesaria, como vemos, desde el punto de vista de su misión histórica, debe combatir por todos los medios. Así, el neoliberalismo se verá enfrentando, a la derecha, por los viejos egocentrismos con los cuales siempre negoció (los cuales, además, han presentado creciente convocatoria popular, consecuencia de la propia crisis, como demuestran cabalmente los casos de Francia y de Estados Unidos) y, a la izquierda, por los movimientos sociales, entre los cuales, los llamados “nuevos” solo son legitimados, en nombre de la diversidad, en la medida en la que sus reclamaciones no extrapolen los límites del reconocimiento por el mercado.

La izquierda, por su parte, no ha sabido equiparar el problema de los nuevos movimientos sociales desde su surgimiento, en los años 1960. Ahora los encara con desdén, ahora acaba adoptando el discurso de la diversidad como factor de unificación de la lucha anticapitalista, atendiendo, es verdad, cuando llega al poder, muchas de las reclamaciones legítimas de ciertos grupos (contra los ataques de la extrema derecha), pero eso no la diferencia del neoliberalismo, en la medida en la que ese servicio no llega a cuestionar las bases de la unificación por el mercado y de la gran narrativa neoliberal. Las luchas por el reconocimiento no dejan de ser justas por eso,

pero las políticas culturales de la centro-izquierda, en general, han demostrado las dificultades en la construcción de un proyecto contra hegemónico radicalmente diferente de aquel neoliberal.

La ideología de la pos-modernidad y, en particular, la recepción pos-modernista de Foucault, que ha encontrado abrigo en ciertos sectores de la izquierda capaces de influenciar, por ejemplo, gobiernos progresistas latinoamericanos, no ha ayudado a enfrentar la situación, sobretodo en casos como el de Ecuador en el que el discurso neo populista va aparejado con posiciones conservadoras en materia de costumbres, al tiempo en el que derechos tradicionales de comunidades indígenas son atacados en nombre del progreso. En fin, la lógica neoliberal y pos-modernista nos aleja del problema central: la urgente necesidad de retomar la iniciativa de la construcción de las utopías que el neoliberalismo robó en la estela de las derrotas de la clase trabajadora desde los años 80 del siglo pasado.

La cuestión clave del intelectual, revelada en los fragmentos de Foucault anteriormente citados, que nos interesa más de cerca, es traducida en términos francamente neoliberales por Lagasnerie, que entiende la definición de intelectual específico por oposición al intelectual universal, en los siguientes términos:

En Foucault, la construcción de esa nueva analítica del poder desembocó, sabemos, en la fabricación de una nueva imagen del intelectual. Si las luchas se desarrollan de manera local y regional, se escapan a los marcos totalizantes, entonces el intelectual debe constituirse 'intelectual específico'. Debe renunciar a la figura – impuesta sobre todo por Sartre, pero igualmente muy presente en el marxismo – del intelectual universal. (Lagasnerie 2012)

Pero no se trata, desde mi interpretación, de una cuestión de opción, sino de la nueva condición del trabajador intelectual, subsumido en la actual configuración del sistema. En ese sentido, podría decirse a la inversa: que esos trabajadores, reconociendo su condición de clase, deben buscar realizar su papel de mediación social

al servicio de una universalidad alternativa a aquella mercantil que le es presentada por el capital y por el Estado capitalista neoliberal. Esto significa, y aquí está el acierto de Foucault, abandonar de hecho la vieja perspectiva del intelectual burgués, en favor de su integración en la lucha de los trabajadores, como hacen, por ejemplo, los jóvenes activistas que ponen sus conocimientos y sus capacidades especializadas en comunicación al servicio de los movimientos sociales. O los estudiantes universitarios que se unen al movimiento de los trabajadores sin techo en Brasil, siendo, ellos mismos, trabajadores sin techo.

La idea, transpuesta de aquel “marxismo insustancial”, en la expresión de Foucault, citada arriba, de una universalidad que se resuelve en la cabeza del intelectual es sin duda criticable, pero eso no faculta decir que el enfoque de las luchas concernientes al “intelectual universal” se elabora “con la ayuda de conceptos simples o discursos acabados” (Idem, p. 104), aunque eso pueda ocurrir en algunos o en muchos casos. Menos aún, permite rechazar la inclusión de esas luchas “en el interior de una lucha más general, que se articularía en nombre de la Justicia, de la Ley ideal, del comunismo venidero etc.” (Idem, p. 105), privando a la clase trabajadora de la posibilidad de construir un proyecto global diferente de aquél donde todo es mercado. Al contrario, la interpretación que viene siendo presentada aquí, poniendo la cuestión en términos de subsunción del trabajo intelectual, reconoce el problema como fruto de un proceso histórico, consecuente de la ruptura fundamental que significa la reestructuración capitalista iniciada con la crisis de los años 1970, que se prolonga hasta hoy y de la cual el neoliberalismo, o mejor, su adopción como política estatal a nivel mundial es también un fruto, respaldando la nueva condición de la hegemonía global del capital financiero.

## Internet y el nuevo cambio estructural de la esfera pública

Los procesos de intelectualización arriba referidos no se limitan al mundo del trabajo, pues tienen un impacto profundamente desestructurador sobre la cotidianidad de las amplias masas de la población mundial, al transformar también los modos de consumo, en especial, en lo que nos interesa más de cerca, de consumo cultural. El desarrollo de las tecnologías de la información y de la comunicación y la separación lógica, arriba referida, entre *hardware* y *software*, de la revolución microelectrónica y el surgimiento de la informática en el día de hoy, forma parte de una tendencia más antigua, de cuantificación general de la realidad (Crosby, 1999), que se remonta al siglo XIII y desemboca en la gran Revolución Científica del XVI, condición necesaria para la Revolución Industrial y el surgimiento del capitalismo.

Podríamos ir más lejos, como fuimos con Sohn-Rethel, para destacar aquel momento crucial, del surgimiento de la filosofía, de la matemática pura y de la ciencia pura de la naturaleza, en la Grecia antigua, cuando el trabajo manual e intelectual se separan, a consecuencia de la forma dinero y del cambio generalizado de mercancías en el siglo VI a.C. Se trata, en suma, de una espiral ascendiente de abstracción y dominio, que lleva a Adorno y Horkheimer, a su vez, a localizar el esclarecimiento ya en Homero: “el cosmos venerable del mundo épico pleno de sentido se revela como obra de la razón ordenadora, que destruye el mito gracias precisamente al orden racional en la cual ella lo refleja”

(Adorno y Horkheimer, 2006).<sup>31</sup> Así, “los mitos que caen víctimas del esclarecimiento ya eran el producto del propio esclarecimiento”.<sup>32</sup>

Así el hombre se va distanciando de la naturaleza, para dominarla mejor, pero, para la mayoría de los hombres, no se trata propiamente de dominio sino, al contrario, de subordinación creciente a poderes que se le configuran más y más abstractos. El capitalismo representa el auge de ese proceso, pues marca una inflexión en el interior de esa larga tendencia, al promover una fundamental transmutación de medios en fines. Con esto, se superan, diría Marx, todas las barreras, físicas y morales, que limitaban el avance de las fuerzas productivas, de modo que el capital, sometido, y la clase de los capitalistas que lo representa pueden desarrollarse ampliando su dominio sobre la naturaleza y sobre los demás seres humanos.

El carácter contradictorio y antagónico del proceso no elimina el hecho de tratarse de una evolución de conjunto del género humano, sino lo cualifica. El movimiento tautológico de valorización del valor, a través de la explotación de trabajo humano no pago, exige formas cada vez más complejas de gestión y de control sobre individuos y colectividades en todos los planos de la existencia, lo que incluye el uso de la fuerza bruta, pero también, y crecientemente, cooptación y seducción. Es claro que en el mundo del trabajo, sistemas de

<sup>31</sup> En otra parte, los autores explican: “Todo ritual incluye una representación de los acontecimientos como representación del proceso a ser influenciado por la magia. Ese elemento teórico del ritual se volvió autónomo en las primeras epopeyas de los pueblos. Los mitos, como los encontraron los poetas trágicos, ya se encuentran bajo el signo de aquella disciplina y poder que Bacon enaltece como el objetivo a alcanzar. El lugar de los espíritus y demonios locales fue tomado por el cielo y su jerarquía; el lugar de las prácticas de conjura del brujo y de la tribu, por el sacrificio bien dosificado y por el trabajo servil mediado por el mando. Las deidades olímpicas no se identifican más directamente a los elementos, sino pasan a significarlos” (ídem, p. 20-21). Hay en esta configuración una contradicción, formulada por Nietzsche, que “conocía como pocos, desde Hegel, la dialéctica del esclarecimiento. Fue el que formuló su relación contradictoria con la dominación” (ídem, p. 47). Así, “cuando esa duplicidad del esclarecimiento se destaca como un motivo histórico fundamental, su concepto como pensamiento progresivo es extendido hasta el inicio de la historia tradicional” (ídem, p. 48).

<sup>32</sup> Idem, p. 20.

control más insidiosos son siempre necesarios, pero con el avance en dirección a formas de subsunción del trabajo intelectual, de modo que la extracción de las energías (mentales) de los trabajadores en la generación de la plusvalía exige un fuerte alistamiento de éstos, las formas más rudas de tipo taylorista son encubiertas por una serie infinita de ideologías y prácticas que estimulan el involucramiento, la participación en las decisiones etc.

Furtado define el concepto de “ruptura en el plano de la racionalidad”, vinculándolo a su definición de poder económico ya mencionado arriba.<sup>33</sup> El movimiento de subsunción del trabajo intelectual es un buen ejemplo, pues el conjunto de las relaciones de producción se ven afectadas. Cada clase, cada individuo debe adaptarse a las condiciones exigidas por el nuevo paradigma de la digitalización, impuesto por la potencia norteamericana, de acuerdo con sus estrategias de competencia industrial. El caso de la televisión de alta definición, en que los *standards* japonés y europeo disputaban la hegemonía a nivel global hasta principios de los años 1990, cuando Estados Unidos redefine los términos de la disputa, exigiendo adecuación al proyecto de digitalización de las infraestructuras globales de la información, es ejemplar, pues toda investigación deberá ser redireccionada para terrenos (telecomunicaciones y especialmente informática) en que la potencia global presentaba indiscutible ventaja, al contrario de lo que ocurría con la vieja industria electrónica, en que Alemania y Japón la habían suplantado a lo largo del período expansivo de la pos-guerra.

<sup>33</sup> La definición más amplia del autor, vinculando el concepto de ruptura en el plano de la racionalidad al de poder económico, se encuentra en el siguiente pasaje: “La ruptura en el plano de la racionalidad ocurre cuando el agente está capacitado para modificar el medio en el que actúa, presentando en su comportamiento un factor volitivo creador de nuevo contexto. El campo de lo posible se amplía y la racionalidad pasa a requerir una visión más abarcadora de la realidad. Asumiendo la creatividad, el agente impone la propia voluntad, consciente o inconscientemente, a aquellos que son alcanzados en sus intereses por las decisiones que él toma. Implícito en la creatividad existe, por tanto, un elemento de poder. El comportamiento del agente que no ejerce poder es simplemente adaptativo” (Furtado, 1978, op. cit., p. 17).

Realmente, desde el punto de vista de la política industrial, la reconquista de la hegemonía norteamericana, estremecida a lo largo de la década de 1970, consistió, como ya ocurriera, en lo concerniente a la política monetaria y a los movimientos políticos y militares en la era Reagan (Tavares, 1997), en promover un cambio de parámetros en su beneficio, obligando a los demás actores del juego internacional a rehacer sus estrategias. Los recursos estratégicos que les garantizaron la capacidad de virar el juego a su favor fueron, en este caso, los avances tecnológicos que, desde la guerra, venían siendo realizados en su complejo industrial-militar-académico. El internet es fruto también de eso y viene en la estela de la masificación ya de la computadora personal.

Lo que interesa enfatizar en este punto es el cambio que ella impone en las estructuras de mediación social vigentes en la segunda mitad del siglo XX, que vemos arriba. Consideremos tres paradigmas comunicacionales de base: el de la comunicación telefónica punto a punto, en que la empresa suministra el canal para comunicaciones interpersonales; el de la radiodifusión, en que los contenidos son transmitidos de un punto para una población receptora de grandes proporciones – y en este caso la interactividad, técnicamente posible, tiende a ser eliminada, en función de las características consolidadas en la explotación del negocio, sea por el Estado, sea por la empresa privada; y el del acceso remoto a bancos de datos informatizados. El internet es fruto de la convergencia entre esos tres paradigmas, con la superioridad de la perspectiva de los informáticos, de la inteligencia distribuida, por oposición a la de los ingenieros de telecomunicaciones, de la inteligencia centralizada.

Esa victoria del pensamiento informático en la organización de los sistemas telemáticos, no por alguna superioridad intrínseca de la tecnología en sí, sino por la desigual distribución del poder económico entre los actores principales participantes de la disputa, que orientan, por supuesto, las acciones estratégicas de cada uno, está bien ilustrada en el avance avasallador de internet y en el fracaso, al final, por ejemplo, del proyecto telemático francés, de

gran visibilidad internacional en los años 1990. El resultado más importante, sin embargo, es la constitución, a nivel global, de un espacio de interacción social, comúnmente llamado ciberespacio, para el cual toda forma de comunicación (interpersonal, masiva, pública, privada) converge. Esa convergencia, o sea, la constitución de una inmensa plataforma técnica por la cual tienden a pasar todas las comunicaciones humanas, es lo fundamental. La apariencia democratizante y todas las potencialidades envueltas están subordinadas a la funcionalidad mayor, de control social que el nuevo sistema facilita.

El carácter totalitario de éste queda encubierto por su lógica mercantil, de competencia, aparente, como ya acontecía con la vieja Industria Cultural, según Adorno, Horkheimer y todos los grandes representantes del pensamiento crítico que se expresaron sobre el tema. Pero, en la vieja Industria Cultural, la asimetría entre emisor y receptor era evidente y justificaba, en las condiciones históricas de pos-guerra, la existencia de mecanismos de regulación y de sistemas públicos de televisión. La fragilidad de los estudios de recepción, además, está justamente en el hecho de exagerar la capacidad de resistencia, de re-significación etc., de los consumidores de cultura, acabando por recaer en el relativismo pos-modernista, o en una especie de populismo de mercado, al considerar la posibilidad de algún tipo de ciudadanía por el consumo (Canclini, 1995).

Con el internet, la ecuación se complica, en la medida en que el aumento de la concentración es negado por la apariencia de un sistema de competencia y anárquico. Lo que ocurre, en verdad, es una nueva división de trabajo y de poder entre los agentes principales, un nuevo equilibrio del peso relativo de los grandes actores nacionales e internacionales, reconfigurando todo el sistema de mediación, que no elimina la Industria Cultural, sino la subsume en una totalidad mayor, más característicamente mercantil, con mayor capilaridad, la cual no ofrece simplemente, sino exige actividad de parte de los consumidores. La lógica mercantil se extiende, con eso, no solo a toda producción cultural, reduciendo la autonomía de las



culturas de resistencia, sino a todas las relaciones sociales, al interior de la vida cotidiana, que así quedan completamente envueltas en un ambiente de mercado naturalizado, conocido eufemísticamente como “sociedad en red”, a decir de Manuel Castells, referido arriba, en el capítulo 6.

Volvamos por un instante a los fundamentos. El mercado, esa “espesa red de relaciones producción” (Rubin, 1980), funcionando de acuerdo con la lógica aparente de la economía mercantil (M-D-M), se presenta como una esfera de ciudadanos libres e iguales que buscan en el cambio la satisfacción de sus necesidades humanas. La forma de la circulación general de las mercancías, por otro lado, “impide al dinero recorrer un circuito. El resultado es el alejamiento constante del dinero de su punto de partida, sin la vuelta a ese punto” (Marx, 1980). En el interior de la circulación general de las mercancías, sin embargo, algunos agentes, los capitalistas, funcionan según una lógica invertida (D-M- D), con una segunda intención: invierten D esperando un retorno mayor (D') y “el doble cambio de la misma mercancía ocasiona la vuelta del dinero a su punto de partida” (Marx, 1980). Así, el dinero regresa siempre aumentado al punto de origen, de modo que el sistema presenta una inevitable tendencia a la concentración – expresada en la ley general de la acumulación capitalista – la cual se observa, además, históricamente, incluso en el caso de internet.

En esta, la existencia de una multitud inmensa de individuos cuyas acciones no tienen la capacidad de alterar la lógica del conjunto, o sea, de una sociedad a la cual los sujetos, libres e iguales, deben adaptarse, en la cual, en fin, no se verifican mayores asimetrías, es la apariencia que enmascaró la realidad de una brutal concentración de poder en las manos de actores empresariales, como Google, Facebook, Microsoft, o estatales, como las agencias del tipo NSA o el Departamento de Estado norteamericano, los cuales disfrutaban el efectivo control del sistema en su conjunto. Esos pocos grandes actores, por ser justamente aquellos que disponen

de poder económico,<sup>34</sup> se escapan a los constreñimientos que la red (la sociedad) impone a la inmensa mayoría de los participantes, incorporados básicamente como consumidores de cultura.<sup>35</sup>

La red de redes es la quintaesencia de la integración por el consumo a la que me referí extensamente arriba, golpeando fuertemente la autonomía cultural de la clase trabajadora, para lo que disputa la lógica hegemónica de la diversidad, que solo el mercado unifica. Es claro que existe también una lógica de la esfera pública envuelta en la organización de la red, que yo mismo apunté en mi primer trabajo sobre lo tema:

En el caso de la nueva esfera pública global, lo que se puede observar es que el paradigma de la comunicación de masas se mantiene para la gran mayoría de la población mundial, reforzándose aún más

<sup>34</sup> Sería interesante analizar el caso de aquellos capitales que, aunque siguiendo, en el ámbito de la economía de internet propiamente dicha, estrategias adaptativas – o sea, que no disponiendo de poder económico en ese ámbito – ejercen posición de liderazgo en los mercados particulares en que actúan. Usan el internet como herramienta, pero sus estrategias no contemplan (lo que no significa que no vengán a contemplar en otro momento) disputar el mercado de las llamadas *internet pure players*. El caso de la empresa Amazon quizá sea lo más interesante a ese respecto, pero no interesa entrar aquí en esas minucias.

<sup>35</sup> Es claro que, en la extensión y complejidad de la red, otras formas de inserción y otros tipos de relación social han de existir. Existe trabajo, por ejemplo, incluso trabajo gratuito, productor de diferentes utilidades, especialmente innovaciones, que pueden venir a ser adoptadas por empresas, las cuales se beneficiarían, así, de reducción de costes de investigación, etc. Todo eso es materia de estudio. Nada nos permite, sin embargo, afirmar que aquella multitud de individuos que acceden a internet o a los sitios de redes sociales diariamente, sean trabajadores explotados – como hace, entre otros, Christian Fuchs, citado arriba – por el simple hecho de que introducen en el sistema sus datos personales o dejan rastros de navegación. Si hay algún sentido para la expresión “*prosumer*” que el autor adopta, es el de que los productores se vuelven consumidores y no el contrario. Así, músicos se vuelven consumidores de *softwares*, equipos de producción y, por cierto, servicios de los motores de búsqueda, de los sitios de redes sociales etc., aunque no paguen por estos, al estar sometidos al modelo de financiación publicitaria. Pero solo se volverán trabajadores productivos para el capital si lograran establecer con este una relación de subsunción formal. Antes de eso, forman parte del ejército industrial de reserva que, en el campo cultural, asume formas particulares bien conocidas (ver a BOLAÑO, César. *Industria Cultural, Información y Capitalismo*, op. cit.).

su sentido manipulador y, principalmente, el carácter inocuo del proceso democrático burgués. Paralelamente un sector restringido de la población, aunque siempre creciente en términos absolutos, constituirá una masa crítica capaz de influenciar en mayor o menor medida las decisiones de los políticos. En realidad, incluso en el interior de esa masa crítica, las posibilidades de acción en relación al poder serán no solo variables de acuerdo con la coyuntura, sino sobre todo asimétricas. (Bolaño, 1997)

Dos décadas después, considero los pronósticos acertados, pero sería prudente ahora insistir en la necesidad de evitar todo optimismo en relación con las posibilidades de construcción de una esfera pública crítica, aunque restringida, reproduciendo, a nivel global, la estructura de la vieja esfera pública burguesa del siglo XIX, pues, aun abarcando una parcela muy pequeña de la población, con un poder de presión mínimo y limitado a nivel de los estados nacionales – además coyuntural, asimétrica etc. – esas posibilidades vienen siendo drásticamente reducidas en los años recientes, en la exacta medida en la que, desde la crisis de las empresas de tecnología de 2000, avanzan los intereses comerciales y crece la concentración. Así, el modelo de la Industria Cultural queda subsumido en el nuevo sistema de mediación, pero su lógica social (publicitaria)<sup>36</sup> se generaliza, consolidándose, por tanto, en el interior de la propia red y en sus diferentes estratos.

No se trata, por tanto, de la derrota (finalmente, como quieren algunos) del sistema antiguo, sino del perfeccionamiento de sus mecanismos de manipulación y de control social, lo que exige, una vez más, como en el momento del surgimiento del radio o de la tele-distribución por cable, la esterilización de las posibilidades de

<sup>36</sup> No interesa entrar aquí en el análisis de las diferentes formas de financiación o de los llamados modelos de negocio, los cuales son no solo extremadamente variados en el interior de la red, sino que están aún en franca evolución. Hago referencia a la lógica publicitaria porque, además de hegemónica, se trata, al mismo tiempo, de un eslabón y de móvil de la competencia entre los dos paradigmas (de la TV de masas y de internet) en disputa en la actual transición del sistema de mediación social.

interacción humana que la técnica ofrece, no solo por su potencial político subversivo, sino especialmente por las necesidades de los modelos de explotación económica adoptados. En el caso de internet, hay una peculiaridad importante, pues se trata de una interactividad siempre mediada por el aparato técnico, que distancia los humanos de la misma forma, referida arriba, en que, en la fábrica posfordista, una nueva categoría técnica se interpone entre el hombre y la naturaleza, con la separación no solamente conceptual entre *hardware* y *software*. La cosa, en este caso, es una inmensa plataforma global que retiene toda comunicación, toda información que por ella pasa, tornándola accesible, en los límites de las condiciones técnicas y económicas de cada uno, a los agentes con poder económico que concurren por el control de corazones y mentes, con objetivos publicitarios, propagandísticos o de pura y simple vigilancia.

El potencial contra hegemónico de la red también existe, por cierto, como fue apuntado en el último fragmento citado arriba, y no pocos ejemplos históricos podrían ser dados en ese sentido, pues ya no hay movimiento social, sindicato o partido político que no actúe en la red. No obstante, se debe tener en mente, en primer lugar, las asimetrías en términos de la capacidad de cada actor en la utilización de la red en su propio beneficio; en segundo lugar, las asimetrías en términos de la capacidad de desarrollar soluciones técnicas que acaban por influir en la trayectoria tecnológica de la propia red; finalmente, los peligros de una utilización inadvertida de un sistema de control y vigilancia tan sofisticado, como deja clara la experiencia de las llamadas primaveras árabes. También la articulación de los *sites* de redes sociales con las estrategias de las empresas de medios de comunicación hegemónicos en Brasil, desde los movimientos de calle de 2013 hasta el *impeachment* de la presidenta Dilma Rouseff, debe ser estudiado en esa perspectiva.

En esas condiciones, el uso consecuente de la red con objetivos contra hegemónicos es posible y necesario, pero debe reconocer claramente los límites estructurales que definen la agencia individual y colectiva. Se debe precaver, particularmente, contra

la prevalencia de estrategias de financiamiento de los colectivos de activistas (mediadores) que vengán a reforzar lógicas mercantiles o clientelistas en detrimento de la construcción de lazos de solidaridad y formas de organización colectivistas pues, más allá de objetivos políticos inmediatos, lo que está en juego, en última instancia, es la construcción de una alternativa global de organización de la cultura, por oposición a la forma mercancía dominante y siempre expansiva.

## Conclusión. La batalla de la comunicación y los desafíos de la izquierda latinoamericana

Las reflexiones que siguen no se aplican en general al caso de Cuba, que pasó por una revolución inédita en el conjunto de los otros países latinoamericanos. Las fundamentales consecuencias que se abatieron sobre éstos ocurrieron en función de las políticas regionales adoptadas, como reacción, por la potencia norteamericana, permaneciendo la isla como un punto fuera de la curva a lo largo de las décadas que siguieron a la revolución, marcadas por la consolidación de la hegemonía de Estados Unidos en el mundo capitalista. Excepto Cuba, los diferentes países de América Latina, en el contexto de la Guerra Fría, evolucionaron de forma semejante, en una trayectoria de dependencia doblemente determinada, por los intereses externos, de un capitalismo crecientemente globalizado, e internos, definiendo, en cada caso, una solución específica en términos de inserción en la división internacional del trabajo.

Esto no es nuevo. Toda la historia americana, desde la llegada de los europeos en el período de la constitución del mercado mundial, presenta esa tendencia básica de consistente subordinación a intereses externos, en alianza con poderes locales que se benefician de la relación de dependencia, acabando por definir las especificidades de cada situación en el interior de una corriente general bastante homogénea.

El fin de los regímenes militares que proliferaron en el continente en los años 60 y 70 del siglo pasado coincidió con la mayor derrota sufrida por la clase trabajadora a nivel global desde la catástrofe de las guerras imperialistas de la primera mitad del siglo. No solo cayó el socialismo real ruso y europeo, con impactos dramáticos sobre la parcela del globo que se encontraba bajo el manto del poder soviético, sino el propio Estado de bienestar social de Europa Occidental y las políticas keynesianas en general, se vieron bajo el ataque de la parte del neoliberalismo triunfante, comandado por la ahora única potencia global, la cual retomaba de forma espectacular, en el Gobierno Reagan, la hegemonía amilanada en los años 1970.

En América Latina, la democratización coincidió, en esas condiciones, con los programas de ajuste ortodoxo llevados adelante por partidos de centro derecha. Desde finales de los años 90, la izquierda, que resistiera bravamente a los regímenes autoritarios, presentándose enseguida como alternativa a la política de sacrificios impuesta por el neoliberalismo, llega finalmente al poder, con la elección de partidos, en la mayoría de cariz neo populista, que mezclaban, en general, políticas macroeconómicas ortodoxas con fuertes inversiones sociales, permitiendo reducciones significativas de los niveles de miseria y la inclusión por el consumo de sectores populares – facilitado por el llamado *boom* de las *commodities*, con el crecimiento de la demanda china, pero también de la reducción de los precios de los productos industrializados que la oferta china representó – sin, a pesar de eso, alterar el modelo de desarrollo. Al contrario, el sector industrial va perdiendo terreno y las antiquísimas ideas sobre la supuesta vocación agrícola reaparecen, acondicionadas por el éxito del agro-negocio.

Brasil comanda en buena medida el proceso y llega a formular un proyecto de relaciones internacionales conjugando políticas desarrollistas, de integración y modernización de las infraestructuras en América del Sur, con un diálogo más intenso sur-sur y la adhesión al grupo BRICS (Brasil, Rusia, India, China y África del Sur), en un mundo en el que la hegemonía norteamericana

vuelve a ser cuestionada, después de los ataques a las torres gemelas de septiembre de 2001 y las invasiones de Afganistán y de Irak que le siguieron. Así, aunque la brutal superioridad militar de Estados Unidos no sea puesta en cuestión, los costes de la guerra al terrorismo y la inadecuación de los instrumentos heredados de la Guerra Fría para una situación que Robert Kurz calificó como “guerra civil mundial” (Kurz, 1993) ponían en duda su capacidad de coordinación, mientras la inestabilidad económica ya se hacía sentir en el territorio americano, con la crisis de las empresas de tecnología anunciando tiempos muy difíciles en lo adelante.

Con la crisis global de 2008 y la desaceleración china, las bases de sustentación de las experiencias neo desarrollistas latinoamericanas se debilitan. En esas condiciones, poderosas coaliciones de derecha pasan a organizarse para retomar el poder, sea por vía electoral, sea por algún tipo de golpe judicial-parlamentar, como lo que ocurrió en Brasil en 2016. La característica de ese retorno de la derecha al poder, como ya he mencionado, es la de una alianza de un modelo económico ultra liberal con sectores conservadores que pretenden revertir las conquistas realizadas en el período anterior en materia de políticas de reconocimiento y de diversidad. El resultado, a juzgar por el caso de Brasil, ha sido una permanente inestabilidad política y –con la falta de compromiso del Estado en relación con las políticas de salud, educación, vivienda, transporte, seguridad pública, aliado al ataque a los derechos laborales y a la seguridad social en marcha – perspectivas de profundización de la miseria, de la exclusión social, del caos y de la violencia.

A lo largo de todo el período aquí considerado, observamos, que la estructura de los sistemas de comunicación a nivel mundial se modifica profundamente desde la expansión de internet, en consecuencia de su privatización, en 1995, del avance de los *sites* de redes sociales y del internet móvil, para no hablar de la actual banalización de la llamada “internet de las cosas”, de los *drones* y de las cámaras de seguridad, que asemejan nuestro “mundo vigilado”, en la expresión de Mattelart, (Mattelart, 2009) al panóptico de



Bentham –emprendedor de “ilimitadas facultades imaginativas de ingeniero social”, para quien, según Polanyi, “el *laissez-faire* era solo otro instrumento más de la mecánica social”– (Polanyi, 1992), siendo el derecho a la privacidad flagrantemente irrespetado en nombre de una seguridad precaria, mantenida a duras penas por un sistema totalitario en su esencia, pero aparentemente libre, que el neoliberalismo nos legó.<sup>37</sup>

El terrorismo, como el comunismo en el período de la Guerra Fría, ofrece una justificación poderosa para ese sistema de control social y vigilancia, que se adecua, además, a la corriente de criminalización de prácticas tan diversas como el consumo de drogas o el acceso a bienes culturales sin pago de derechos de autor, que el propio internet facilita y, por tanto, a la descarga sobre los individuos de la responsabilidad por los males sociales que el desarrollo capitalista acarrea.<sup>38</sup> Las estrategias de resistencia, en esas condiciones, pasan necesariamente por la recuperación de formas colectivas de producción de sentido y por la construcción de nuevas formas de existencia, capaces de proteger al individuo del desamparo a que la gestión neoliberal de lo social lo lanzó.

Las políticas de la diversidad, las luchas por derechos civiles y por el reconocimiento son parte de esas formas de resistencia, pero el propio mercado se encarga de esterilizar su potencial transformador, a la falta de formas concretas de unificación de las energías creativas de los diferentes sectores de una clase

<sup>37</sup> Michel Foucault recuerda, además, al respecto del panóptico, que si él es propuesto originalmente como un “procedimiento para vigilar la conducta de los individuos en el interior de determinadas instituciones, como las escuelas, las fábricas, las prisiones, aumentando la rentabilidad y la propia productividad de la actividad de ellas”, al final de su vida, Bentham pasa a presentarlo como “la propia fórmula de un gobierno liberal” (Foucault, 2008, p. 91).

<sup>38</sup> El intervencionismo neoliberal va, así, mucho más allá de lo preconizado por Bentham –para quien “únicamente cuando el gobierno, limitado de inicio a su función de vigilancia, ve que algo no acontece como exige la mecánica general de los comportamientos, de los cambios, de la vida económica, que él deberá intervenir” (Foucault, 2008, p. 91)–, pues el propio sistema se encarga de ampliar paulatinamente la lista de los comportamientos considerados inaceptables y sujetos a sanción.

trabajadora hoy extremadamente fragmentada. Los aspectos de esa fragmentación, jerarquización y otros, citados anteriormente, ilustran las dificultades de ser enfrentadas, pero se pone claro también, por el propio movimiento de subsunción del trabajo intelectual y de intelectualización general de todos los procesos de trabajo y del consumo, que el desarrollo de las fuerzas productivas coloca, por primera vez, la posibilidad concreta de una reconciliación entre trabajo manual y trabajo intelectual, más allá de la articulación promovida por el capital, en su interior y en su propio beneficio.

Así como la automatización flexible sustituye por robots al trabajador especializado de la fábrica taylorista-fordista, tornando su trabajo redundante, el intelectual especialista, para usar la expresión de Foucault, interpretada a nuestra manera, está a merced también de los desarrollos de la informática, como en el caso extremo de los robots escritores (*bots*) que asombran hoy a los periodistas de carne y hueso. El propio Sohn-Rethel formuló rigurosamente la cuestión en términos de definición de una unidad de medida entre función humana y función de la máquina.<sup>39</sup>

Supuestamente, sin embargo, no pudo encontrar en su vida, el operador a nivel concreto del principio de socialización total del trabajo, capaz de señalar la posibilidad de unidad social del trabajo corporal e intelectual, aunque no se deben menospreciar sus desarrollos sobre taylorismo, racionalización y automatización.

<sup>39</sup> “Esa unidad de medida entre función humana y función de la máquina en el proceso de producción es también aquella que se define por sí como el principio de la socialización plena del trabajo. La función de la maquinaria en el establecimiento moderno de producción corresponde a los cálculos de la tecnología científica, por tanto (...) [del] pensamiento universal socializado. En virtud de su unidad operativa de medida con las funciones de la máquina, por tanto, el trabajo manual en el proceso continuado de trabajo está socializado en tal grado que permite establecer la igualdad de nivel con la forma de pensar científica. El trabajo intelectual en las ciencias naturales y las funciones físicas en el proceso de producción se encuentran a nivel homólogo de la socialización. La mencionada unidad operativa de medida, en que éste estado fundamental de cosas se expresa, postula la posibilidad de la unidad social de trabajo manual e intelectual” (Sohn-Rethel, 1995).

Yo mismo presenté una línea de investigación para responder al problema, referida también arriba pero, para nuestros propósitos en este texto, basta explicar la importancia – no solamente académica, sino vital para la formulación de una praxis transformadora adecuada a los desafíos enfrentados por la izquierda, incluso latinoamericana, en el siglo XXI – del esclarecimiento, al respecto, de la nueva composición de la clase trabajadora, sus características sociológicas, aspiraciones, niveles de conciencia y, fundamentalmente, las condiciones objetivas y subjetivas de superación de la fragmentación y construcción de una alternativa cultural contra hegemónica que garantice autonomía y unidad en la diversidad.

Desde el punto de vista de la comunicación, se trata, sobre todo, de fortalecer y dar coherencia a los instrumentos de coordinación interna, en un sentido semejante a aquel citado arriba, cuando me referí a los escritos de Lenin, con la diferencia, fundamental, de que se trata ahora de construir no un partido unificado, como en la Rusia de inicio del siglo XX, sino los mecanismos de coordinación que permitan garantizar la autonomía cultural de la clase trabajadora.

Instituciones como la escuela, los “puntos de cultura” creados en el gobierno de Lula, en Brasil, las asociaciones culturales en los barrios, en las ocupaciones, en la ciudad y en el campo, en las universidades, sindicatos, grupos de teatro independiente, pueden ser la base para la construcción de una red horizontal, de comunicación popular y alternativa, actuando conscientemente dentro, pero especialmente fuera de la red de vigilancia que es el internet, buscando la autonomía cultural de la clase trabajadora y la producción de formas de existencia solidarias, no mercantiles, que solo será posible por la acción de individuos capaces de realizar otra mediación posible, como ya ocurre en diferentes movimientos sociales, como los de los trabajadores sin techo o de los trabajadores sin tierra.

La acción de periodistas y comunicadores de todo tipo, de productores culturales, asistentes sociales y otros trabajadores

intelectuales, es fundamental para la realización de ese tipo de comunicación cuyo objetivo es fortalecer la identidad de clase, promoviendo la unidad en la construcción, no de un programa o de una estrategia solamente, sino de una alternativa completa, contra hegemónica, para el sistema global de cultura, combinado con formas de democracia participativa y de acción directa por parte de los trabajadores organizados en la base. La función primordial de un partido de izquierda, identificado con los intereses de la clase trabajadora, que eventualmente llegue al poder debe ser el empoderamiento de la clase y de sus organizaciones autónomas. La lucha de clases en el plano de la cultura es absolutamente fundamental, teniendo en perspectiva la pérdida, como advertimos, de la autonomía cultural en función de las tendencias operantes a lo largo de todo el siglo XX.

En lo que se refiere a los medios masivos, dos actitudes fueron adoptadas por los diferentes gobiernos de izquierda latinoamericanos en el período reciente: aquella ya brevemente apuntada arriba, del Partido de los Trabajadores, en Brasil, a que Murilo Ramos, en texto citado arriba, se refirió como la del “hechizo del tiempo” y otra, mucho más activa, que buscó alterar la correlación de fuerzas en la distribución de los recursos de poder que son los medios de comunicación de masas, a través de leyes que trataban de regular de forma más democrática las comunicaciones y el mercado de televisión en particular. No es posible hacer un balance de las experiencias, como alerté al inicio, pero aparentemente no se llegó, en general, por esa vía, a alterar sensiblemente la estructura de poder representada por los oligopolios mediáticos. Con el retorno de la derecha ocurrido a nivel regional, en este momento, las conquistas alcanzadas han sido rápidamente revertidas, lo que forma parte, naturalmente, del juego político, agravado por la falta de tradición fuerte de servicio público y de regulación democrática de medios en América Latina, al contrario de Europa, de Canadá, o el mismo Estados Unidos, salvo honrosas excepciones.

Por otro lado, aun cuando la democratización de las comunicaciones propuesta por las diferentes leyes de medios estuviese perfectamente consolidada, la gran cuestión hoy es la de la regulación de internet, un problema extremadamente complejo, teniendo en perspectiva las enormes posibilidades de *by-pass* de las regulaciones nacionales que la red experimenta. Países como China o Rusia han conseguido mantener autonomía en el área. El caso del Marco Civil de Internet en Brasil, por su parte, indica la posibilidad de iniciativas de regulación democrática, estableciendo límites a la operación de los instrumentos de control y vigilancia de las empresas e instituciones internacionales, básicamente norteamericanas, que dominan la red, en beneficio de los derechos individuales y colectivos representados en la sociedad civil organizada.

En la disputa en torno a la regulación de ese dispositivo confluyen los intereses de todos los agentes detentores de poder económico a nivel mundial. La clase trabajadora estará representada, de alguna forma, a través de los diferentes estados nacionales en ciertos foros, pero también por la presión directa que pueda hacer como fuerza social organizada a nivel nacional e internacional. Aquí fueron presentados de alguna forma, principios y condiciones a ser considerados en la formulación de las estrategias que deberían dirigir la acción de los trabajadores organizados y de las izquierdas, en general, en el enfrentamiento de esa batalla que promete ser épica. Las cuestiones referentes a los derechos individuales y a la diversidad en especial, son claves, pues representan intereses fragmentados que es preciso unificar. A ese respecto, la clase trabajadora debe ofrecer un proyecto de unificación de todas las luchas sectoriales, basada en criterios de reconocimiento y solidaridad, por oposición a los criterios, necesariamente excluyentes, de la solución puramente mercantil que los poderes globales nos pretenden imponer.

## APÉNDICE

### Medios hegemónicos, medios sociales, políticas de comunicación y ruptura política en Brasil (2013-2018)

Los cambios estructurales que afectarán a las industrias culturales brasileñas, a partir de la situación descrita en la tercera parte de este texto, ya eran previstas desde, por lo menos, la segunda mitad de los años 80 del siglo pasado y estaban relacionadas con las tendencias de segmentación de públicos según la evolución del mercado publicitario, como consecuencia de los cambios en el modelo de desarrollo (Bolaño, 2004). La introducción de los diferentes sistemas de TV paga (vía cable, satélite o micro-ondas, que hasta recientemente tenían regulaciones diferentes en el país), no obstante, no llegó a alterar la estructura del mercado de TV de masas y la propia TV segmentada terminó cayendo bajo el control de las principales empresas que ya dominaban los oligopolios culturales en el país, especialmente la TV Globo, a partir del momento en el que se inicia el proceso de oligopolización del mercado de TV por cable, consolidado en 1995, cuando se establece lo que Valério Brittos llamó la fase de la multiplicidad de la oferta (Brittos, 2001).

Cambios más significativos en lo concerniente al juego de los actores principales tendrían que esperar el proceso de privatización de las telecomunicaciones en la segunda mitad de los años 1990, a pesar de que el impacto de ese movimiento sobre el mercado de

televisión solo viniese a ser conocido años más tarde, no obstante el choque sufrido ya en ese momento por la Globo, que perdió la oportunidad de comprar la más codiciada de las empresas en las que se dividió la Telecomunicaciones de Brasil S. A. (TELEBRÁS) antes de la venta, la Telecomunicaciones de Sao Paulo (TELESP), gracias a una jugada inesperada de la española Telefónica que será la gran vencedora, al lado de la Telmex, que adquirirá posteriormente la Empresa Brasileña de Telecomunicaciones (EMBRATEL), rematada en la ocasión por la norteamericana MCI. Es así, que se instalan en el país los grandes competidores que pasarán a dirigir, en lo que nos interesa aquí, los mercados de telefonía (fija y móvil), TV segmentada e internet.

La ley del servicio de acceso condicionado (SEAC), de 2011, que se refiere justamente a todas las formas de TV segmentada, marca una ruptura con la estructura anterior, legalizando una nueva división de trabajo que venía siendo definida a lo largo de la década y media posterior a la privatización. La disputa en términos de legislación será evidentemente determinante aquí, pero lo que interesa enfatizar es que la ley viene a consolidar la posición negociada, entre los actores empresariales sobre todo, a lo largo del proceso. Es verdad que la solución contempla también reclamos de sectores del movimiento por la democratización de las comunicaciones, envueltos en los debates, que luchaban por la definición de cuotas de producción regional e independiente, dando más poder a un importante órgano regulador como es la Agencia Nacional de Cine (ANCINE), que pasa a fiscalizar el sistema desde el punto de vista de la oferta de contenido, mientras la Agencia Nacional de Telecomunicaciones (ANATEL) continúa regulando la infraestructura. El avance en términos de democratización del sistema es, sin embargo, muy limitado, pues, de un lado, la ley no alcanza la TV de masas y, de otro, las cuotas no alteran el modelo más general, que deja al sector empresarial las decisiones que, en última instancia, definen la oferta de contenido en

el país, como ocurre también, por ejemplo, con las leyes de incentivos fiscales a la cultura.<sup>40</sup>

Las grandes victoriosas, al final de cuentas, fueron las compañías telefónicas operantes en el país, que ganaron el derecho de oferta del *triple play*, resguardándose para el capital nacional solo la operación de la vieja TV de masas, que garantiza aún, como vemos, no solo su principal posición económica en el país, sino también su capacidad de articulación de intereses políticos regionales y su poder de *lobby*. La Globo, en particular, sale beneficiada, al menos en el corto y mediano plazo, como evalúa uno de sus propietarios, Roberto Irineu Marino:

Pasamos a concentrarnos en la producción de contenido y hemos cada día aumentado nuestra calidad, sea en la creación, sea en la realización. Posteriormente, la Ley N. 12485 prohibió que productores y programadores de contenido de TV paga controlasen activos de distribución y telecomunicaciones y vice-versa, la llamada 'quiebra de la cadena del valor'. Así, mantener el control de NET y Sky hoy no sería posible (Bolaño, Motta, Santos, 2015).<sup>41</sup>

Lo que ocurre, por tanto, es un avance de la internacionalización que rompe la estabilidad del sistema verificada hasta el final del siglo pasado, a pesar de que los posibles entrantes ya habían roto la barrera principal, estableciéndose en el país, con la privatización, como actores hegemónicos en el sector de telecomunicaciones, en un momento en el que la convergencia tecnológica ya indicaba la posibilidad de un aniquilamiento de fronteras que tornaría

<sup>40</sup> Una vez más, la cuestión es más compleja, pero no cabe entrar aquí en mayores detalles. Sobre la evolución de la legislación brasileña en materia de comunicación, ver a Bolaño, César. *Qual a lógica das políticas de comunicação no Brasil*, op. cit.; Ramos, Murilo. *El hechizo del tiempo*, op. cit. Sobre las leyes de incentivo, ver a Bolaño, César; Motta, Joanne; Moura, Fábio. *Leis de incentivo à cultura via renúncia fiscal no Brasil*. In: Itaú Cultural. *Políticas culturais: pesquisa e formação* Sao Paulo: Itaú Cultural, 2012, p. 13-48.

<sup>41</sup> Entrevista citada en Bolaño, César; Motta, Joanne; Santos, Anderson. *Introdução à segunda edição de Brittos, Valério; Bolaño, César, Rede Globo: 40 anos de poder e hegemonia* São Paulo: Barão de Itararé, 2015, p. 34.



controvertidos los mercados del audiovisual, especialmente el de la TV segmentada.

Ya se había dicho, y es redundante, que el poder constituido en el campo de la comunicación en Brasil durante el gobierno militar no sufre ningún estremecimiento durante el período en el que el Partido de los Trabajadores estuvo en el poder. Ahora vemos que la regulación sectorial ha experimentado transformaciones significativas y fundamentalmente conducidas, a diferencia de lo que sucedió en otros países latinoamericanos, por las propias partes interesadas del negocio, quedándose básicamente el gobierno en posición de espectador privilegiado. Y esto no por falta de movimiento y de presión de la parte de la sociedad civil organizada.

Una excepción en esa trayectoria fue el Marco Civil de Internet, considerado entre los más avanzados modelos de regulación de internet del mundo, que venía siendo producido con fuerte participación de la sociedad civil y acabó siendo ratificado por Dilma Roussef en 2013, después de la revelación, por *Wikileaks*, basado en las informaciones de Julian Assange, de que la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) de Estados Unidos había espiado al gobierno brasileño, incluso las comunicaciones de la propia presidenta de la República. Los avances de esa legislación, sin embargo, pasan a ser amenazados por los gobiernos de Michel Temer, primero, y de Jair Bolsonaro, en seguida, especialmente el principio de la neutralidad de red, lo que abriría espacio para un nuevo avance de los intereses privados en la regulación de las comunicaciones en el país, en detrimento de la perspectiva de servicio público que los movimientos por la democratización de las comunicaciones han defendido históricamente.

Ese posible retroceso responde, en todo caso, a una tendencia mundial de avance de las formas de regulación mercantil del vínculo social, de las cuales internet es, como vemos, una punta de lanza. Ocurre que el propio origen de la red carga una contradicción, siempre enfatizada por parte significativa de los trabajadores intelectuales que la desarrollaron, defensores de una ideología

libertaria, que resiste, bajo varios conceptos y en diferentes instancias, al predominio de los intereses comerciales y abarcadores. Esa ideología *hacker*, contradictoria, defensora radical de las libertades y derechos individuales, por su rechazo al monopolio y al poder centralizado, acaba por aproximarse a posiciones más a la izquierda, defensoras del servicio público y de formas de regulación al servicio de los intereses de la clase trabajadora. Cómo manejar creativamente esa contradicción es un desafío, pero sobretodo una oportunidad para las izquierdas en este momento en el que las utopías deben ser refundadas, superando los procederes autoritarios del socialismo real del siglo XX.

Se abre, así, un horizonte de posibilidades de movilización de las energías creativas de la clase trabajadora, en busca de formas de mediación social hasta ahora desconocidas, incorporando las actuales experiencias de los colectivos de activistas y tratando de superar los límites de las utopías liberales, individualistas, de la ideología *hacker*, aún impregnada de exquisiteces y falsas ilusiones. Una construcción como ésta exige total autonomía de la clase trabajadora, no solo en relación con el Estado, sino especialmente en relación con los diferentes partidos de izquierda que, en el poder, pasan a pautar sus acciones por el realismo político de aquellos que asumen la función de administrar el capitalismo, muchas veces contra los intereses de la clase que pretenden representar.

La comunicación juega un papel fundamental en la construcción de la autonomía y de la capacidad de resistencia de la clase obrera. En el caso brasileño, fue sistemáticamente descuidada por el Partido de los Trabajadores (PT), que privilegió el *marketing* político a la acción sistemática de apoyo a la construcción de formas de comunicación horizontales, no manipuladas, coherentes con una línea de acción, que lo caracterizó en el pasado pero que ha sido abandonada cuando estuvo en el poder, de creación de instrumentos de democracia directa, como aquellos que destacaron las experiencias de gobierno del partido en Río Grande del Sur, por ejemplo, como la organización

de foros sociales, o las prácticas de presupuesto participativo, entre otras.

Pero el tema de los retrocesos es mucho más amplio. La transición política ocurrida en Brasil, en el período 2013-2018, de un gobierno de centro-izquierda, responsable por trece años de un proceso sin precedente de inclusión social, hacia otro, de extrema derecha, fue un proceso complejo, cuyo análisis abarca una multiplicidad de factores. Entre éstos, méncionese las enormes pérdidas relativas a los avances sociales conquistados no solo durante los gobiernos del PT, sino especialmente los derivados de la Constitución de 1988 e incluso de la Consolidación de las Leyes del Trabajo (CLT), del Presidente Getulio Vargas, de los años 1940. La reforma, en tramitación hoy en el Congreso Nacional, del sistema de seguridad social representa un retroceso en la ya débil construcción de un sistema de bienestar social diseñado a lo largo de las décadas posteriores a la Revolución de 1930, un retroceso histórico que incluso el régimen militar (1964-1985) no logró suscitar.

Esa inversión de tendencia se presenta aún más dramática, si consideramos que el retorno a las calles de los movimientos sociales, en junio de 2013, fue obra de grupos que reivindicaban transporte, salud y educación, en suma, nada más allá de la profundización de la agenda social del gobierno petista, pero la respuesta de este fue timorata y errática. Diferente a 2008, la crisis internacional afectó fuertemente la economía brasileña en 2011 y las, hasta entonces, exitosas políticas anti cíclicas, ya no funcionaban. En esas condiciones, el gobierno balanceó entre el clamor de las calles y la presión del gran capital por un enfoque más acérrimamente neoliberal en materia de política de ajuste.

De otra parte, al lado de aquellos movimientos sociales con ideales de izquierda, otros bien distintos, empezaron a manifestarse, desde cierta clase media, esgrimiendo palabras de orden contra la corrupción y por el *impeachment* de la presidenta Dilma Roussef. Entre 2013 y 2016, ese segundo grupo pasó a dominar completamente las calles, constituyendo finalmente la base social

de los cambios radicales que ocurrieron en el sistema político nacional entre 2016 y 2018. Está claro que esa participación de la clase media en movimientos de ese tipo no es ninguna novedad en el país. Las manifestaciones “con Dios, por la familia y la libertad”, en vísperas del golpe militar de 1964, son célebres. Tampoco es nueva la articulación entre cierto tipo de políticos de derecha, militares – parte también de la clase media, con ancha tradición política en el país – y los medios de comunicación hegemónicos, al servicio, en última instancia, de un proyecto político de la élite económica, contra gobiernos laborales reformadores.

Las novedades del proceso reciente que interesa apuntar aquí son dos: (a) el impresionante activismo político de una parte significativa de sectores del sistema judicial nacional, esto es, de una alta burocracia, clase media también, por tanto, pero disfrutando niveles de remuneración y privilegios que le garantizan condiciones de confort y buena vida mucho más próximas a las élites económicas nacionales que al pueblo o a la inmensa mayoría de las capas medias; (b) la manifestación de una nueva forma de mediación social, articulando medios de comunicación y redes sociales, lo que torna al sistema más complejo, pero no en el sentido de debilitar el poder del gran capital influyente en los medios de comunicación de masas, sino de profundizar el papel de ese mediador, entre los intereses de las élites políticas, de las clases medias y de la masa de la población, al servicio del capital financiero y de la élite económica, de la cual él mismo es parte.

La discusión es extensa respecto al sistema judicial brasileño y sus cambios más recientes. Para los objetivos de este texto, interesa solo el caso de aquel grupo de jueces, procuradores y comisarios de la policía federal que forman el grupo de trabajo de la llamada operación Lava Jato, responsable por la prisión de Lula da Silva en vísperas de las elecciones de 2018, cuando el expresidente se situaba en primer lugar en las encuestas de opinión, con amplia ventaja en relación con el segundo candidato, Jair Bolsonaro, quien sería electo. Éste, una vez investido de Presidente, nombra

como su Ministro de Justicia al juez Sergio Moro, quien juzgaba los procesos referentes a la operación. El aspecto interesante en nuestra discusión, en ese caso, es la existencia de ciertas novedades formales en los procesos de investigación y del enjuiciamiento, promotoras de un profundo debate en el campo jurídico, destacándose, la adopción de estrategias en relación con los medios de comunicación de masas.

La mediación hace poco referida, realizada por los medios de comunicación de masas, decíamos, debe someterse a una dinámica que incluye la combinación entre comunicación vertical y horizontal, la cual encierra, en todo caso, el protagonismo de actores no hegemónicos, organizados en redes sociales, abriendo las puertas para una acción estratégica – en este caso, de colectivos y activistas de extrema derecha, organizados a nivel nacional e internacional – que incluye la producción industrial de *fake news* y otras formas de propaganda que escapan, de alguna forma, al control de los medios de comunicación hegemónicos. La elección de Bolsonaro en 2018 fue resultado de esa compleja articulación.

Así, nuestro objeto se presenta, claramente, como caso de estudio para los análisis de estrategias de comunicación, con implicaciones de orden teórico en línea con lo que se ha discutido antes, en función de su localización en el preciso cruce entre medios de comunicación hegemónicos y redes sociales. No obstante, dos aclaraciones de orden metodológico son necesarias. Primero, este apéndice, aunque busque, como ya se ha dicho en la presentación, una explicación de orden estructural, más que coyuntural, del período, no retoma el mismo modelo de análisis teórico-histórico del texto principal. De todas formas, me disculpo, con anticipación, por posibles repeticiones de informaciones y argumentos ya presentados más arriba.

Segundo, es importante decir que, desde junio de 2019, toda la operación Lava Jato se encuentra bajo sospecha, en función de la divulgación de las conversaciones entre los procuradores - a través de una lista del aplicativo Telegram - en el sitio *The Intercept Brazil* y, posteriormente, otros órganos de prensa nacionales asociados, bajo

la coordinación del célebre periodista Glen Greewald, ganador del Pulitzer por su trabajo en el caso *Wikileaks*. Las revelaciones son muy graves, se divulgan paulatinamente desde entonces y envuelven una trama compleja de actores, incluso con importante repercusión internacional. Por esos motivos, prefiero no considerarla en lo que sigue. Aunque mucho de lo que ya se ha divulgado confirme las hipótesis con que he trabajado, decidí restringirme a la bibliografía académica y aguardar el final del proceso antes de considerarlo específicamente. Esa decisión metodológica, además, está de acuerdo con la definición, anunciada en la presentación de este libro, del periodo 2013-2018 como marco analítico, sin entrar en el análisis del gobierno actual.

De hecho, la inconclusión del proceso iniciado con las revelaciones del *The Intercept Brazil* es uno de los motivos que dejan en suspensión cualquier conclusión respecto al real significado del período histórico iniciado con la asunción del nuevo presidente, en enero de 2019. La actuación de los medios de comunicación de masas, sus estrategias en relación al trabajo periodístico de Greenwald, sus paradojas, sus diferencias en relación a los medios digitales, la repercusión de todo eso en la opinión pública y en el proceso democrático, al fin y al cabo, constituyen efectivamente un caso de escuela, pero prefiero entrar en todo ello en un futuro, que espero no esté muy lejano.

## **Posiciones de clase**

La idea de un retorno de los movimientos sociales, con las manifestaciones de junio de 2013, fue parte de una caracterización de los gobiernos del Partido de los Trabajadores, hasta entonces, como un momento de contención de la clase trabajadora, garante del programa de raíz social demócrata en el poder, por razones que no cabe analizar aquí, pero que fueron bastante discutidas por los críticos a la izquierda de aquellos gobiernos.

El hecho es que la evolución de la economía internacional, en especial el crecimiento de la demanda china de bienes básicos

– pero también la oferta china de ciertos bienes industrializados, reduciendo precios y ampliando las posibilidades de inclusión de nuevos sectores de la población mundial a ciertos modelos de consumo antes inaccesibles – permitieron un avance inédito de las economías denominadas emergentes, entre ellas Brasil, que se benefició también, es preciso reconocer, de una política social muy exitosa, incluyendo aumentos del salario mínimo por encima de la productividad, ampliación de la enseñanza superior, con programas de cuotas, variadas políticas compensatorias que ampliaron la renta disponible de los sectores hasta entonces menos favorecidos, programas de financiación a la vivienda popular, etc.

Todo esto es muy conocido, así como la contrapartida: la aceptación, desde el inicio de los referidos gobiernos petistas, materializada en la famosa “carta a los brasileños” firmada por el entonces candidato Luiz Inácio Lula da Silva, en 2002, del pacto neoliberal implantado con el Plan Real, en el Gobierno de Itamar Franco, después de la tentativa desastrosa de Collor de Mello. La *pink tide* brasileña, como las otras experiencias semejantes en América Latina en la misma época, adopta el pacto de gobernabilidad de las élites vinculadas a los intereses del capital financiero y de las burguesías nacionales, ofreciendo, por otro lado, a la clase trabajadora, en condiciones extremadamente favorables de la evolución de la economía mundial, perspectivas de acceso a modelos de consumo de las clases medias, incluso en el plan de la educación superior, lo que acabará por disgustar, más de lo que se podría imaginar, a la clase media tradicional, que se sentía, no totalmente sin razón, relegada por el gobierno de centro-izquierda que ayudara a elegir, creyendo especialmente en su discurso anti corrupción.

Si la decepción de la clase media con las políticas del PT y, en particular, su recelo de pérdida de estatus frente al avance económico de las capas populares explica el surgimiento, ya en 2013, de aquellos movimientos de calle de derecha, arriba citados, la restauración de los movimientos sociales de la clase trabajadora, por su parte, se explica por la frustración, sea en relación con la incapacidad del

modelo de desarrollo adoptado de garantizar empleos de calidad y bien remunerados, para aquellos beneficiados por la expansión del sistema educacional, pero que, una vez formados, no encuentran en el mercado los empleos que respaldan el diploma obtenido, sea por la incapacidad del gobierno en resolver efectivamente los problemas de orden cualitativo de los sistemas de enseñanza, salud pública, seguridad (que, al contrario se agravaron, constituyendo un elemento fundamental del discurso de la extrema-derecha que acabó venciendo las elecciones de 2018), transporte, etc.

Desde el punto de vista de los movimientos populares, se trataba de la reivindicación de un cambio en el modelo de desarrollo buscando la universalización de la ciudadanía que el país debe a su pueblo desde la fundación de la nación. Desde el punto de vista de los movimientos de clase media referidos, al contrario, se trataba de buscar en el pasado una era de oro, de buenos salarios, abundancia de pobres para realizar trabajos domésticos y servicios personales mal remunerados y, sobretudo, ¡un mundo sin corrupción! Surge, así, como respuesta, el pasado idealizado de un régimen militar que, al final, consiguió preservar una imagen fantasiosa, mantenida durante décadas por la incapacidad de los sucesivos gobiernos democráticos en acertar las cuentas con la historia y realizar el trabajo pedagógico esencial de respeto a los derechos humanos y a los principios de convivencia democrática, contra los cuales, justamente, se articuló el discurso de la extrema-derecha.

Un ojo puesto en el porvenir, otro en el pasado, se va desgarrando la máscara de unidad del pueblo nación que aludieran los presidentes Lula – que se vanaglorió muchas veces del hecho de que, según él, por su competencia y de los que le rodeaban, en su gobierno todos ganaron, desde el más humilde trabajador hasta el más rico banquero – y Dilma, convencida, ésta, de que Brasil sería un gran país de clase media, sin percibir que el impresionante proceso de inclusión por ellos promovido se trataba de la ascensión de la masa de miserables a la pobreza, pero no de la pobreza a la clase



media, como bien aclara André Singer, reseñando el debate sobre la llamada “nueva clase media” que ocurrió en el período (Singer, 2018).

El autor define esa perspectiva errada como el “sueño rooseveltiano” que envolvió a la presidenta y algunos de sus asesores y apunta que, si el ideal de clase media se fijó en determinadas fracciones de las clases populares es porque es compatible, tanto “con la socialización en un ambiente cultural de fuerte carga capitalista, en que la expansión de la llamada teología de la prosperidad, que difunde una visión del mundo según la cual el esfuerzo individual es el camino del éxito”, como con la “ideología hipercapitalista, de que la adoración de las marcas, presente en el ‘funk ostentación’, es otro síntoma” (Singer, 2018). Y concluye: “el sueño rooseveltiano, de construir ‘un país de clase media sólida y emprendedora’, habría prestado, en ese caso, un mal servicio al lulismo, pues facilitó el tránsito ideológico que ayudó a quebrarlo cuando surgió la oportunidad” (Singer, 2018).

Para completar el cuadro, sería necesario analizar la actuación de las élites económicas en la referida transición, ellas que se beneficiaron del proceso expansivo vivido a lo largo del período de los gobiernos de centro-izquierda. Al respecto, es interesante recordar, que la respuesta de la Presidenta Dilma a la crisis de 2011 apostaba a una alianza exitosa entre trabajadores e industriales, a través de un programa que Laura Carvalho denomina, de forma emblemática, “agenda FIESP”, por referencia con la poderosa Federación de la Industrias del Estado de Sao Paulo, que logró, con eso, importantes ventajas para sus ricos asociados. La tentativa era de reunir todos los sectores, denominados productivos, de la burguesía llamada nacional, buscando reducir la ganancia de los bancos y beneficiar la producción, como en el episodio conocido como la “batalla del *spread*” (Carvalho, 2018). La alianza exitosa con la burguesía industrial, sin embargo, tuvo vida corta, pues desde 2012, esta se pasó a las filas de los financistas, donde se ampararían todos los sectores del capital monopolista.

Singer, que denomina el período de la agenda FIESP como del “ensayo desarrollista”, sintetiza en cuatro puntos los motivos del rechazo a este ensayo: la inversión capitalista, reforzada en el país por tipos de interés muy elevados, tornando a todos los sectores del capital interesados en la especulación financiera; la “huelga de inversiones” contra la preservación del pleno empleo por tiempo excesivo, desde el punto de vista del empresariado, que perdería, así, siguiendo un análisis clásico de Kalecki, “un instrumento decisivo para mandar en la política económica, a saber, justamente la amenaza del desempleo” (Singer, 2016); la buena aceptación, por parte del empresariado brasileño del Tratado Transatlántico sobre Comercio e Inversión (TTIP por sus siglas en inglés), que exigiría una subordinación mayor del país a Estados Unidos en detrimento de China y, por tanto, un cambio profundo de la política comercial externa nacional; la sensibilidad del conjunto del empresariado brasileño, según lo argumentado por Bresser Pereira, al discurso manejado por el pensamiento burgués, de modo que “bajo el paraguas del anti-intervencionismo, se juntaron acusaciones de incompetencia, arbitrio, autoritarismo y corrupción” contra la administración Dilma (Idem, p. 50).

La acusación de incompetencia, después de una década de crecimiento con inclusión social y virtual silencio del pensamiento ortodoxo, cuyos representantes, además, estuvieron en puestos claves de la administración del Estado durante todo el tiempo, es particularmente interesante en un momento de crisis, cuando, como apunta la buena teoría, el capital exige la concentración de todos los esfuerzos en la política económica al servicio de la acumulación, en perjuicio de la política social. Todos los partidos de centro-izquierda que optaron por asumir la administración del capitalismo, en algún momento, enfrentaron el dilema y, a lo largo de las décadas que le siguieron a la crisis estructural de los años 1970, todos ellos sucumbieron al neoliberalismo, incluso después de la terrible crisis de 2008. No es de extrañar que, finalmente, las alternativas de la extrema derecha hayan acabado por seducir a una gran parte de las

clases trabajadoras y de la masa de aquellos puestos en la condición de perdedores por las políticas neoliberales. En Brasil no fue muy diferente.

Francisco de Oliveira, como tantos otros críticos de la izquierda de los gobiernos petistas, incluye las administraciones de Lula y Dilma en el interior del “ciclo neoliberal”, cuyo “gran *condottiere*” fue Fernando Henrique Cardoso, “pues sus dos mandatos fueron precedidos por su presencia en el Ministerio de Hacienda de Itamar Franco, y el mandato de Lula no se diferenció mucho en varios aspectos, sobretudo en el económico” (Oliveira, 2018). Vale citar la caracterización que el autor hace del ciclo neoliberal, y que se presenta seguidamente, recordando que el fragmento del libro aquí analizado (una colección de artículos entre 2006 y 2012) pertenece a un texto de 2006, considerando, por tanto, solo el primer Gobierno de Lula, pero la perspectiva general se aplica, perfectamente, a todo el período en examen. Veamos:

La caracterización del ciclo neoliberal no reside solo, ni exclusivamente, en las formas y opciones de la política económica generalmente conservadora y bajo la égida de políticas monetarias recesivas y políticas fiscales ortodoxas. Quizás sea en el plano social que el neoliberalismo quede marcado como un período único en la moderna historia brasileña, en la historia de media duración, desde 1930. De hecho, es la política anti reformas sociales, anti regulación, anti derechos laborales y derechos sociales en general que marca al neoliberalismo. Además, completamente dentro del paradigma neoliberal *urbi et orbi*. (Oliveira, 2018)

La caracterización es correcta y los ejemplos expuestos a continuación - las reformas de pensiones de Fernando Henrique Cardoso, que incidió sobre los trabajadores del sector privado, y de Lula Da Silva, contra los funcionarios públicos, en 2003, reglamentada en 2013, por Dilma Rousseff - son perfectos. No obstante, es preciso reconocer la existencia de límites del ataque a los derechos sociales y laborales por parte de un partido con las

características del PT, el cual, justamente en 2003, sintió la pérdida de importantes cuadros históricos, como el propio Chico, al mismo tiempo en el que la Central Única de los Trabajadores (CUT) a él vinculada se vio enfrentada a una disidencia constituida, en gran medida, por trabajadores del sector público perjudicados, con la reforma de pensiones de Lula. Así, los sectores del capital defensores de reformas neoliberales más radicales, especialmente laborales y de pensiones, permanecerían insatisfechos con la solución, aguardando el momento más propicio para un ataque más contundente, como el que se presentó en el período que estamos analizando y sigue en el momento actual.

En todo caso, lo que unió a las diferentes fracciones del capital, incluyendo industriales, banqueros, agrarios y el gran capital comercial, fue el interés de clase que, a final de cuentas, reconocía el ataque a los intereses y a los *spreads* como una acción de la autoridad estatal que en otro momento podría volverse contra los intereses específicos de cualquiera de ellos, o sea, como un ataque a la ganancia en general. Este es el punto de vista de la conciencia inmediata de la clase capitalista que, no obstante, tenía motivos muy concretos, que acabaron por materializarse en un programa alternativo, aquel que fuera derrotado en las elecciones presidenciales de 2014, un programa propuesto y defendido, en vísperas del *impeachment* de Dilma Rousseff, por el partido de su vicepresidente, Michel Temer, que trataría de implantarlo al pie de la letra, después de electo, aunque por motivos que no vamos a desarrollar aquí, no lo haya conseguido sino parcialmente, dejando la conclusión de la tarea para su sucesor.

Se trataba de un programa claramente clasista, cínicamente llamado “un puente para el futuro”, que defendía no solo, como es común, el lanzamiento del peso de una política de ajuste de cuño ortodoxo sobre los hombros de la clase trabajadora, sino buscaba, esencialmente, promover el desmonte de la legislación de protección al trabajo en vigor en el país desde los años 1940, de tornar sin efecto la norma constitucional de destinación obligatoria de porcentajes mínimos del presupuesto nacional a la salud y a la

educación públicas y, para rematar, destruir el sistema de pensiones, también fruto de la Constitución ciudadana de 1988, con el objetivo, por un lado, de inviabilizar la jubilación de gran parte de la masa trabajadora, eliminar, en la medida de lo posible, los beneficios dados a los miserables, a los discapacitados, a los indígenas y los herederos de los palenques - cuyas tierras son consideradas, ambas, por la ley brasileña, como ancestrales y sujetas a la protección por parte del Estado nacional - la jubilación agraria, entre una serie de propuestas del mismo género, presentes tanto en el proyecto de Temer, que no llegó a ser votado, como en el de Bolsonaro, en discusión en el momento actual y, por otro, desplazar a la clase media para un sistema privado, ofertando así toda una masa inmensa de recursos al sistema financiero, radicalizando, además, una tendencia inaugurada por el régimen militar, cuando creó el modelo de fondo de garantía por tiempo de servicio (FGTS), en lugar del anterior, de garantía de empleo e indemnización en caso de licencia, como bien recordó el maestro Wolfgang Leo Maar (2016).

El gobierno Temer fue exitoso en relación a los dos primeros objetivos, relativos a las leyes del trabajo y al cambio constitucional, estableciendo límites a la ampliación de los gastos primarios del Estado durante 20 años, lo que tendrá repercusiones sobre la capacidad de este de atender las normas relativas a gastos obligatorios en salud y educación, pero no logró aprobar la reforma de pensiones, dejándola para el nuevo gobierno, investido en 2019. El carácter clasista del proyecto, por tanto, es evidente.

André Singer cree que el ataque del Gobierno de Dilma a los logros rompió uno de los acuerdos de base del modelo de colaboración de clases del Gobierno de Lula, lo que no es desacertado, pero el hecho es que, una vez más, el caso brasileño no es diferente de la norma actual de ataque a los sistemas de pensiones y del Estado de bienestar social en general. Pero es claro que la violencia con que la nueva ola neoliberal alcanzó a Brasil es mucho mayor, hecho además, perfectamente comprensible en los marcos de la teoría social crítica nacional, que conoce bien las particularidades de toda

clase que caracterizan a la cultura y a la sociedad de este rincón del planeta, que ya fue el caso de más estruendoso éxito de la moderna colonización europea, debido al trabajo esclavo, al servicio de la acumulación del capital en Europa.

Claro que un proyecto reformista al servicio de las clases altas necesita, para tener éxito, una base popular, constituida, como se deduce de lo anteriormente expuesto, por una clase media alta, en las palabras de Jessé de Souza, la “clase revolucionaria”, imbuida de la misma creencia movilizadora – para no hablar de los intereses, o de los deseos, inconfesables en relación al pueblo brasileño – de los que fueron en 1964, contra la corrupción y hasta incluso contra el fantasma de un comunismo que, contra toda evidencia, el PT representaría (Souza, 2016).

Por otro lado, ya fue dicho que una parte significativa de la propia clase trabajadora acabaría adhiriéndose, si no al *impeachment*, a la posterior elección de Jair Bolsonaro, por motivos concretos que quedan aquí solo implícitos, como la frustración de la nueva clase trabajadora en relación con las perspectivas de ascensión social, a la preservación de un modelo de desarrollo basado en el consumo individual de bienes durables, o a la desmovilización de los instrumentos de democracia directa desarrollados por el Partido de los Trabajadores en el pasado, como los presupuestos participativos, los foros sociales y otras formas de educación política y movilización, el recogimiento de los movimientos sociales ligados al PT, facilitando la administración del capitalismo que el partido se propuso, o también el abandono en relación con las políticas culturales y de comunicación, entre otros.

### **Sobre la dinámica de la mediación social entre 2013 y 2018**

La cuestión que se introduce ahora es respecto al proceso de mediación social entre los diferentes intereses resumidos anteriormente, lo que incluye tres tipos de agentes: los políticos con mandato en el congreso, el judicial, y los llamados medios de

comunicación hegemónicos, a los cuales se suman hoy los llamados medios sociales. En relación con los movimientos en el Congreso Nacional, hay una buena bibliografía ya sobre el proceso de *impeachment*, parte representativa de ella citada en este apéndice, e incluso un buen libro explicando el debate al interior del campo jurídico respecto a la condena del ex presidente Lula, que lo sacó de la disputa electoral (Zanin; Zanin; Valim, 2017).

Según André Singer, el “ensayo desarrollista” fue acompañado, en el gobierno de Dilma por un “ensayo republicano”, atacando las formas tradicionales de financiación política y la corrupción en general, que se traducían en una segunda ruptura en relación al pacto lulista, que llevaría a la salida del PMDB de la alianza gobernante y su acuerdo con el PSDB en favor del *impeachment*. Con la clase media airada en las calles, la élite incómoda con el ensayo desarrollista y la mayoría de los políticos preocupados con el porvenir del sistema de financiación de campañas, solo quedaba a la presidenta el apoyo de la clase trabajadora que garantizó su reelección en 2014 y se sintió traicionada cuando, inmediatamente después de la elección, proclamada Presidenta, Dilma adopta una política económica ortodoxa, como la defendida por su adversario durante la campaña.

Marcos Nobre, por su parte, caracteriza una contradicción del sistema derivado de la Constitución de 1988, que articula, en su origen, un sistema político elitista y conservador a una masiva, variada, inédita y organizada movilización popular, en los años 1980. El resultado sería una continuidad artificial del nacional-desarrollismo, sustituido, con el Plan Real, por un pacto político neoliberal, al lado, en el mismo texto, de un nuevo modelo de sociedad posible, que el autor llama social-desarrollismo, el cual permanece latente hasta la llegada del PT al poder. Esa contradicción, a lo largo de todo el período pos-88, se traduce en una dinámica en que los políticos aceptan avances democratizantes, pero tratan de limitarlos al mínimo posible. Así, se explica el sentido del interesante título del libro de Nobre:

Fueron esos elementos social-desarrollistas de la Constitución Federal que, poco a poco, fueron tomando el primer plano, dejando atrás las marcas nacional-desarrollistas que la caracterizaron inicialmente. La transición para la democracia fue también una transición para un nuevo modelo de sociedad, y reconstruir ese proceso de doble expresión es tarea fundamental de este libro en su conjunto, para poner el 'inmovilismo en movimiento' (Nobre, 2013).

El propio texto constitucional, al ofrecer el derecho, pero vincularlo a una legislación posterior que lo reglamente, sin plazo para ser implantada, creaba las condiciones que limitan el avance de los derechos sociales. El caso de las políticas de comunicación es un buen ejemplo de eso: la Constitución prohíbe el oligopolio en un sector que hasta hoy, 30 años después de su promulgación, permanece organizado bajo la forma de oligopolio concentrado, solo para dar un único ejemplo. Sabemos, en ese caso, como en muchos otros, que los avances promovidos por los gobiernos del PT fueron limitados, o no ocurrieron del todo, debido a las propias características de esos gobiernos que, no obstante, en un momento de expansión económica, pudieron presentar resultados extremadamente positivos en términos de inclusión social, pero no de reformas estructurales de fondo. En el caso de la comunicación, nada realmente significativo que alterase la estructura de poder heredada del régimen militar fue hecho.

Pero bien, la comunicación es un recurso de poder al cual no se puede renunciar. Dejarlo, como fue el caso, al libre arbitrio de actores hegemónicos salidos del régimen militar – que, este sí, reorganizó el sector en profundidad, como vimos, alterando completamente el conjunto del sistema global de cultura y, con eso, las condiciones estructurales en el interior de las cuales se da la disputa por la hegemonía – no fue un simple error en el transcurso de los gobiernos petistas – y esto explica la proverbial sordera de aquellos gobiernos a las peticiones de los insistentes movimientos por la democratización de las comunicaciones –, sino el resultado



inevitable de la opción estratégica que les facilitó la llegada al poder en 2002 y su continuidad allá por 13 años.

Las pocas empresas que dominan el campo de la comunicación constituyen un sector particular, muy específico del capital, que realiza la mediación social sin la cual no sería posible la consumación de las funciones de publicidad y propaganda, indispensables al control social y a la acumulación del capital en las condiciones históricas del Capitalismo Monopolista. No se trata solo de un sector estratégico, sino de aquella parte del capital que realiza la mediación social al servicio del conjunto del capital, movilizándolo, evidentemente, el trabajo cultural subsumido, pero también todos los recursos disponibles necesarios.

En el caso que se analiza, un recurso fundamental movilizado fue el discurso y las acciones de la conocida Operación Lava Jato, cuyo resultado más espectacular fue la criticada condena y prisión del expresidente Lula, que le impidió acudir a las elecciones de 2018. Aquí nos interesa solo el tema de las novedades en los procesos de investigación y juicio, en particular, en aquello que se refiere a la relación con los medios de comunicación de masas. Volvamos a André Singer y a la lectura que éste hace de un artículo del juez Moro de 2004, que acabó ganando celebridad, no propiamente por sus méritos académicos, sino porque ya por aquel entonces, al estudiar el caso de la Operación Manos Limpias de Italia, en palabras de Paulo Moreira Leite, citado por Singer, parecía “decidido a repetir, en Brasil, una operación semejante”, al afirmar que “en Brasil se encuentran presentes varias de las condiciones institucionales necesarias para la realización de una acción judicial semejante”. Dice Singer (2018):

En particular, dos aspectos son anticipados. De un lado, el vínculo con los medios de comunicación. De otro, la técnica de encarcelar y forzar, por medio de ‘sentencias largas’, al detenido a colaborar con la Justicia (...) Llama la atención en el artículo de Moro la referencia al papel desempeñado por *mecanismos de excepción*, como la detención prolongada, el aislamiento de los presos y hasta la difusión

de informaciones falsas – por ejemplo, la de que determinado preso había accedido en hablar, aunque no fuera verdad, para que los otros, aislados, decidan decir lo que saben. Tales medios quedan justificados por el fin a ser alcanzado: el desmontaje del ‘sistema corrupto’, que solo sucede, si participantes del esquema revelan los hechos que conocen. (Singer, 2018)

Según el jurista Tício Lins y Silva, también citado por Singer, la prisión preventiva prolongada sería “una forma de tortura posmoderna” (Idem, p. 234). Más adelante, sigue Singer afirmando que “al relatar el caso específico de Craxi, el juez paranaense es particularmente revelador, pues muestra como los ‘ragazzini’ fueron desatando acusaciones, dejando al ex-primer-ministro cada vez más sin salida *política*” (ídem, p. 235). Como dice el propio Moro:

Los responsables por la operación *mani pulite* (...) hicieron amplio uso de la prensa. Con efecto: *Para el disgusto de los líderes del PSI (...) la investigación de la mani pulite abría como una red. Tan pronto alguien era preso, detalles de su confesión eran difundidos en L’Espresso, en La Repubblica y otros periódicos y revistas simpatizantes.* (Singer, 2018)

Con eso, los “jóvenes y honestos profesionales del área jurídica” se verían protegidos de los “viejos políticos envueltos hasta el cuello con propinas y desvíos”, que “reaccionan, buscando desmontar y, sobretodo, deslegitimar los procedimientos investigativos. En ese punto, la única salvación de los jóvenes estaría en una alianza con la prensa, la cual se vuelve el resorte del éxito” (Idem, p. 235). Así, ya en 2004, Moro “mostraba clara conciencia del papel de los medios de comunicación. Desde el inicio [en 2014], la Lava Jato estableció una potente alianza con sectores de los medios de comunicación, quienes en diversas oportunidades dieron apoyo explícito a la investigación” (Idem, p. 232) a cambio de información privilegiada para alimentar la lucrativa lógica de los escándalos periodísticos.

La gran cuestión para el debate propiamente jurídico es la que habla respecto, por cierto, al impacto del uso de procedimientos considerados de excepción sobre los derechos democráticos y

garantías constitucionales. La bibliografía citada en este texto cuestiona también otros problemas relativos a la parcialidad así como al favoritismo de los especialistas en derecho involucrados, visibles en diferentes momentos, especialmente en lo concerniente al caso del presidente Lula, condenado, según un gran número de juristas y académicos del derecho, sin prueba cabal del crimen, apelando al cuestionable argumento del dominio del hecho, a la convicción del juez, etc. Para nuestros intereses, sin embargo, cabe solo explicar – dejando también, no obstante, los detalles para la bibliografía aquí citada, que por cierto no es exhaustiva – la elevada capacidad de manipulación que la alianza con los especialistas de la justicia da a los medios de comunicación hegemónicos, ella que, a lo largo de los años, ha actuado sistemáticamente con el objetivo de interferir en los procesos políticos y electorales (Brittos y Bolaño, 2005).

## **2018: ¿el final de la historia?**

El análisis que esos autores hacen, y no son pocos, muestra que la alianza entre los grandes medios de comunicación y parte importante de los operadores del derecho involucrados con la Operación Lava Jato, siguió ritmos y estrategias adecuadas al calendario electoral y a los intereses de los actores hegemónicos implicados. El *timing* de las operaciones, coincidiendo con días y horas de interés, la preparación previa de grandes coberturas para el momento de operaciones clave, es muestra de ello. En este sentido, un ejemplo frecuentemente citado es la célebre conducción coercitiva del ex presidente Lula, sacado de su casa, de sorpresa, a las 6 horas de la mañana, sin haber sido convocado anteriormente para testificar y llevado en comitiva de la policía federal hasta una sala del aeropuerto en Sao Paulo, con cobertura en vivo, movilizándolo la más completa parafernalia de la prensa y de la policía, con helicópteros, vehículos y armamento pesado.

La bibliografía muestra también que los grandes medios de comunicación se valieron de esos y otros elementos en la construcción de una narrativa anti corrupción concentrada en el Partido de los Trabajadores y, muy especialmente, en la figura del expresidente Lula. Las diferencias de tratamiento en relación con las manifestaciones pro y contra el *impeachment* de la presidenta Dilma, que corría en paralelo; pero que en rigor no tenía relación con el tema de la corrupción, ayudaban a sedimentar la tendencia cada vez más contraria al PT en las calles y, por tanto, la presión “popular” por la salida de la presidenta.

Analizando los movimientos de 2013, por ejemplo, Carlos Figueiredo recuerda que “la casi totalidad de los medios de comunicación tradicionales presenta un discurso inicialmente contrario a las manifestaciones convocadas por el MPL y enseguida busca controlar las narrativas, clasificando las protestas, marcadas por demandas dispares, como ‘contra todos’, ‘contra la corrupción’ o separando a los participantes de las protestas en ‘vándalos’ y ‘manifestantes’” (Figueiredo, 2017). Jessé Souza (2016), de su parte, presenta una aclaradora descripción de la evolución del posicionamiento de los grandes medios de comunicación, día a día, desde el inicio de las manifestaciones.

A partir de entonces, toda una estrategia manipulativa ha sido seguida que incluía, entre otras cosas, dejar a voluntad a los sectores de extrema derecha en las calles, jugando en la polarización. Cuando ya en vísperas de la elección de 2018, la Folha de Sao Paulo denunció la producción industrial de *fake news*, los medios de comunicación hegemónicos se esmeraron, asimismo, en comparar el extremismo de la derecha bolsonarista con un supuesto extremismo del candidato a presidente del PT, Fernando Haddad, reconocido como moderado al interior de la propia centro-izquierda que su partido representa.

Todo esto, cuando ya estaba claro que, la estrategia de la derecha neoliberal era exitosa en lo concerniente al *impeachment* y, por tanto, la retirada del PT del poder, lo mismo no ocurría cuando se trataba de elegir un candidato neoliberal. Como consecuencia, en 2018,

el discurso capaz de conquistar la mayoría del electorado no fue aquel neoliberal clásico, sino el de los colectivos de extrema derecha atraídos por la campaña de Bolsonaro, (Gallego, 2018) para donde se dirigió todo el sentimiento anti petista que los grandes medios de comunicación se esmeraron en divulgar y amplificar. Una vez clara esa condición, todos los actores hegemónicos arriba referidos, todas las élites económicas, los medios de comunicación, la clase media, todo el pueblo asustado con los elevados niveles de violencia del país y sometido a una crisis económica sin perspectivas de solución, dirigieron sus esperanzas para una candidatura que, en condiciones normales, parecería totalmente improbable.<sup>42</sup>

El papel de los llamados medios sociales, específicamente, su uso por parte de los grupos de derecha organizados en torno a la candidatura de Bolsonaro, fue fundamental. Sin embargo, es preciso prestar atención a los comentarios precipitados en que creían, o buscaban hacer creer las masas de activistas bolsonaristas, como la de la precariedad de recursos financieros y técnicos implicados, o del carácter espontáneo del movimiento social de la derecha, neutral, no ideológico, dirigido solo a una cruzada patriótica contra la corrupción endémica del país. Ilusiones todas ideológicas, confirmadas por la acción, tanto de los medios de comunicación hegemónicos como por la de aquellos que ella eligió y presentó como los campeones de la moralidad y de la honestidad, los incorruptibles jueces y procuradores de Curitiba, responsables por la Operación Lava Jato.

Aún más ingenua es la creencia en el poder de las tecnologías y de la red, contra la capacidad de manipulación de los medios de comunicación hegemónicos, curiosamente semejante a la creencia del pensamiento pos-modernista difundido en los años 1990 en

<sup>42</sup> Asimismo, la victoria no habría sido posible si los derechos políticos de Lula da Silva no hubieran sido anulados. Y aun así, el candidato propuesto por el ex-presidente, poco conocido y con una corta campaña, fue a la segunda vuelta y llegó a crear preocupación en las huestes adversarias, tanto que, en vísperas de la segunda vuelta, el juez Moro decidió divulgar una nueva denuncia obtenida contra Lula.

círculos pretendidamente de izquierda. El 18 de octubre de 2018, a pocos días de la segunda vuelta de la elección, el periódico Folha de Sao Paulo (FSP) publicó un artículo, bajo el título “Empresarios hacen campaña contra el PT por el WhatsApp”, donde se denuncia la existencia de contratos de 12 millones de reales, lo que violaría la ley por ser, según informa, donación de campaña no declarada. Vale citar en extenso:

Empresas están comprando paquetes de lanzamiento en masa de mensajes contra el PT en el WhatsApp y preparan una gran operación para la semana anterior a la segunda vuelta. La práctica es ilegal, pues se trata de donación de campaña por empresas, vedada por la legislación electoral, y no declarada. La Folha investigó que cada contrato llega a 12 millones de reales y, entre las empresas compradoras, está la Havan. Los contratos son para el lanzamiento de cientos de millones de mensajes. Las empresas apoyando al candidato Jair Bolsonaro (PSL) compran un servicio llamado “lanzamiento en masa”, usando la base de usuarios del propio candidato o bases vendidas por agencias de estrategia digital. Eso también es ilegal, pues la legislación electoral prohíbe la compra de base de terceros, permitiendo solo el uso de las listas de seguidores del propio candidato (números cedidos de forma voluntaria) (...). En la rendición de cuentas del candidato Jair Bolsonaro (PSL), consta solo la empresa AM4 Brasil Inteligencia Digital, como habiendo recibido 115 mil reales para medios digitales (...) Según Marcos Aurélio Carvalho, uno de los dueños de la empresa, la AM4 tiene solo 20 personas trabajando en la campaña. “Quien hace la campaña son los millares de seguidores voluntarios diseminados en todo el Brasil. Los grupos son creados y nutridos orgánicamente”, dice. Afirma que la AM4 mantiene solo grupos de WhatsApp para denuncias de *fake news*, listas de transmisión y grupos estaduais denominados comités de contenido. Sin embargo, la Folha investigó con ex empleados y clientes que el servicio de la AM4 no se restringe a eso. Una de las herramientas usadas por la campaña de Bolsonaro es la generación de números extranjeros automáticamente por sitios como el TextNow. Funcionarios y voluntarios disponen de decenas

de números así, que usan para administrar grupos o participar de ellos. Con códigos de área de otros países, esos administradores escapan de los filtradores de *spam* y de las limitaciones impuestas por el WhatsApp – el máximo de 256 participantes en cada grupo y el repaso automático de un mismo mensaje para hasta 20 personas o grupos. Los mismos administradores también usan algoritmos que segmentan a los miembros de los grupos entre seguidores, detractores y neutrales, y, de esta manera, consiguen personalizar de forma más eficiente el tipo de contenido que envían.<sup>43</sup>

El Partido de los Trabajadores entró un proceso al Tribunal Superior Electoral (TSE) que, aunque haya sido aceptado, hasta el momento no entró como agenda del tribunal.<sup>44</sup> Ésta sería una de las formas de revocación del mandato del actual presidente, que queda disponible para el sector judicial. Otra posibilidad sería el *impeachment*, ya utilizado en Brasil en dos ocasiones después de la redemocratización. En este caso, una vez impedido el presidente, asume el vice, mientras que en el caso de una impugnación de la candidatura, en cualquier momento, tanto el titular como el vice, serían inhibidos y nuevas elecciones serían convocadas.<sup>45</sup>

<sup>43</sup> FSP, 10/10/2018. En: <<https://www1.folha.uol.com.br/poder/2018/10/empresarios-bancam-campanha-contra-o-pt-pelo-whatsapp.shtml>> Acceso en 8/4/2019.

<sup>44</sup> En octubre de 2019, un año exacto después de la publicación de las denuncias de la FSP, el mismo WhatsApp reconoció la utilización de envíos masivos de mensajes que violaban sus términos de uso, con el objetivo de manipular las elecciones brasileñas de 2018, en su mayor parte en beneficio del candidato de la derecha. Ver FSP, 8/10/2019. WhatsApp admite envío masivo ilegal de mensagens nas eleições de 2018. En <<https://www1.folha.uol.com.br/poder/2019/10/whatsapp-admite-envio-massivo-ilegal-de-mensagens-nas-eleicoes-de-2018.shtml>> Acceso en 12/10/2019. El reportaje es extenso y recupera la memoria de las denuncias de un año antes hechas por el mismo diario.

<sup>45</sup> En el momento de las amplias articulaciones, que la literatura citada analiza con detalle, respecto de la salida de Dilma Russef, por ejemplo, dos soluciones fueron puestas sobre la mesa. Mientras, en función de los plazos y procedimientos, pero también de las decisiones de los diferentes actores implicados, la solución por el *impeachment* acabó por viabilizarse antes, el juicio posterior en el TSE fue tratado políticamente – lo cual se deduce claramente del cambio de posición del juez que presidía el caso, contra aquella cuidadosamente fundamentada del relator – en el

Pero la cita de la FSP solo sirve aquí como evidencia de que no estamos tratando con nada espontáneo, barato, exento o despolitizado, puramente patriótico, aunque muchos de los participantes lo creían firmemente, es decir, a pesar de que esas ideologías estaban efectivamente presentes, movilizando corazones y mentes, no solo en los discursos, sino visibles en la realidad de los movimientos de base, que acabaron por reunir a miles de activistas actuando de forma realmente espontánea y desinteresada. En los años setenta serían llamados “inocentes útiles”.

La ilusión de un poder popular independiente, capaz de contraponerse a los intereses de los grandes medios de comunicación –identificados, por cierto, de forma extremadamente torpe– gracias al uso de las tecnologías de red, también queda seriamente cuestionada. No solo los medios de comunicación hegemónicos participaron de la construcción de esas ilusiones de forma genérica, sirviendo a propósitos bien precisos, claramente identificables, sino que movilizaron toda su competencia a servicio de la manipulación.

Pero tampoco se puede decir, al contrario de la referida ingenuidad pos-modernista coincidente con las ilusiones de la clase media bolsonarista, que internet y las redes sociales no son un problema real para los medios de comunicación corporativa y el caso en examen es un ejemplo de eso. De no ser así, el vencedor de las elecciones habría sido uno de los candidatos más directamente vinculados al mercado, lo cual era aparentemente la pretensión de las élites tradicionales - aunque sería necesario reflexionar también, como muchos de los involucrados seguramente lo hicieron, si un gobierno de derecha normal podría entregar un conjunto tan amplio de reformas y tan radicales como lo está haciendo la ultra-derecha.

De todas formas, lo anteriormente dicho muestra que hay un cambio en la estructura de mediación del capitalismo y que

sentido de evitar la destitución del recién investido vicepresidente, encargado de realizar las reformas neoliberales.



el viejo sistema mediático se adapta a la nueva situación. En esas condiciones, todos los actores relevantes tratan de adaptarse y movilizándolo sus capacidades estratégicas, pero es obvio que los grandes medios de comunicación hegemónicos tienen a su favor décadas de conocimiento de los procesos de mediación social que manejan. De todas formas, no hay dudas de que, en esos momentos clave de cambio estructural, las posiciones hegemónicas se fragilizan y otros actores con poder económico, en el sentido de Furtado discutido anteriormente, encuentran brechas por donde atacar que antes no se veían.

Así, la concentración del debate pre-electoral en el WhatsApp, que presentaba más facilidad para estrategias de distribución masiva de *fake news* en relación con otras herramientas, como Facebook, donde se concentró la campaña de Trump o de los partidarios del Brexit, en Inglaterra, fue una decisión estratégica, tomada por los que coordinaban la articulación de extrema derecha, adecuada a las condiciones coyunturales de Brasil en el período electoral. Pero está claro que ella solo tiene sentido, dentro de la nueva estructura de mediación, que ya no puede prescindir del llamado espacio virtual, en el cual las formas anteriores de comunicación verticalizada con *feedback* controlado por los institutos de investigación, son cuestionadas, pero no superadas, debiendo antes ser adaptadas a la nueva situación.

El escenario es complejo y es preciso retomar la cuestión también en el plano teórico para entender la nueva lógica, las transformaciones de orden estructural y cómo ellas pueden impactar en las estrategias comunicativas. La teoría de la comunicación que vengo tratando de desarrollar desde los años 90 del siglo pasado – incorporada también, por supuesto, en este libro - sigue válida y útil, a mi juicio, pues, a lo largo de los años ha podido plantear las preguntas respecto a los límites y las tendencias relativas a la organización de la Industria Cultural a partir del surgimiento de Internet. El caso brasileño, por su parte - al que me sigo dedicando desde mediados de los años 80 -, más allá de la expansión de la lógica publicitaria y de la colonización

del mundo de la vida por la instancia mediadora, muestra una inesperada, aunque no sin precedentes, expansión de la lógica de la propaganda, en conexión con la sofisticación de los mecanismos de control social a través de sistemas de inteligencia artificial, *big data*, etc.

Por otra parte, si el Brasil de Bolsonaro puede ser visto como una especie de laboratorio de los nuevos experimentos neoliberales, como fue el Chile de Pinochet en los años 1970, valiéndose una vez más de una alianza con la extrema derecha, esa es la gran batalla que se libera hoy en el campo de la Comunicación.



# Bibliografía

Adorno, T. W., & Horkheimer, M. (2006 [1944]). *Dialética do esclarecimento*. Río de Janeiro: Zahar.

Andes-Sindicato Nacional. (2019). *Nota técnica de la Asesoría Jurídica*.

Barbero, J. M. (1997 [1987]). *Dos meios às mediações, Comunicação, cultura e hegemonia*. Río de Janeiro: Editora UFRJ.

Belluzzo, L. G. (2009). *Os antecedentes da tormenta: Origens da crise global*. Campinas: UNESP/FACAMP.

\_\_\_\_\_. (2015). A regra da economia de hoje é 'o povo que se lixe'. Recuperado de <http://www.revistaforum.com.br/blog/2015/01/belluzzo-regla-de-la-economia-de-hoy-ylo-pueblo-que-se-lixer/>

Bizberge, A., & Goldstein, A. (2014). *Medios y gobiernos latinoamericanos en el S.XXI: las tensiones de una compleja relación*. Buenos Aires: Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Universidad de Buenos Aires.

Bolaño, C. (1995). Economía política, globalización y comunicación. *Revista Nueva Sociedad*, Caracas. (140), 138-153.

\_\_\_\_\_. (1997). La génesis de la esfera pública global. *Nueva Sociedad*, Caracas. (147).

\_\_\_\_\_. (2002). Trabalho intelectual, comunicação e capitalismo: a reconfiguração do fator subjetivo na atual reestruturação produtiva. *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política (SEP)*, Río de Janeiro. (11), 53-78.

\_\_\_\_\_. (2007). *Qual a lógica das políticas de comunicação no Brasil?* São Paulo: Paulus.

\_\_\_\_\_. (2013 [1988; 2004]). *Mercado brasileiro de televisão*. Buenos Aires: El Río Suena.

\_\_\_\_\_. (2013 [2000]). *Industria cultural, información y capitalismo*. Barcelona: Gedisa.

\_\_\_\_\_. (2015). *O conceito de cultura em Celso Furtado*. Salvador: EDUFBA.

\_\_\_\_\_. (2015). *Campo Aberto. Para a crítica da epistemologia da comunicação*. Aracaju: EDISE.

Bolaño, C., & Vieira, E. (2014). Economía política del Internet y los sitios de redes sociales. *Television and New Media*. Recuperado de <http://tvn.sagepub.com/content/early/2014/04/01/1527476414527137>

Bolaño, C., Motta, J., & Moura, F. (2012). Leis de incentivo à cultura via renúncia fiscal no Brasil. In: Itaú Cultural, *Políticas culturais: pesquisa e formação* (pp. 13-48). Sao Paulo: Itaú Cultural.

Bolaño, C., Motta, J., & Santos, A. (2015). Introdução à segunda edição. En Brittos, V. & Bolaño, C., *Rede Globo: 40 anos de poder e hegemonia*. Sao Paulo: Barão de Itararé.

Bolaño, C., Arostegui, M., Morguenfeld, J., López, L., & Quiroz, M. (2018). *Cuba: el legado revolucionario y los dilemas de la izquierda y las fuerzas progresistas en América Latina*. CLACSO. Recuperado de: [https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/libro\\_detalle.php?id\\_libro=1504&pageNum\\_rs\\_libros=1&totalRows\\_rs\\_libros=824](https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/libro_detalle.php?id_libro=1504&pageNum_rs_libros=1&totalRows_rs_libros=824) (Acceso en 3/10/2019).

Boyer, R. (1986). *La théorie de la régulation : une analyse critique*. Paris: La Découverte.

Brittos, V. C. (2001). *Capitalismo contemporâneo, mercado brasileiro de televisão por assinatura e expansão transnacional*. Salvador: Faculdade de Comunicação, Universidade Federal da Bahia.

Brittos, V., & Bolaño, C. (orgs.). (2005). *Rede Globo: 40 anos de poder e hegemonia*. São Paulo: Paulus.

Canclini, N. G. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.

- Carvalho, L. (2018). *Valsa brasileira: do boom ao caos econômico*. São Paulo: Todavía.
- Castells, M. (1996). *La era de la información*. Madrid: Alianza.
- \_\_\_\_\_. (2001). *La galaxia internet. Reflexiones sobre internet, empresa y sociedad*. Madrid: Areté.
- Crosby, A. W. (1999 [1997]). *A mensuração da realidade. A quantificação e a sociedade ocidental 1250-1600*. Sao Paulo: UNESP.
- Deleuze, G. (1990) *Postscript on the Societies of Control*. Recuperado de: <http://www.jstor.org/> Traducido del original en francés publicado en *DELEUZE, Giles. Pourparles (1972-1990)*. París: Ed. de Minuit.
- Dossiê Trabalho Docente. (2003). *Educação em Revista*, Belo Horizonte, (37).
- Engels, F. (1962 [1844]). Esbozo de una crítica de la economía política. En: Marx, C.; Engels, F. *Escritos económicos varios*. México: Grijalbo.
- \_\_\_\_\_. A origem da família, da propriedade privada e do Estado. En Marx, C.; Engels, F. *Obras escolhidas*. São Paulo: Alfa-ômega.
- Fanon, F. (1980 [1969]). *En defensa de la revolución africana*. Lisboa: Livraria Sá da Costa Editora.
- Figueiredo, C. (2017). Mídia e representação. Manifestações em 2013 e laços políticos entre público e meios. *Esfemas*, (6)11
- Foucault, M. (2008 [1979]). *Nascimento da biopolítica*. São Paulo: Martins Fuentes.
- \_\_\_\_\_. (2011). *Ditos e escritos VIII. Arte, epistemologia e história da medicina* (pp. 212-219). Rio de Janeiro: Forense Universitaria.
- Furtado, C. (1964). *Dialética do desenvolvimento*. Rio de Janeiro: Fundo de Cultura.
- \_\_\_\_\_. Furtado, C. (1983 [1967]). *Teoria e política do desenvolvimento econômico*. São Paulo: Abril Cultural.
- \_\_\_\_\_. (1977). *Prefácio a nova economia política*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

\_\_\_\_\_. (1978). *Dependência e criatividade na civilização industrial*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

\_\_\_\_\_. (1983 [1967]) *Teoria e política do desenvolvimento econômico*. São Paulo: Abril Cultural, .

\_\_\_\_\_. (1984). *Cultura e desenvolvimento em época de crise*. São Paulo: Paz e Terra.

\_\_\_\_\_. (1997). Entre inconformismo e reformismo. En *Obra autobiográfica* (vol. III). São Paulo: Paz e Terra.

\_\_\_\_\_. (2012). *Ensaio sobre cultura e o Ministério da Cultura*. Rio de Janeiro: CICEF/Contraponto.

FSP, (2018). Recuperado de: <https://www1.folha.uol.com.br/poder/2018/10/empresarios-bancam-campanha-contra-o-pt-pelo-whatsapp.shtml> (Acesso em 8/4/2019).

FSP, (2019). WhatsApp admite envio maciço ilegal de mensagens nas eleições de 2018. Recuperado de: <https://www1.folha.uol.com.br/poder/2019/10/whatsapp-admite-envio-massivo-ilegal-de-mensagens-nas-eleicoes-de-2018.shtml> (Acesso em 12/10/2019).

Gallego, E. (org.). (2018). *O ódio como política: a reinvenção das direitas no Brasil*. São Paulo: Boitempo.

Genro Filho, A. (1987). *O segredo da pirâmide. Para uma teoria marxista do jornalismo*. Porto Alegre: Tchê.

Habermas, J. (1984 [1961]). *Mudança estrutural da esfera pública*. Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro.

\_\_\_\_\_. (1987 [1981]). *Teoría de la Acción Comunicativa*. Madrid: Taurus.

Harvey, D. (2004 [2003]). *O novo imperialismo*. São Paulo: Loyola.

Hobsbawn, E. (1987 [1984]). *Mundos do trabalho*. São Paulo: Paz e Terra.

\_\_\_\_\_. (1986 [1964]). Introducción a Marx, Karl. *Formações econômicas pré-capitalistas*. São Paulo: Paz e Terra.

Jessop, B. (1984). *Nicos Poulantzas. Marxist theory and political strategy*. London: MacronBooks.

Kurz, R. (1993 [1991]). *O colapso da modernização. Da derrocada do socialismo de caserna à crise da economia mundial*. São Paulo: Paz e Terra.

Lagasnerie, G. (2013 [2012]). *A última lição de Michel Foucault*. São Paulo: Três Estrelas.

Le Goff, J. (1994 [1957]). *Os intelectuais na Idade Média*. São Paulo: Ed. Unesp.

Leher, R. (2015). Cid Gomes no MEC: uma escolha coerente para aprofundar a contrarreforma da educação brasileira. Recuperado de [https://www.google.com.br/webhp?sourceid=chrome-instant&rlz=1C1SAVM\\_enBR535BR536&ion=1&espv=2&ie=UTF-8#q=roberto+leher+cid+gomes](https://www.google.com.br/webhp?sourceid=chrome-instant&rlz=1C1SAVM_enBR535BR536&ion=1&espv=2&ie=UTF-8#q=roberto+leher+cid+gomes) (Acesso el 2 de febrero de 2015).

Lenin, V. I. (s.f. [1901]). *Acerca de la prensa*. Moscú: Editorial Progreso.

\_\_\_\_\_. (1978 [1902]). *¿Que fazer?* São Paulo: Hucitec

Leo Maar, W. (2016). Luta de classes na socialização capitalista: Estado, privatização e construção privada da esfera pública. En Singer, A. & Loureiro, I. (orgs.), *As contradições do lulismo: a que ponto chegamos?* São Paulo: Boitempo.

Lopes, R. S. (2008). *Informação, conhecimento e valor*. São Paulo: Radical Livros.

Mallorquín, C. (2005). *Celso Furtado: um retrato intelectual*. Rio de Janeiro: Contrapunto.

Marcuse, H. (2015 [1964]). *O homem unidimensional*. São Paulo: Edipro.

Mattelart, A. (2009 [2007]). *Un mundo vigilado*. Barcelona: Paidós.

Marx, K. (1962). Manuscritos económico-filosóficos de 1844. En: Marx, K. & Engels, F. *Escritos económicos varios*. México: Grijalbo.

\_\_\_\_\_. (1980 [1953]). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) – 1857-1858*. México: Siglo XXI. (11ª edición).



- \_\_\_\_\_. (2010). *Manuscrito de 1861-1863. Cadernos I a V. Terceiro capítulo. O capital em geral*. Belo Horizonte: Autêntica.
- \_\_\_\_\_. (1975 [1969]). *Capítulo Inédito d'O Capital. Resultado do processo imediato de produção*. Lisboa: Publicações Escorpião.
- \_\_\_\_\_. (1980 [1867]). *O Capital, Livro 1*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Mills, W. (1979 [1951]). *A nova classe média*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Moraes Neto, B. (1989). *Marx, Taylor, Ford. As forças produtivas em discussão*. São Paulo: Brasiliense.
- \_\_\_\_\_. (2003). *Século XX e trabalho industrial. Taylorismo/fordismo, toyotismo e automação em debate*. São Paulo: Xamã.
- Musse, R. (2016). A administração do tempo livre. *Lua Nova*, São Paulo. 99, 107-134.
- Nobre, M. (2013). *Imobilismo em movimento: da abertura democrática ao governo Dilma*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Oliveira, F. (2003). *Crítica à razão dualista e o ornotorrinco*. São Paulo: Boitempo.
- \_\_\_\_\_. (2018). *Brasil: uma biografia não autorizada*. São Paulo: Boitempo.
- Piquetti, T. (2014 [2013]) *O capital no século XXI*. Lisboa: Círculo Leitores.
- Pochmann, M. (2012). *Nova classe média? O trabalho na base da pirâmide social brasileira*. São Paulo: Boitempo.
- Polanyi, K. (1992 [1944]). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura.
- Ramos, M. C. (2014). Hechizo del tiempo: el tímido legado de Lula y Dilma en la comunicación. En Bizberge, A. & Goldstein, A. *Medios y gobiernos latinoamericanos en el S. XXI: las tensiones de una compleja relación*. Buenos Aires: Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Universidad de Buenos Aires.
- Rodríguez, O. (2009). *O estruturalismo latinoamericano*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

- Rubin, I. (1980 [1928]). *A teoria marxista do valor*. São Paulo: Brasiliense. p. 40.
- Sarti, I. (1979). Comunicação e dependência cultural: um equívoco. En Wertheim, J. (org.), *Meios de comunicação: realidade e mito*. São Paulo: Nacional.
- Sidney, W. (2013). No Brasil, ensinar faz mal à saúde. En ANDES - Sindicato Nacional, *Dossiê Especial Precarização do trabalho docente – II*, Brasília.
- Singer, A. (2016). A (falta de) base política para o ensaio desenvolvimentista. En Singer, A. & Loureiro, I. (org.), *As contradições do lulismo: a que ponto chegamos?*. São Paulo: Boitempo.
- \_\_\_\_\_. (2018). *O lulismo em crise: um quebra-cabeça do período Dilma (2011-2016)*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Sohn-Rethel, A. (1995 [1989]). *Trabalho espiritual e corporal. Para a epistemologia da história ocidental*. João Pessoa: UFPB/CCSA, Mestrado em Economia.
- Souza, A. (2015). O perfil do adoecimento docente na UnB. Brasília: UnB, Maestría en Salud Pública. Recuperado de <http://repositorio.unb.br/handle/10482/12950> (Acceso el 2 de febrero de 2015).
- Souza, J. (2016). *A radiografia do golpe*. São Paulo: Leya.
- Stiglitz, J. (2016). *O grande abismo*. Río de Janeiro: Alta Books.
- Tavares, M. (1997). A retomada da hegemonia norte-americana. En Tavares, M. & Fiori, J. (org.), *Poder e dinheiro: uma economia política da globalização* (3ª ed.). Petrópolis: Vozes.
- Williams, R. (2000 [1974]). *Tecnologia e forma culturale*. Roma: Editori Riuniti.
- Zanin Martins, C., Zanin Martins, V. T., & Valim, R. (coord.). (2017). *O Caso Lula: a luta pela afirmação dos direitos fundamentais no Brasil*. São Paulo: Contracorrente.
- Zarowsky, M. (2013). *Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Buenos Aires: Biblos.



## Sobre el autor

Profesor de la Universidad Federal de Sergipe. Coordinador del grupo de investigación OBSCOM-CEPOS del Consejo Nacional de Investigación de Brasil (CNPq). Coordinador del grupo de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Fue presidente de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC). Director de la Revista EPTIC. Fundador de los grupos de Economía Política de la Comunicación de ALAIC y de la Sociedad Brasileña de Estudios Interdisciplinarios de la Comunicación (INTERCOM). Fundador y primer presidente de la Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (ULEPICC). Autor, entre otros libros, de *Mercado Brasileiro de Televisão* (Aracaju: Editora UFS, 1988; São Paulo: EDUC, 2004 - versión en español por El Río Suena, de Buenos Aires) e *Industria Cultural, Información y Capitalismo* (São Paulo: Hucitec, 2000 – versión ampliada en inglés publicada por Pallgrave MacMillan y en español, por Gedisa).

Este libro propone pensar los desafíos con los que se enfrentan las fuerzas progresistas en América Latina en una coyuntura regional caracterizada por el reflujo de los experimentos democráticos que marcaron la primera década del siglo XXI. Para ello, considera la comunicación como clave fundamental para el análisis de los grandes movimientos de orden estructural del capitalismo iniciados en las últimas décadas del siglo anterior y sus consecuencias sobre el factor subjetivo. El horizonte al que se apunta es la construcción de otras posibles mediaciones que garanticen la autonomía cultural que la clase trabajadora necesita para generar utopías movilizadoras, capaces de hacer frente a las ideologías posmodernistas y liberales que tratan de dirigir para el mercado todas las energías creativas de la sociedad.

